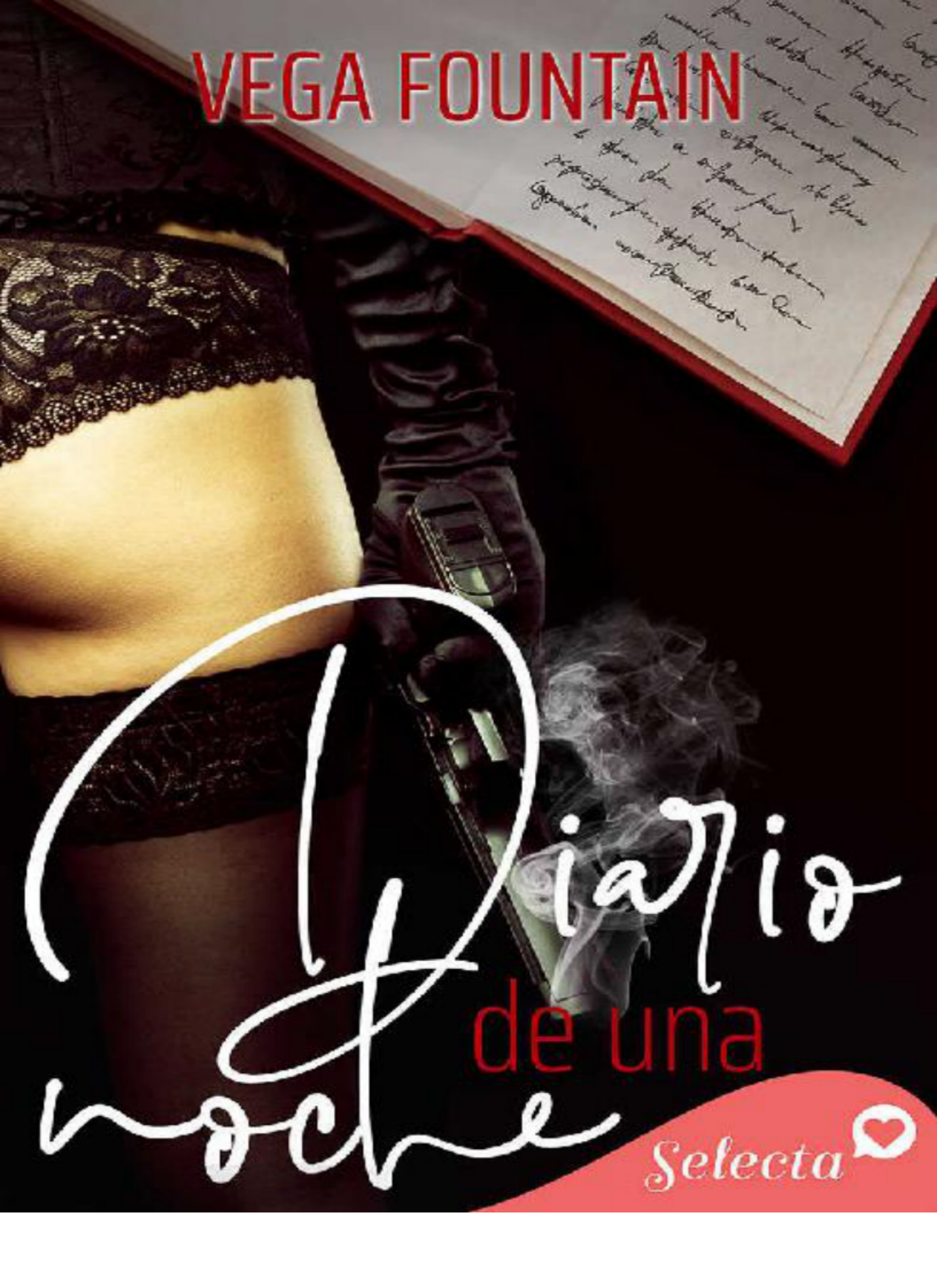

VEGA FOUNTAIN
Diario
de una
noche
Selecta

Diario de una noche

Vega Fountain

Selecta

Capítulo 1

Salgo de la casa del señor Lloyd, he pasado toda una noche con él y reconozco que ha sido maravillosa. Voy con una sonrisa en los labios difícil de borrar.

Bajo en el ascensor, me miro al espejo, debo tener un aspecto aceptable para reunirme con el agente Preston. Me maquillo levemente antes de salir a la calle, mirándome en uno de los espejos que hay en el *hall* del edificio ante la atenta mirada del portero, que permanece con su mano en el pomo de la puerta y no dejar de estar expectante. Brillo en los labios, un poco de colorete y lista. Guardo todo en mi bolso, un último vistazo en el espejo y avanzo hasta la puerta del edificio donde vive Leo. El hombre me abre la puerta y me desea buenos días. Un aire frío me recibe, y es que toda la noche lloviendo ha hecho que el ambiente sea fresco. Paro al primer taxi que veo libre y le pido que me lleve a una de las comisarías de Tribeca, en la que me espera el agente que me contrató para esta investigación. El camino en taxi es largo, no estoy precisamente al lado de donde vive Leo, pero así es. En cuanto llego me presento, me hacen esperar unos minutos en los que decido sacar un café de la máquina expendedora, creo que más por tener algo en la mano y por eliminar el olor a sexo que parece que tengo encima y desprendo al moverme. Serán cosas mías seguramente, aunque pienso que si el aroma de café me envuelve

se disimulará. Preston llega a los pocos minutos. Un hombre corpulento, con más peso del que debería, y un minúsculo bigote en su cara que me parece ridículo. Me hace pasar a su despacho. Empezamos con nuestra entrevista. Me confirma que esta misma noche una mujer ha sido asesinada en la calle 82, siguiendo el mismo *modus operandi* de las anteriores. Mujeres de alto poder adquisitivo, con muy buena presencia, influyentes o al menos conocidas en círculos exclusivos. Todas han muerto en sus camas, después de una noche de sexo desenfrenado. Asfixia en casi todos los casos, quizá mientras estaban llegando al orgasmo. Yo he sentido eso mismo estando con Leo, pero nada me ha asfixiado físicamente, ni sus manos ni un cinturón, nada de eso. He llegado a advertir ese tipo de sensación cuando se insertaba en mí o estaba siendo arrastrada por un orgasmo abrasador, y doy fe de que es una experiencia maravillosa. Si me hubiera asesinado en ese momento, no hubiera opuesto resistencia. Además, Leo no ha utilizado preservativo en ninguno de sus encuentros conmigo, y el sospechoso que tenemos no ha dejado restos biológicos fiables. De seguro, si me hicieran una exploración encontrarían ADN de Leo por todo mi cuerpo. Me muestro sorprendida por la confirmación del asesinato, repaso en mi mente la noche con Leo, y es imposible que se haya ausentado de la casa para cometer ese crimen. Es materialmente imposible que haya sido él, así que descarto que sea él el asesino de esta nueva víctima. Lo que sí es cierto es que Leo ha mantenido, en alguna ocasión, encuentros con varias de las mujeres que luego aparecieron asesinadas y por eso seguimos con la sospecha de que pudiera ser él. Sin embargo, en el último caso no ha sido posible. Estuvo toda la noche conmigo. A excepción de los momentos de dormir —y han sido pocos—, he estado alerta todo el tiempo.

Hablamos largo y tendido, el agente Preston me muestra fotografías de la nueva víctima; sin duda, su asesino es el mismo que buscamos. En cuanto tenga un momento de paz, le haré el informe pertinente con toda la información que poseo. No parece muy contento ni convencido de que el sospechoso Leo Lloyd no tenga nada que ver en todo esto. Llevamos meses tras su pista, viaja por todo el mundo; y yo, tras él. Encuentros con mujeres de varias ciudades y en países distintos, asiste a fiestas, a reuniones más o menos importantes;

en definitiva, se mezcla con mujeres de diversa índole, todas ellas con el nexo común de su dinero y su belleza, y supongo que para él será imposible resistirse a sus encantos. En el caso de ellas, todas parecen satisfechas con él. Encantadas de tenerlo entre sus sábanas y sus piernas, y por alguna extraña razón algunas aparecen muertas a los pocos días del encuentro con el señor Lloyd, o incluso el mismo día. Todo apunta a que él es el asesino, yo tengo mis dudas. Tal vez lo aprecio como persona, creo que tiene unos valores muy sólidos y se comporta de forma civilizada, pero si algo he aprendido en esta profesión es que nada es lo que parece. Y hasta el sospechoso más potente puede dejar de serlo y pasarle el muerto a un actor secundario que en principio no tiene relación ninguna con las víctimas. Hasta aquí llega mi investigación.

—Muchas gracias por su declaración, señorita Croninger —dice el agente Preston. Un hombre de color, rechoncho y con un bigote demasiado fino para su cara. Me da la sensación de que aquí todos son así, o muy similares.

Es la primera vez que hemos hablado cara a cara, y parece que todo ha ido bien. Ha sido nuestra toma de contacto, y nada más le he contado de forma somera mi noche con Leo Lloyd. En cuanto tenga mi informe redactado, se lo enviaré y repasaremos cualquier detalle que nos llame la atención. Nuestra intención es dar con el asesino lo antes posible y evitar otro crimen. El ocurrido esta noche ha sido un jarro de agua fría para mí, lo reconozco.

—De nada, señor, es mi deber —contesto.

—En cuanto pueda, necesito que me facilite el informe de todos estos meses de seguimiento, tenemos que encontrar algo, alguna pista… —afirma convencido de ello.

—Podemos confirmar que Leo Lloyd no es el asesino de la última mujer que ha aparecido muerta en la calle 82 —ratifico más que nada, porque es lo único de lo que estoy segura al cien por cien.

—Efectivamente, señorita Croninger, confieso que era mi primer sospechoso, pero tenemos varios casos más pendientes de resolver y eso no quiere decir que el señor Lloyd no esté implicado en ellos —dice en tono serio. Pensativo.

Yo no agrego nada más. Su idea está clara; la mía, no tanto. Debo redactar el informe y me liberaré de este caso, al menos de momento.

El agente Preston y yo nos dirigimos hacia la salida de la comisaría. Él me ha ofrecido un coche patrulla para acercarme a mi hotel, lo he rechazado. No quiero eso, en su lugar tomaré uno de los miles de taxis que hay en la ciudad y que en estos días de desenfreno consumista por las compras navideñas están trabajando como si se acabara el mundo.

El policía rechoncho que me encomendó mi última misión para un taxi en la puerta de la comisaría, espera a que entre, se despide de mí con la mano y me sonríe satisfecho. Le devuelvo el gesto y cierro la puerta. El taxista que me recibe es un hombre seguramente más viejo de lo que aparenta, un indio con turbante de color azul celeste y con ganas de hablar. Yo, ninguna. Le doy la dirección del hotel, me acomodo, saco el diario de mi bolso y comienzo a leer por la primera página que sale. Espero que con este gesto le quede claro que no tengo ganas de socializar con nadie. Prosigo con lo mío, con la lectura de mi vida en los últimos días, me sé la historia de memoria; sea cual sea el punto en el que empiece a leer, no tendré problema en seguir su desarrollo. Debo añadir las últimas horas pasadas con Leo para que esté al día. Lo tengo muy reciente en mi cabeza, y eso no me llevará mucho tiempo, o al menos eso espero.

Llego al hotel justo antes de que empiece a llover de forma fuerte. Apenas he estado en la habitación unas pocas horas, las mínimas necesarias para descansar un poco y cambiarme de ropa. Esta vez me lo tomaré con más calma, tengo tiempo. Me desnudo, me ducho tranquilamente y, una vez que me he puesto cómoda, empiezo a escribir mi diario. Debería descansar y dormir, pero prefiero rememorar en mi cabeza la noche de ayer; una vez que tenga todo en mi diario, el informe que debo presentar a Preston será coser y cantar.

Durante una hora me explayo a conciencia, relato con detalles la noche pasada con Leo. Lo necesito, me recreo en los momentos vividos con él. Seguro que en algún momento de mi vida leeré de nuevo lo escrito y recordaré esta noche como lo que ha sido: mágica y efímera. Esto no formaba parte de mi trabajo, me he extralimitado, lo he hecho porque he querido, porque tenía curiosidad por conocer a este hombre. Durante las conversaciones que he mantenido con Leo a lo largo de este tiempo me han hecho conocer a un hombre diferente de la imagen que ofrece. Hombre frío, interesado, un *dandy,* un

conquistador nato que nada más se codea con personas de un determinado estatus social y con muchos ceros en sus cuentas corrientes. Cuentas llenas de dólares conseguidos, no en todas las ocasiones, de negocios lícitos e inofensivos. Creo que ese estereotipo de hombre no refleja la realidad, esto nada más es mi forma de verlo. Para el resto de los mortales, el señor Leo Lloyd es como he descrito anteriormente; para mí, no.

La redacción de mi diario me cuesta más de lo que pensaba, en ocasiones tengo que parar. Me excito al describir las escenas, es inevitable. He sido yo la que lo ha vivido en propias carnes, cada caricia, cada beso, cada orgasmo provocado por ese hombre de mirada brillante y penetrante. No volveré a encontrarme con un tipo semejante en lo que me queda de vida, es algo asumido, así que atesoraré este recuerdo como algo morboso, lujurioso y muy satisfactorio para mí.

En cuanto termino de redactar mi noche con Leo, pido la comida al servicio de habitaciones. Tengo que proseguir con el informe para el agente Preston. Mucho menos conciso y con menos detalle. No tengo inconveniente en mostrarle mi diario si así lo requiere, una vez que haya leído el escrito que le presento, por supuesto. Es un informe largo, que incluye mi seguimiento a Leo Lloyd desde hace meses, conversaciones telefónicas, mensajes y, de forma somera, nuestro primer y único encuentro. Aún no entiendo cómo he conseguido que haya accedido a mi propuesta. Me las he ingeniado para verme con él sin que sospechara nada. Viaje relámpago a Nueva York, su ciudad, en Navidades, una cita y hasta siempre. Él no suele repetir con las mujeres que se acuesta, por eso creo que logré que accediera a mi proposición. Me he inventado un personaje, una persona que no soy, un viaje que no tenía más interés que encontrarme con él para poder seguir con la investigación… todo parece haber salido bien. Al menos en el caso de la mujer de la calle 82, él no ha sido el asesino.

Termino de completar el escrito; demasiadas páginas, creo yo. No sé hacerlo de otra manera, soy muy meticulosa, muy gráfica en mis descripciones; y si he sido pagada para realizar el seguimiento y después el correspondiente informe, ha de ser así.

Como lo que me suben a la habitación; pruebo un poco de todo, pero no lo disfruto, nada más es algo necesario para mi cuerpo. Me

pongo con la reseña, reviso mi diario para cerciorarme de algún detalle, si bien es cierto que esta noche la tengo grabada a fuego en mi cabeza y en mi piel. No se me olvidará tan pronto. Termino de redactarlo, lo descargo en una memoria USB y se lo envío a Preston por correo electrónico. En cuanto todo está terminado, me meto en la cama, necesito dormir las horas que me faltan de la noche anterior.

Pronto por la mañana, suena el teléfono de la habitación, es el despertador. Me avisan de que es hora de levantase. Llevo tanto tiempo metida en la cama que me duele todo, pero mi cuerpo necesitaba descansar. Me ducho, me cambio de ropa y vuelvo a la comisaría de Tribeca para reunirme por última vez con el agente encargado de los asesinatos.

He elegido, para esta entrevista, un atuendo diferente al del día anterior, más que nada porque lo que llevé puesto era lo mismo con lo que había ido a mi cita con Leo Lloyd. Vestido de lana color gris, medias gruesas, botas hasta la rodilla con un tacón medio y un abrigo de *tweed* negro. No suelo vestir así, soy más de acción, de usar ropa cómoda; sin embargo, este modelo lo tenía en la maleta y no he dudado en ponérmelo. Quizá me recuerde a la chaqueta de lana gruesa y suave que me puse de Leo.

El agente me espera, apenas tengo que quedarme unos minutos observando el ir y venir diario de una comisaría. Me hacen ir hasta su despacho; en cuanto abro la puerta, me recibe con una sonrisa ladina en los labios. Abre una carpeta de cartón de bordes rizados y va directamente hasta alguna de las hojas que tiene impresas y en las que veo alguna frase subrayada con rotulador fluorescente. Me siento frente a él sin ni siquiera pedir permiso. Intuyo que ese es mi informe. Me pregunta por aspectos que no le han quedado claros en alguna parte de este. Yo intento organizar en mi cabeza toda la información, y trato de explicar de forma clara lo que él pregunta.

—Señorita Croninger, entiendo todo lo que pone en el informe gracias a su explicación posterior; sin embargo, la noche de ayer la veo ambigua. No es concisa en sus detalles.

—He relatado lo que pasó. Cenamos en su apartamento y he pasado la noche con él —confirmo.

—Y… —dice rascándose ese diminuto mostacho que parece postizo—. ¿Cómo puede estar usted segura de que el señor Lloyd no

abandonó su casa mientras usted dormía con placidez? —pregunta haciéndose el interesante.

—Hemos pasado toda la noche juntos —reitero—, es prácticamente imposible que lo haya hecho. Es improbable. Me hubiera percatado de ello —confirmo.

—¿Por qué se habría dado cuenta? Si usted tiene un sueño profundo, él podría haber aprovechado esa tesitura para ausentarse —insiste.

—No tengo un sueño profundo —contesto.

—Eso no lo puede corroborar al cien por cien —comenta cavilando. No está convencido.

—Exacto, nadie puede hacerlo. Pero estoy segura de que no se fue de mi lado —digo confiada.

—No es que no crea en su palabra, señorita Croninger, pero es mi trabajo dudar de cada acto que no esté confirmado. Quiero coger a ese cabrón en cuanto pueda —expresa con odio.

Reconozco que me molesta cómo se ha dirigido al señor Lloyd el agente Preston, está convencido de que él es el culpable y quiere desenmascararlo como sea. En el caso de la calle 82, no; en el resto, no lo puedo confirmar de manera fehaciente, creo que tampoco, pero...

—Agente Preston, pasamos prácticamente toda la noche despiertos —confirmo.

La risa invade su despacho. Ha sido una mezcla entre incredulidad y sarcasmo. Cada vez me gusta menos este hombre. La suerte es que cuando termine con todo esto no volveré a trabajar con él, o al menos eso espero.

—Querida... —dice con un tono soberbio—. O usted es muy buena conversadora y ha estado hablando toda la noche con Lloyd, cosa que usted y yo sabemos es imposible, ya que no es muy comunicativo, o... —Deja en suspense la frase. Sé por dónde va. No me importa reconocer que me he acostado con Leo Lloyd. No era de recibo ponerlo en el expediente, pero si quiere datos y detalles aquí los tiene.

Meto la mano en mi bolso, extraigo mi diario, un diario que no es más que un cuaderno con líneas en sus páginas y con pastas de cuero rojo. Tengo muchos más como este, me gusta ese formato, es fácil de manejar y de escribir en él. Desde que tengo uso de razón, he

plasmado mi vida en un diario; y en la última parte de mi vida me ha servido como método de trabajo también, un método efectivo en el que se expresan detalles más íntimos y con más sentimientos que en un simple informe policial. En mi diario me desnudo en cuerpo y alma, vomito todo cuanto ocurre en mi vida hasta dejarme vacía. Es algo que me sirve para no cargarme de emociones, en mi profesión no es conveniente. Busco el lugar exacto donde empiezo a relatar mi noche con Leo Lloyd, lo de antes lo conoce por el informe, y lo de después aún no está escrito. Preston acerca su mano para recoger lo que le doy. Se acomoda en su silla, que amenaza con romperse por el sobrepeso que soporta. Comienza a leer, observo expectante. Su cara no denota impresión ninguna al principio, hasta que creo que llega a la parte morbosa del asunto. Me mira y vuelve su mirada al cuaderno, parece que no puede dejar de leer.

Capítulo 2

Nueva York, 18 de diciembre de 2018

Son las ocho de la tarde, hora en la que tengo mi cita con Leo Lloyd, todavía no me creo cómo he logrado que me invitara. Llevamos meses hablando, lo cierto es que es un tipo interesante, con una conversación amena, y divertido. Todo esto lo sé por mis charlas o por los mensajes que hemos intercambiado durante todos estos días. No lo conozco en persona, y hoy es el día elegido para hacerlo. He visto fotos, he investigado por internet, aparentemente sé todo de su vida; ahora bien, creo que sigue siendo un absoluto desconocido para mí. La información que uno puede encontrar en internet es la que es, a veces ni siquiera está contrastada. Soy cauta con ello, es parte de mi trabajo, así que trataré a Leo como a una persona a la que estoy conociendo, y así es en verdad.

He estado pensando mucho en el atuendo con el que me debería presentar en su apartamento. De hecho, en mi maleta tengo casi de todo. Vestidos cortos, largos, pantalones vaqueros, trajes… he estado indecisa hasta el último momento, al final he optado por algo cómodo. Unos pantalones vaqueros muy ceñidos, prácticamente son una segunda piel para mí, y una camisa de seda. Podría ser algo muy informal, pero lo cierto es que tengo un aire sofisticado que me encanta. Mis zapatos de plataforma negros y un abrigo de *tweed* gris

acompañan mi estilismo. Me siento muy sexy vestida así. He pedido en recepción que tengan un taxi disponible para mí, hace un tiempo de mil demonios y no quiero esperar. No deja de llover. Desde que he llegado a Nueva York es lo único que hace: llover y llover. Llevo dos días aquí y ni siquiera he salido del hotel, y eso que la ciudad está preciosa. La decoración navideña aumenta el atractivo de este lugar. Lo convierte en un sitio mágico para residentes y visitantes.

El taxi me deja en un edificio de apartamentos exclusivísimo del Upper East Side, en el distrito de Manhattan, al mismísimo lado de Central Park. Estoy en la calle 58; el edificio, por fuera, es sencillamente maravilloso. Es una torre plateada, y me parece que blanca, también. No lo distingo bien en la oscuridad y con la lluvia incesante que cae sobre la ciudad. Veo que todos los apartamentos del edificio tienen cristaleras que dan a tres localizaciones distintas. Desde allí arriba se deben tener unas vistas magníficas. Entro en el edificio corriendo, no quiero arruinar mi peinado. Es sencillo, pero el agua puede llegar a dejar mi pelo en un estado extraño. Un hombre abre la puerta y me hace entrar. Se ve que está avisado de mi llegada, él mismo es el que llama al ascensor y espera a mi lado hasta que me meto en este. Me desea buenas noches, y yo, a él. Se cierran las puertas, estoy empezando a ponerme nerviosa. El ascensor es rapidísimo. En pocos segundos estoy en el piso 28. Es el penúltimo, según el panel que tengo delante de mí. Las puertas se abren, miro a un lado y a otro. Estoy desubicada, tengo que encontrar el apartamento de Leo Lloyd. Miro a un lado y no veo nada, ni puerta ni número, al otro lado veo al señor Leo Lloyd, esperándome. Me recibe con una sonrisa increíblemente seductora. Acelero el paso y, muy segura de mí misma, llego hasta donde está él. Me saluda con mucha amabilidad, primero me tiende la mano para después depositar un beso en mi mejilla derecha. Desprende un ligero aroma muy agradable. Él, al igual que yo, ha elegido para la ocasión unos pantalones vaqueros y una camiseta de color blanca ajustada a su cuerpo. De verdad, tiene un físico magnífico. Todas las fotos que tengo de él no le hacen justicia. Sin duda, al natural está mucho mejor.

De manera muy cortés, me hace entrar en su apartamento. Es grandioso, espacioso y con un gusto increíble. Es básicamente un *loft* diáfano, extremadamente grande, con unos ventanales que rodean

toda la estancia. Las vistas, sin duda, son lo mejor de todo. Varios sofás en tonos grises y vainilla, diseminados por todo el amplio salón, mesas bajas en tonos negros y alfombras de dimensiones estratosféricas hacen que el lugar sea acogedor y cálido. La luz es tenue, en realidad no haría falta. Nada más con los ventanales se podría iluminar la estancia. Lo cierto es que la lluvia hace todo un poco más oscuro de lo que en realidad ha de ser. Veo cómo en una mesa alta de color negro y rodeada de sillas de líneas minimalistas en tonos blancos y moldura dorada tiene dispuestos dos servicios. Intuyo que cenaremos ahí. Leo no se molesta en enseñarme nada más de su casa. Supongo que si todo va bien, lo hará más adelante. Me ayuda a quitar el abrigo, que cuelga en un armario que está disimulado en una pared, también le doy mi bolso. Me pone la mano en la cadera para dirigir mis pasos hasta la zona de comer, me sirve una copa de champán y me la da. Sin dudar ni un momento, me dirijo hacia los ventanales. Las vistas son espectaculares, mire hacia donde mire. Este hombre ha elegido uno de los mejores lugares para vivir en Nueva York. El precio ha de ser desorbitado, pero me consta que sus cuentas están saneadas y maneja cantidades escandalosamente grandes de dinero. Bebo de mi copa a la vez que me deleito con lo que veo. Leo es muy atento y me explica qué es lo que tengo bajo mis pies: el río Hudson, el puente George Washington, me indica dónde están las calles más concurridas y los edificios más singulares... simplemente mágico. Me resulta extraño ver llover, casi podría tocar las gotas de lluvia y aun así no llego a mojarme. Es todo increíble. Leo no pierde el tiempo, se ha colocado detrás de mí, su mano derecha también sostiene una copa de champán y la ha colocado sobre mi vientre, la otra me separa el pelo del cuello. Deposita pequeños besos en este, oigo su respiración, me estremezco, me dice palabras al oído a la vez que recorre con su lengua la distancia que va desde la parte de atrás de mi oreja hasta mi clavícula. Sin duda es todo un seductor. Me dejo, me está gustando cómo me está tratando. Permanecemos así bastante tiempo, él continúa con sus caricias mientras yo observo el agua correr por los cristales, las luces ambarinas de la ciudad son pequeñas estrellas aglomeradas en puntos muy concretos. Me estoy excitando muchísimo. Leo cambia de posición, deja la copa apoyada en una mesita redonda que tiene cerca de donde estamos; es todo tan amplio

y grande que tiene que desplazarse un par de metros. Lo hace y vuelve a mí de inmediato. Se pone frente a mí, posa sus manos en mis caderas, se aproxima más, pegando su cuerpo al mío, y me besa. De verdad lo hace muy bien. Es un beso corto, confieso que me hubiera gustado que hubiera seguido. En cuanto para me sonríe, sabe que me ha dejado con ganas de más, eso es exacto lo que demuestra su sonrisa. Me dice muy dulcemente que la cena nos espera. Me agarra de la cintura para invitarme a tomar asiento en el lugar oportuno. Lo hago un poco desconcertada. Quería más, lo reconozco. Leo desaparece de escena, tesitura que aprovecho para observar todo lo que tengo a mi alrededor. Poseo memoria fotográfica. Me fijo en detalles que para las personas que no se dedican a esto pasarían desapercibidos: las salidas, objetos contundentes, no veo fotos personales por ninguna parte, son detalles a tener en cuenta sin duda. Todo esto lo incluiré en el informe final. Oigo algo, me asusto porque estaba ensimismada observando con detenimiento. Es Leo, aparece con una camarera de servicio, uno de esos carritos metálicos que se suelen usar en los hoteles para servir en las habitaciones lo que el cliente solicita. Veo varios platos tapados con pequeñas campanas metálicas. Leo me explica que ha sido él personalmente el que ha hecho la cena. Debo de poner una cara de sorpresa absoluta, él se ríe de forma descarada. Por lo que he podido leer en alguna parte, Leo Lloyd empezó como cocinero en un hotel, así que no sería descabellado que lo que me confirma sea cierto; después, la fortuna, el trabajo duro o estar en el lugar adecuado y en el momento justo lograron que se hiciera con varios hoteles. De ahí viene su fortuna, la oficial. Sé que tiene otros negocios, mi investigación ha hecho que tire de ese hilo, más que nada por confirmar si había algún tipo de relación entre sus otros negocios y los asesinatos de mujeres que llevan haciéndose de forma sistemática desde hace meses. De hecho, no sé por qué extraña razón, con todas o con casi todas Leo ha tenido diversos *affaires*; no pierde el tiempo, su lista es extensa.

Él me sirve y después repite la operación con su plato. Toma asiento en frente de mí. Observo, es muy meticuloso. Coge la servilleta, la desdobla, la coloca sobre sus piernas. Vuelve a servir champán, destapa su plato, invitándome a mí a que lo haga también. Un aroma dulce y meloso invade mis fosas nasales. No tengo ni idea

de lo que es, pero la presentación y el aspecto son inmejorables. Leo me explica el plato. Sin duda lo ha hecho él, o conoce muy bien todo el proceso de elaboración. Me deleito escuchándolo. Sabe de lo que habla. Toda la cena estamos conversando de comida, de restaurantes, de hoteles, un poco de su trabajo, nada absolutamente del mío, al menos del oficial, del ficticio intento dar algunos datos sin mucha relevancia. A más detalles, más errores y contradicciones, y no quiero que me descubra. No de momento. Si no lo hiciera nunca, mucho mejor.

La cena es deliciosa, cualquiera de los platos que hemos degustado. La conversación es muy divertida, me siento a gusto con Leo. La apariencia que tiene, al menos en las fotos y videos que he visionado, es la de un hombre estirado, sofisticado y un poco superficial; sin embargo, confirmo que eso no tiene nada que ver con él. Podrá ser un papel que interpreta o algo así, porque en las distancias cortas gana muchos enteros. Ahora empiezo a entender ese magnetismo que tiene con las mujeres. Lógicamente, todas quieren más con él. Si yo, que no lo conozco de nada, estoy siendo agasajada de esta manera, no me imagino cómo se comportará con una mujer que de verdad le importe. Pudiera ser que esta sea su forma de actuar para ganarse la confianza de unas y otras y después asesinarlas, cada vez estoy más reticente a creer esta historia. Los indicios pueden apuntar a su persona, pero por experiencia propia sé que no todo lo que parece refleja la realidad. Con Leo Lloyd me ha pasado, su presencia en público no tiene nada que ver con cómo es en la intimidad. La confianza que se ha creado entre nosotros en una simple cena es muy grata para mí.

Tras el postre, Leo me invita a levantarme, me lleva de la mano hasta uno de los sofás que tiene repartidos por la gran estancia. Está colocado de forma que la mirada la tienes que dirigir a las vistas tan espectaculares que te devuelve la ciudad, sí o sí. No me niego a eso, son preciosas. Él desaparece y vuelve a los pocos minutos. Oigo los hielos chocar unos con otros. Me ha servido una copa en un vaso ancho y pesado. De hecho, este vaso podría ser un arma en toda regla, la base es maciza y podría hacer mucho daño si te golpean con él. No sé lo que contiene, es un combinado servido con mucho gusto en ese vaso. Bebo, sabe bien, ni dulce ni amargo, tiene un sabor agradable.

Leo se sienta a mi lado. Deja su vaso junto al mío y se acomoda. Directamente pasa de las vistas, prefiere pegarse a mí. Me besa el cuello, y, como la vez anterior, me dejo. Observo la ciudad a la vez que él me excita más con sus caricias y sus besos. Las palabras que susurra en mi oído también me encienden. No soy fácilmente impresionable, no suelo sorprenderme por nada, pero si, tal como me dice, se va a pasar toda la noche haciéndome lo que me está contando, mucho mejor; y si además cumple con su propósito de hacerme disfrutar como nunca en mi vida, quiero comprobarlo en primera persona. O es muy osado y prepotente, o está muy seguro de sus capacidades amatorias como para explayarse en su explicación. Dudo. No he encontrado un hombre así en mi vida, y si él se va a comportar tal y como promete, quiero, deseo y ansío comprobarlo en mi propio cuerpo. Esto ya no es parte de la investigación. Lo tomaré como un regalo dentro de una noche de trabajo. Voy bebiendo e intercalando besos con Leo. Reconozco que es él el que me besa, más que yo a él. Estoy muy excitada y quiero más. Un último trago a mi copa, creo que esto será suficiente para entender mi postura.

Poso mi vaso sobre la mesa, he apurado el trago, y aún pueden oírse varios hielos al entrechocar con el vidrio tomado por la temperatura, y es que Leo acaba de terminar de encenderme con sus palabras. Seguimos sentados en el sofá de su casa. Se nota que es un hombre detallista, desde que me invitó a cenar hasta el día de hoy hemos mantenido una conversación fluida por medio de mensajes. Se ve que le importo, o, al menos, eso quiero creer. Se toma su tiempo y muestra interés, no es impetuoso ni tiene prisa por conseguir su propósito, que por otra parte está más que claro. La fama lo precede. Es un hombre que va a lo que va; sin embargo, se toma sus molestias. Si lo que quiere es acostarse conmigo lo va a conseguir, no tengo problema en ello. El caso es que agradezco que haya estado durante estas semanas preguntándome cómo estoy, qué hago, o si he dormido bien. Después de la cena que ha preparado para mí y que estaba deliciosa, nos hemos tomado una copa, muy bien preparada también, no ha dejado de susurrarme cosas al oído, palabras que intercalaba con besos en zonas muy erógenas. El lóbulo de mi oreja, mi cuello, mi clavícula. Todos estos preliminares me han encendido, he de reconocerlo. Sus palabras se han vuelto cada vez más atrevidas. No ha

dejado de decirme que esta noche va a ser muy especial. Supongo que este será su *modus operandi,* que a todas las mujeres que ha conquistado las trata de igual manera, no lo sé y no me importa. Seré una más en su interminable lista de amantes, pero eso mismo ¿a quién le importa ahora? Leo se levanta del sofá, me tiende la mano y me sonríe. Tiene una de esas sonrisas mezcla de suficiencia y de rebeldía que me gustan. De forma coqueta me levanto y le agarro la mano que está esperándome suspendida en el aire. No dice nada. Se encamina hacia su habitación. Yo lo sigo. Expectante, impaciente, encendida y dispuesta a sentir en mis propias carnes todo lo que me ha ido relatando a lo largo de la velada.

Llegamos al cuarto, se frena, casi hace que me tropiece contra él. Reconozco que estaba distraída. Se gira, posa sus manos en mis caderas, todo eso sin mirarme. Yo sigo sus movimientos como si fuera un ladrón de guante blanco, expectante y nerviosa por no saber si conseguirá robar una piedra preciosa de un escaparate sin ser detectado por los sensores de movimiento. Sigue subiendo su cabeza, observo que para sus ojos, por un instante infinitamente pequeño, a la altura de mis pechos. Prosigue con su recorrido. Estamos frente a frente. Nos miramos, de nuevo vuelve a esbozar esa leve sonrisa; yo, sin pensarlo, le devuelvo algo parecido, ni la mitad de sexy y provocativa que la suya. Sigue mirándome, y como si estuviera solicitando mi aceptación, espera. Parpadeo, creo que estoy ruborizada. Muevo apenas la cabeza en un gesto imperceptible y pienso que eso era realmente lo que él necesitaba para pasar a la acción. Veo cómo se aproxima a mí, sus labios están casi pegados a los míos. Abro la boca, ávida de sus besos. Al fin nos tocamos, un leve movimiento para adaptarnos el uno a la boca del otro. En cuanto empiezo a saborear sus labios carnosos y gruesos, noto la invasión de su lengua en mi boca. Es deliciosa, la advierto más fría que la mía, pero enseguida sus temperaturas se compensan; es gruesa, flexible, un músculo potente que me está haciendo sentir un hormigueo en cierta parte de mi cuerpo. Las manos de Leo ya no están quietas, acarician levemente mi espalda, he dado un pequeño paso para estar más cerca de él. Permanecemos de pie, parados en medio de su habitación. Todo para mí se ha fundido a negro. Da igual la ciudad, el país, la hora y la estación del año. Esto podría estar pasando en la otra parte del mundo

y estaría sintiéndolo tal cual lo siento ahora. Jadeo, no lo puedo evitar. Tal vez esté sugestionada por las palabras calientes y morbosas que durante toda la cena he escuchado de la garganta profunda de Leo, quizás mi subconsciente esté rememorando lo que él me ha dicho. No, creo que no. Sencillamente él está haciendo que así sea. Me dejo llevar por sus besos. Leo acaricia mis pechos por encima de la blusa. Es delicado, aunque no suave; sabe ejercer la presión justa para provocarme más excitación. Yo tampoco puedo estar parada. Mis manos recorren su ancha espalda, su cintura estrecha, y en un alarde de atrevimiento, toco la parte delantera de su pantalón vaquero. Está muy duro. A un lado de la bragueta noto un bulto prominente. Paso mi mano de arriba abajo. El tejido vaquero no es el mejor para esto; sin embargo, me quemo. Todo está muy caliente. Leo ya ha desabrochado los botones de mi camisa, todas estas maniobras sin dejar de besarnos. No sé si me estará mirando o no. Sigo con los ojos cerrados. Recuerdo que me he puesto el mejor de mis sujetadores. Blanco, brillante, todo de encaje a excepción de los tirantes, que son de raso blanco. Sus manos siguen amasando mis pechos, mis pezones están erectos, creo que me duelen de tanta excitación. Localizo el botón de sus jeans, lo desabrocho, bajo la cremallera y meto mi mano bajo su bóxer. La goma ancha me dificulta el movimiento, pero ni siquiera eso va a impedir que lo toque. Me quema la mano, la temperatura ahí abajo es muy alta. Agarro la polla de Leo y la libero de la tela que le oprime. Realmente es ancha, no consigo cerrar mi mano alrededor de ella, comienzo a deslizar mi palma en un movimiento lento pero acompasado. Mis pechos están fuera del sujetador, sigo con él puesto pero, al igual que su polla, estos han sido liberados de la tela opresora. Se dedica a uno o a otro indistintamente. Yo jadeo, él gime. Los dos nos bebemos los sonidos que emitimos. Nuestras lenguas juegan, es una batalla campal. Saliva, labios, dientes, lenguas, todo en un baile en apariencia caótico pero muy bien avenido. Sigo con mis caricias, cada vez noto a Leo más excitado. Mi mano está húmeda, advierto cierto líquido deslizarse cual helado derretido sobre su tronco; mucho mejor, me servirá de lubricación extra. Leo juguetea con el botón de mi pantalón, logra quitarlo del ojal, baja la cremallera y se mete en mí. Sin más, sin caricias previas, sin preámbulos. Sabía su camino, lo ha encontrado, y noto cómo mi

cuerpo reacciona a esa invasión tan placentera. Se está hundiendo en mí hasta el fondo. La posición es difícil. El pantalón es demasiado ajustado para poder maniobrar, en cambio él se ha apañado para hacerlo. Con sus pies mueve mis piernas para separarlas más. Simplemente es un maestro. Sigo masturbándolo. No nos damos tregua ninguno de los dos. Quiero explotar y sentir todo lo que he imaginado. Leo se mueve, y yo, con él. Es inevitable, estamos unidos por la boca; además, yo le amarro su erección, y él tiene sus dedos en mi interior. Nos movemos solidariamente. Somos un solo ser. Si me arrastrara hasta el abismo más absoluto, cedería sin oponer resistencia. Ahora mismo no podría hacer otra cosa. Esta es la caída libre más placentera que existe, aunque supiera que el final fuera morir. Caemos a la vez en la cama, nuestras bocas se han separado por un segundo y ya están de nuevo juntas. Nos abrazamos, con este movimiento he conseguido dejar más poder de maniobra a Leo. Se inserta en mí de forma más sencilla. Su erección sigue en mi mano. Yo estoy a punto de correrme. Mi clítoris ya está hinchado; y como si Leo lo hubiera percibido, extiende toda mi humedad sobre él. Mi órgano sensible recibe esas caricias, ávido de más. Él lo sabe, me toca suavemente y necesito más, que siga así durante mucho tiempo; acelera el ritmo, intercala sus dedos en mi interior con sus caricias externas. Me está masturbando a mayor velocidad que yo a él, creo que he perdido el compás, y es que solo puedo aferrarme a su ancha polla para no caerme. La aprieto a la vez que me retuerzo buscando que sus manos y sus dedos toquen el punto justo para desmoronarme en un orgasmo abrasador. Grito, gimo, muerdo su labio inferior mientras llega mi desahogo. Su erección palpita en mi mano, creo que le estoy cortando la circulación sanguínea de tan fuerte como estoy presionando, por un instante he llegado a poder unir mis dedos; sin embargo, como si resurgiera de un letargo, es imposible volver a unirlos de nuevo. Está mucho más hinchada si es posible. Jadeo. No puedo besar a Leo. Necesito respirar. Él me deja y, sin perder el tiempo, me quita los pantalones vaqueros y mis bragas. Abro los ojos por primera vez. Está de pie, frente a mí. Veo cómo cruza sus brazos delante de su pecho, agarra los extremos de su camiseta blanca y se la quita. Ante mí aparece el torso más maravillosamente esculpido que he visto jamás. Nada de músculos en extremo marcados, unos leves

relieves, elegantes y muy sugerentes. Veo un poco de vello desde su ombligo hasta la parte de la goma de su bóxer. El pantalón vaquero va después; y tras él, el bóxer. Es increíblemente ancha y larga. Jamás he visto una polla igual. Con razón tiene la fama que tiene; si además la usa bien… ¡qué más puedo pedir! El color de su polla es más oscuro que su piel, las venas se le marcan y me ha dado un ansia imperiosa de metérmela en la boca; me incorporo ya sobrepuesta de mi orgasmo, me quito la camisa y el sujetador. Me aproximo a él, voy a cuatro patas a su encuentro. Él se acerca al borde de la cama, espera. Levanto la cabeza, nos miramos a los ojos; su mirada lo dice todo, está deseoso, excitado… yo también. Si mi cara expresara la mitad de lo que veo en la suya, podría entender cómo me siento. Me aproximo hasta su erección, saco la lengua y, sin ningún otro contacto, lamo su capullo. Es deliciosamente suave. Repito la operación como si fuera un helado: exquisito, apetecible, refrescante. Es imposible abarcar de una sola chupada todo su glande, así que me dedico durante un tiempo a lubricarle bien la zona. Mi saliva se une a su líquido. Una mezcla de sabores muy agradable para mí. Cuando decido que es suficiente, abro la boca e intento metérmela. No lo consigo al principio, tengo que abrirla más y más. Parece que tengo que desencajar mi mandíbula para comérsela. No es necesario, Leo me ayuda, posa su mano derecha en mi cabeza y flexiona sus piernas para, con un movimiento de cadera, meterse en mí. Me cuesta acostumbrarme a esa anchura; sin embargo, lo consigo, y es ahí cuando empiezo a moverme. A hacer que su polla sedosa se deslice dentro y fuera de mi boca. Oigo a Leo jadear. Realmente le está gustando lo que siente. A mí también. Jamás ante me había comido una polla de semejantes dimensiones. Continúo durante unos minutos; él, de vez en cuando, se balancea para insertarse más en mí. Me cuesta. Es difícil respirar, la posición que tengo y la anchura de Leo me lo impiden. Dejo de chupársela. Me incorporo, Leo recobra la posición, se yergue, pone su cabeza, que permanecía mirando hacia el techo, en posición totalmente vertical para a continuación bajarla y dirigirme una mirada lasciva. Me agarra la cara, hace que me ponga de rodillas en la cama y me besa con auténtica pasión. Volvemos a enredarnos en besos húmedos y morbosos. Se tumba en la cama; y yo, a su lado. Me hace moverme para alcanzar la mejor posición posible: yo, estirada en el medio de la

cama; él, encima de mí. Sus piernas abren las mías, se acomoda entre ellas. Deja de besarme la boca; sin embargo, reparte besos por el resto de mi cuerpo. Mi barbilla, el cuello, los dos pechos, los impregna de su saliva para tirar de mis pezones erectos con sus labios, dibuja una línea más o menos recta que baja hasta mi ombligo, mi monte de Venus hasta llegar a mi sexo. Se deleita, me come, me devora, se entretiene jugando con mis pliegues, su lengua explora cada rincón, cada centímetro de mi piel, yo le tiro del pelo de pura agitación. Es maravilloso sentir esto. Mi clítoris se vuelve a excitar nuevamente, juega con él. Lo lame como yo he hecho tan solo unos segundos antes con su polla, como si fuera un postre delicioso, una piruleta para su lengua, me lame de arriba hacia abajo. Cuando se da por satisfecho con su festín, abro los ojos, alertada por el cese de mi placer, veo cómo levanta la cabeza, quiero encontrarme con su mirada, un segundo de conexión visual. Observo cómo se lame su boca. Primero pasa la lengua por su labio superior y después, por el inferior. No puedo evitar morderme el labio al ver semejante gesto. Me parece excitante. Se acomoda de nuevo entre mis piernas y me penetra. Noto cómo mi cuerpo se tiene que adaptar a semejante protuberancia. Un calor abrasador me quema a la vez que noto cómo cada milímetro de su carne se inserta en mí, arrastrando la mía. Me he quedado sin respiración cuando por fin se ha metido por completo. Pareciera que voy a explotar. Empieza a moverse, la zona está lubricada, debería ser fácil hacerlo. Con tiento coge ritmo, vuelve a besarme. Podría estar mirando cómo me lo hace durante horas; sin embargo, no voy a negarme a estos besos tan lascivos y llenos de carga sexual. El movimiento se acelera. Es un hombre muy grande. Parezco minúscula bajo su cuerpo. Abrazo su espalda y, al igual que me ocurre con la polla, apenas puedo abarcarlo. No quiero que se separe ni un milímetro de mí. Mi clítoris se roza con su pelvis, abro más las piernas. Su erección llega hasta la parte más profunda de mi ser. Siento presión, por su cuerpo sobre el mío, por su polla dentro de mí, por su respiración entrecortada en mi boca. Creo que voy a estallar, me tenso, lo hago, expongo más y más la parte más sensible de mi anatomía a su roce, a su piel, a sus músculos; a la vez que siento ese placer inmenso, otra sensación igualmente placentera me hace llegar al clímax en lo más hondo de mi ser. Con el extremo de su polla toca

un punto muy localizado de mi anatomía, haciéndome retorcer de puro gusto. ¿Es posible sentir dos orgasmos diferentes a la vez? No tengo ni idea; sin embargo, creo que así ha sido. Leo sigue bombeando encima de mí, creo que no soy una persona. Podría hacer lo que se le antojara conmigo si quisiera. Sigue con sus movimientos cada vez más rápidos. Abro los ojos, miro su cara, no nos besamos. Hace tiempo que ya no. Tiene los ojos cerrados, está concentrado, la mandíbula apretada. Los músculos faciales los tiene tensos al igual que el resto de su cuerpo, se tensa del todo, se inserta de nuevo en mí; y con espasmos que me golpean como latigazos, expulsa toda su esencia en mi interior. Simplemente maravilloso.

Leo sale de mí, se pone a mi lado. De repente abro los ojos, que he vuelto a cerrar inexplicablemente, quiero cerciorarme de que he vivido esto y que no es un sueño. Muevo apenas mi mano para tocar al hombre que yace a mi lado. Él parece notar mi movimiento, enlaza su dedo meñique con el mío. Esto parece hasta romántico. Me muevo inquieta. Leo el conquistador no puede entrelazar su dedo con el mío, eso no entra en mi idea de seductor incansable, de hombre acostumbrado a estar con muchas mujeres diferentes. Tras ese lapsus, se incorpora, yo hago lo mismo. Se levanta de la cama y veo cómo desaparece de la habitación. Oigo el agua correr en la estancia que se supone que ocupa el baño. Yo también necesito una ducha. Me levanto y, antes de ir hasta allí, miro por la ventana. Es de noche, llueve desde hace un montón de días, las luces de los edificios de enfrente, unidas al reflejo de la lluvia en los cristales, me parecen de lo más sugerente que hay. Indudablemente este es el mejor sitio para pasar mis vacaciones ficticias. Nueva York, Navidad, Leo y yo. Cuando decido que no quiero pensar en mi vida fuera de aquí, voy hasta el baño. El apartamento de Leo será de los más modernos de la ciudad. La zona exclusiva en la que vive dice mucho de sus propietarios.

Entro en el baño, para mi sorpresa también tiene unos ventanales que van de techo a suelo, la suerte es que nadie puede verte, es increíble cómo puedes estar utilizándolo mientras observas la ciudad a tus pies. Maderas nobles, mármol, un espejo que ocupa casi toda la pared y que está situado encima de los lavabos, simplemente maravilloso Pensé que Leo habría terminado de ducharse, me he equivocado, me espera en el *jacuzzi* que está al lado de la ducha.

Vuelve a obsequiarme con una de sus sonrisas seductoras, y no puedo negarme a ninguno de sus deseos. Esta noche, no.

Me tiende la mano para ayudarme a entrar, se ha incorporado, veo su cuerpo mojado y esculpido y no puedo dejar de mirarlo. Es abrumador. El agua está un poco caliente para mi gusto, pero rápidamente me adapto a la temperatura. Nos ponemos uno en frente del otro. Me dejo mecer por el suave burbujeo del agua. Leo me ofrece una copa de champán. No tengo ni idea de de dónde lo ha sacado, no me he percatado de que haya salido de la habitación y hubiera descorchado una botella. Lo cierto es que llevamos toda la velada bebiendo champán, a excepción de la copa que hemos tomado después de cenar. Bebo, lo necesito. Es extraño estar rodeada por burbujas, por dentro y por fuera. Me deleito al sentir el frío líquido al bajar por mi garganta. He vuelto a cerrar los ojos de forma instintiva. Noto cómo Leo se remueve. Ya lo tengo a mi lado. Me gusta el contacto con su cuerpo. No me ha dejado maniobrar y ya lo tengo a horcajadas sobre mí. Lo lógico es que yo lo estuviera sobre él. No me importa en absoluto. En el agua es más ligero. Me besa. Nuestras lenguas se vuelven a enredar, un leve picor producido por las burbujas del champán y el roce de nuestra carne me excita al momento. De hecho, creo que no he dejado de estar excitada desde que he entrado en su casa. Sigo con la copa en mi mano. Leo posa las suyas en mis pechos. Amasa mis tetas como si de masa de pan se tratara. El agua hace que mis pezones estén erectos, él los atrapa, los pellizca, vuelve a amasarlos y creo morir. ¿Cuántos orgasmos puedo tener en una noche? No lo sé, lo único de lo que estoy segura es de que hoy batiré mi record. Seguimos acariciándonos, he logrado apoyar la copa en un lugar indeterminado para mí, he ido palpando con mis dedos hasta que parecía un apoyo fiable para el cristal. No abro los ojos. La espalda de Leo me fascina. Noto su polla sobre mi vientre, quiero que se meta de nuevo en mí. Me muevo, quiero que lo sepa, capta a la perfección mis necesidades. Se desliza para atrás, dejándome con un beso a punto de salir de mis labios. Posa sus manos en mi cadera y, como si fuera una pluma, me levanta apoyándome en el borde del *jacuzzi*; descanso la espalda en la pared, el contraste es bestial. El calor del agua y el azulejo frío me ha hecho retorcerme de la impresión. Rápidamente me habitúo a mi nuevo punto de apoyo. Leo permanece

arrodillado, se aproxima, apoya una de sus rodillas en el asiento del hidromasaje y la otra pierna la deja semiflexionada. Está en frente de mí, se pone erecto. Su polla sale del agua, imponente de nuevo, preparada para un nuevo asalto. Leo posa otra vez sus manos en mis caderas, hace que me mueva, lo hago; la mitad de mi culo queda suspendida en el aire y la otra mitad, apoyada en el borde. Aproxima su polla a mi hendidura. Veo toda la maniobra y no puedo dejar de mirar, es más, no quiero perderme ni un detalle. Abro más mis piernas, con la mano derecha separo mis pliegues, no es algo necesario, el camino está hecho; sin embargo, quiero ver cómo mi carne se ve arrastrada por la suya. Acoplamiento perfecto. Levanto la vista, Leo me está mirando, mueve de forma sutil su cara, mezcla de placer y alivio. Eso me excita enormemente. Bajo la mirada de nuevo. Quiero ver de nuevo todo el proceso. Se repetirá en numerosas ocasiones, pero no por ello va a dejar de parecerme maravilloso. Me agarro bien para no perder el equilibrio. Mi mano roza la copa, por poco no la tiro. Logro agarrarla y, en vez de volver a posarla en un lugar más seguro, la acerco vertiendo su contenido sobre la polla de Leo, que entra y sale dentro de mí. Una sensación realmente extraña. He notado un frío helador en mi interior durante una porción ínfima de tiempo, después ha desaparecido. Sigo mirando cómo Leo bombea en mí, es tan grande, está tan hinchada y se mueve tan bien, que creo que me correré con solo mirarlo. Sigue bombeando, me acomodo para estar mejor y favorecer la profundidad que sé que necesito. Llega muy pero que muy dentro, y eso me va a provocar otra explosión de placer. Lo quiero, lo necesito. Reconozco que no estoy haciendo absolutamente nada, nada más disfrutar de este momento. Leo acelera más aún, su erección recorre todo mi cuerpo y creo morir, me voy a correr de un momento a otro, mi mano se dirige hacia mi clítoris, me estremezco, la tenía fría de la copa de champán, comienzo a acariciarme y también a él, que se roza contra mí. Convulsiono, me retuerzo y empiezo a contraer mis músculos internos. Noto cierta resistencia a dejar salir a Leo, él parece que lo nota, y en vez de sacar toda su polla de mí, se inserta más y más hasta que él también sucumbe. Realmente estoy exhausta.

Leo se sale de mí y vuelve a ocupar el mismo sitio que cuando nos hemos metido en el agua. Yo deslizo mi cuerpo y hago la misma

operación. Necesito respirar. Recobrar el aliento. Mi copa vuelve a estar llena cuando logro abrir los ojos, bebo otra vez y los cierro de nuevo. Como siga así me emborracharé. No me importa. Esta será una noche que no olvidaré jamás.

Permanecemos bastante tiempo en el agua, a mí al menos me ha venido fenomenal un descanso. No hablamos, los dos estamos sumidos en nuestros pensamientos. De forma tímida, he abierto los ojos y he visto cómo Leo me observa. Parece frío, y no logro descifrar la expresión de su cara; sin embargo, no me importa. Si lo que está pasando hoy aquí fuera a tener algún futuro me preocuparía, pero lo cierto es que sé que no va a ser así, esta será nuestra primera y última noche. Es sexo, lujuria, pasión y desenfreno. ¿Que cómo lo sé? Lo sé. Se podría decir que esto forma parte de mi trabajo, aunque no es completamente cierto.

Estoy empezando a arrugarme, me muevo. Voy a salir, Leo puede quedarse más tiempo si así lo desea. Hoy todo me parece perfecto y correcto. En cuanto percibe mi intención, él también se levanta, sale del *jacuzzi*, se pone un albornoz y me tiende uno a mí. Un detalle muy amable por su parte. En silencio vamos a la habitación. Por primera vez me percato de cómo está decorada, nada más me he fijado en los ventanales; sin duda, es el elemento más llamativo, más que nada por lo que se puede ver a través de ellos. Justo bajo los ventanales hay unos asientos que ocupan toda la longitud de la ventana, tapizados en negro y en gris, además de una pequeña silla que mantiene la misma estética. La cama está cubierta por un *bouti* en tonos dorados, y en el suelo, una gran alfombra blanca suave sirve como aislante. Termino de secarme, me desprendo del albornoz, que dejo tirado en el piso, y me meto en la cama. No tengo ni la menor idea de cuál es el lado que ocupa Leo al dormir, lo cierto es que apenas sé nada de él. Decido colocarme en el medio, un lugar neutral; en cuanto vea hacia dónde se dirige, corregiré mi posición. Leo deja el albornoz en una silla que tiene en su habitación, se gira y vuelve a la cama. Se mete, yo me muevo para dejar espacio. Apaga la luz de la mesilla. No estamos completamente a oscuras; su apartamento, aunque tiene los cristales prácticamente negros, creo que es un sistema que se adapta a la luz externa, algo así como los cristales de las gafas. Estos parece que se oscurecen impidiendo que las luces del exterior molesten. A mí me

parece algo mágico. Estar en la cama a oscuras, viendo cómo a tan solo unos centímetros sigue lloviendo con furia —seguramente haga frío— y miles de luces te acompañan como si fueran estrellas es algo que jamás antes había experimentado. En seguida entro en calor. El cuerpo de Leo desprende la temperatura suficiente para sumirme en una somnolencia muy agradable. Con seguridad, no llegue a dormirme del todo, es tal la excitación y las emociones que estoy viviendo que será prácticamente imposible. No me importa en absoluto. Todo está en silencio. Leo no habla. Respira de forma tranquila, y eso me tranquiliza a mí también, pero nada más de forma momentánea. Recorro con mi mano derecha su torso, es en verdad apetecible. Él parece no inmutarse, me recreo, tengo que aprovecharlo, nunca más en mi vida disfrutaré de un cuerpo así; otros diferentes, mejores, peores... pero como este, ninguno. Continúo con mis caricias, no puedo evitar seguir el camino del vello de Leo, desde su ombligo hasta su sexo. Rápidamente me encuentro con un obstáculo. Ya está de nuevo preparado. Sonrío en la oscuridad. Es increíble el poder de recuperación de este hombre. Acaricio su polla, me gusta hacerlo, con suavidad muevo su piel más externa, recorro toda su extensión de arriba abajo. Se hincha más, y en cuanto noto que mi mano está desbordada, nace en mí un deseo irrefrenable de metérmela dentro. No lo dudo, cambio la posición, me desprendo de la sábana que me molesta y me coloco a horcajadas sobre él. Es sentir esa invasión en mi cuerpo y gemir de puro gusto. Me ha ocurrido todas las veces, una vez que está dentro de mí por completo me falta el aire. Estoy tan plena que se me olvida respirar. Esa sensación dura muy pocos segundos. Comienzo a moverme de forma acompasada. Poco puedo hacer, es tan grande que, para poder sacarla y meterla de mi cuerpo por completo, tendría que estar suspendida en el aire y como si fuera un muelle, para así poder entrar y salir. Es imposible. Me tumbo sobre su pecho y me muevo. Es muy placentero para mí. Oigo la respiración que se nos va acelerando, a él y a mí. Me incorporo un poco. Quiero que toda la polla de Leo entre y salga de mí por completo. Eso lo lograré si cambio de posición. Me pongo en cuclillas y empiezo a moverme con más rapidez; así, sí. Miro en la semioscuridad que envuelve la habitación. De la cara de Leo, apenas distingo sus facciones, nada más dos brillos que son sus ojos y su boca levemente

abierta. Miro debajo de mí. Veo su polla desaparecer engullida por mi cuerpo. Me siento poderosa y muy excitada. Continúo así durante un periodo de tiempo más o menos largo, estoy cansándome, la posición no es muy cómoda. Leo entra en acción, hasta el momento era yo la que mandaba, pero se ve que le gusta manejar sus encuentros. Se incorpora un poco, apoya parte de su espalda en el cabecero de la cama, la posición que yo tenía ya no la puedo mantener, vuelvo a la inicial, me inserto hasta el fondo en Leo y creo que puede llegar a partirme. Comienzo de nuevo a moverme, y aunque el recorrido de mi cuerpo sobre él está limitado, reconozco que es muy placentero. Me restriego contra él, me agarra los pechos, los estruja a la vez que con las yemas de sus dedos estimula mis pezones. Creo morir cuando hace eso. Sigo con mi cabalgada hasta que me corro. Gimo en el oído de Leo. Él no se mueve, me deja terminar. Me abrazo a él por temor a caerme, aunque sería imposible, estoy anclada a él por su erección y no ha bajado un ápice su hinchazón. Leo se remueve. Entiendo que quiere terminar lo que he empezado. Me retiro de él, que con rapidez me maneja a su antojo. Me coloca a cuatro patas. Estoy mirando a los pies de la cama. Posa su pene en mi culo. Nada más apoyarlo sobre mi espalda me tenso. No sé qué es lo que tiene previsto, pero no estoy dispuesta a según qué cosas. Abre mis piernas con las suyas. Noto que pasa su mano por mi sexo. Está húmeda, ha debido de escupir encima de ella y extiende sobre mi sexo su saliva, a continuación su polla se inserta en mi coño hasta dentro. Grito. No me esperaba tanta intensidad de repente. Es maravilloso, no puedo decir otra cosa. Se agarra a mis glúteos, entra y sale de mí en toda su extensión y creo morir. El recorrido es tan largo y es tan ancho que muero abrasada. Continúa, y acelera el ritmo. El que él quiere, el que él impone. Yo me dejo hacer extasiada por todo lo que me hace sentir. No está siendo cuidadoso. Tampoco una bestia. Sin embargo, me está gustando esta faceta de él. Oigo algo parecido a un gruñido. No puedo ver la cara de Leo, pero solo con su forma de moverse y de emitir sonidos me lo puedo imaginar con sus músculos tensionados, y eso me excita. Continúa así durante mucho tiempo, su polla alcanza ese punto situado en la parte superior de mi vientre, y en cuanto lo hace no puedo evitarlo y me desmorono de nuevo en otro orgasmo. Doy rienda suelta a mis deseos; grito, chillo y me libero como nunca antes. Él

hace lo mismo; y si no fuera porque me tiene sujeta con sus potentes manos, saldría despedida con sus empellones, me lanzaría contra la cristalera. El último ha sido brutal, era imposible albergar todo en mí, su pelvis pegada a mi culo. Enteramente penetrada por él. Noto cómo bombea dentro de mí. Mi cavidad se adapta a esas palpitaciones y aun así noto cómo se hincha y se deshincha haciéndome sentir viva y plena. Leo no sale de mí de forma inmediata, deja que su erección remita y tarda. Yo permanezco expectante. Es increíble tenerlo tan dentro de mí y tanto tiempo, así que lo disfrutaré. En cuanto me noto un poco menos llena, Leo se mueve, sale de mí y se va al baño. No puedo moverme. Tal cual estoy, me tumbo en la cama. No puedo hacer otra cosa. Leo vuelve, me tiende una toalla de tocador. Como puedo me muevo, sigo jadeando, adopto una posición más o menos aceptable y me limpio. Tiro la toalla al suelo y me meto en la cama. Necesito descansar.

Cierro los ojos y caigo en un sueño profundo. Demasiada actividad sexual en pocas horas. Me despierto sobresaltada, no sé dónde estoy, ni con quién; mi corazón late desbocado. He debido de tener una pesadilla o algo similar. Noto las palpitaciones en mi garganta. Cuando me sosiego, respiro hondo y recapacito. Abro los ojos. Parte de la ciudad de Nueva York está a mis pies, es de noche y sigue lloviendo. Miro de un lado a otro. Ubico el lugar donde estoy. La casa de Leo; más concretamente, su habitación. Él, a mi lado. La ciudad que nunca duerme parece que está algo adormilada como yo; sin embargo, nunca descansa. No voy a conciliar el sueño de nuevo. Me conozco, así que decido levantarme y observar a través de los ventanales. Estoy desnuda, tal cual me metí en la cama. Al estar cerca del cristal, noto frío. Doy una pasada rápida por la habitación para buscar algo que ponerme. El albornoz sigue en el suelo, estará húmedo, no es buena idea. Mi ropa también está tirada en el otro lado, ni siquiera tengo fuerzas para moverme e ir hasta allí. Una prenda llama mi atención, es un jersey o chaqueta de punto grueso. Está en la silla que hay en el extremo de la habitación y donde Leo colocó de forma cuidadosa su albornoz. La cojo y me la pongo. En efecto es una chaqueta, me queda enorme, el tacto es agradabilísimo, por lo poco que distingo es de color oscuro y emite una leve fragancia masculina. Sin duda, el perfume que Leo utiliza. Me quedo anonadada

mirando a través del cristal, la lluvia no cesa, el agua resbala a tan solo unos centímetros de mí y no me cala. Las luces las veo distorsionadas, no como puntos redondos, sino como líneas más o menos largas de un color amarillo cálido. Bajo mi mirada hasta abajo, el ritmo de la calle es frenético. No tengo ni idea de la hora que será, pero veo taxis, coches circulando e incluso parece que distingo paraguas que se mueven; es difícil discernirlo desde aquí arriba, aunque estoy segura de que habrá personas por la calle. Noto una presencia detrás de mí. Me estremezco. Es Leo, me abraza por detrás; sus brazos rodean mi cuerpo, su pecho se pega a mi espalda y me noto reconfortada. Por su abrazo, y porque me consulta en un susurro si estoy bien. No sé ni qué contestar. No me esperaba esta pregunta. No estoy mal, pero tampoco estoy bien. La forma que ha tenido de formularla y de llamarme «nena» me ha sorprendido muy gratamente. Por un momento me he sentido especial. Soy consciente de que no lo soy para nada y que será su forma de hablar o de tratar a la mujer que en ese momento comparta su cama, seré una ilusa, pero me ha hecho sentir bien. No puedo decir que Leo se haya comportado mal conmigo en todo este tiempo que llevamos hablando, ha tenido detalles muy bonitos y parece que se ha preocupado por mí, o al menos disimula muy bien si no es cierto.

Permanecemos abrazados unos minutos, yo apoyo mi cabeza en su torso, observo la ciudad y creo que soy por completo feliz por unos segundos. Algo efímero, pero igualmente real. Tal vez me esté engañando a mí misma, seguro que sí, pero creo que en mi cabeza la idea de felicidad podría ser esta. Solo de pensarlo hace que esté a punto de llorar. De hecho he tragado saliva con dificultad. Se me ha formado un nudo en la garganta. Desconozco por qué razón me he puesto tan sensible. No quiero llorar, no quiero flaquear. Me muevo incómoda. Leo me gira, me pone frente a él. Como cuando entramos por primera vez en la habitación, pone sus manos en mi cara y me besa. Su lengua juguetea con la mía y me vuelvo a encender otra vez. Nuestras bocas se entienden a la perfección. Las manos de Leo abandonan mi cara y se dirigen a mi cuerpo. Estoy desnuda, cubierta por su chaqueta que bien podría servirme de abrigo. Empiezo a notar calor. Será la excitación, la suave lana que me envuelve… no lo sé. Muevo mis hombros para deshacerme de la prenda en cuestión. De

nuevo, los dos desnudos. Me aproximo más a Leo. Noto que ya está dispuesto otra vez. Es maravilloso que sea así. Siempre preparado. Aprovecharé lo que me ofrece. La noche va consumiendo sus horas y cada vez me va quedando menos tiempo para disfrutar de él. Me lleva hasta la cama. Me tumba, él lo hace a continuación. Seguimos besándonos. Me da la sensación de que, esta vez, de forma más pausada, igualmente caliente y morbosa, pero mucho más lenta. Me dejo. Lo que sea con tal de disfrutar de este extraordinario amante. No tenemos prisa. Yo, ninguna. Acaricio la espalda de Leo, él recorre con las yemas de sus dedos mi cuerpo y me hace estremecer. Jadeamos de deseo, pero al menos por mi parte no tengo la necesidad imperiosa de que esté dentro de mí, es algo diferente, extraño. No necesito esa inmediatez, ese ahora mismo. Quiero disfrutar de esto, de sus besos tranquilos, de sus caricias, de su cuerpo junto al mío. Podría ser que esté influenciada por mis pensamientos, por esa sensación de felicidad efímera que he sentido, no lo sé. Confieso que esta noche la recordaré durante mucho tiempo.

Leo deja momentáneamente mis labios, se encierra entre mi cuello y mi clavícula, me besa, deposita besos diminutos en mi piel sensible para luego recorrer ese mismo camino con la punta de su lengua. Me hace ver las estrellas, termina con pequeños mordiscos que se vuelven más fuertes a medida que nota que mi respiración se acelera. Es un efecto acción-reacción instantáneo. Me acaricia los pechos mientras me besa la clavícula. Yo nada más recorro con mis manos su espalda. No puedo hacer otra cosa; en realidad sí, acariciarle la polla, que ya me ha rozado en más de una ocasión; sin embargo, no lo hago. Dejo que Leo marque los tiempos, y aunque reconozco que el deseo cada vez se va haciendo más grande en mí, no quiero acelerar los acontecimientos. Leo se entretiene degustando mi cuerpo, me ha hecho tumbar en el centro de la cama otra vez. Me chupa los pechos, repite la misma operación que con el interior de mi cuello, deposita pequeños besos, después recorre toda mi piel con la punta de su lengua para luego entretenerse con mis pezones, los succiona, los chupa, los muerde y creo que podría correrme solo con eso. Estoy muy excitada, mi cadera se mueve buscando algo que la toque, algo de roce; el cuerpo de Leo está a mi lado, y, sin embargo, necesito ya que se meta en mí o al menos que me toque para aliviar ese deseo y

hacerlo más grande, todo suena contradictorio, pero así es. Baja por mi vientre, con su lengua, siento cierto alivio porque sé que de alguna manera ya se aproxima al lugar más caliente de mi cuerpo, la zona cero, el epicentro de mi deseo. Recorre mi cadera, mis muslos, ignora el lugar que le pongo en bandeja, me está haciendo desearlo aún más y me estoy poniendo nerviosa. Levanto las caderas, quiero que, aunque sea con su barbilla, me roce; necesito eso y lo necesito ya. No me hace esperar durante mucho tiempo, lo suficiente para mantenerme expectante y mucho más excitada. Repite el mismo ritual, besos minúsculos, incluso castos, diría yo. Su lengua es otro tema, ahí ya no puedo más. Mi mano presiona sobre su cabeza, no quiero que levante ni un milímetro su aliento de mi sexo, quiero que me coma, que me devore, incluso, que me haga sentir dolor, pero necesito algo, cualquier estímulo que me haga sentir más si es posible. Leo se aplica a conciencia, separa con la yema de sus dedos mis pliegues, retira toda la piel de mi clítoris, lo deja al descubierto, noto su aliento como si fuera aire helador en mi punto más sensible, incluso es doloroso; no me importa, su lengua se posa en él de forma prolongada, me duele. Estoy tan excitada que creo que puedo desmayarme, no sé si es placer, dolor o qué, pero puede llegar a ocurrir. Leo deja mi clítoris envuelto de nuevo en su abrigo natural, sin embargo sigue jugueteando; la sensación es mucho más placentera así, mucho mejor no de forma tan directa, me remuevo. Me voy a correr solo con sus dedos, acariciándome, y su lengua, recorriendo unos centímetros de mi piel. Es increíble cómo el cuerpo reacciona a tales estímulos. Su lengua me lubrica a la vez que sus dedos me acarician cada vez más rápidamente; convulsiono, exploto, me elevo, mi espalda genera un semicírculo perfecto para desplomarme en la cama, exhausta. Él sigue, sin embargo; vuelvo a notar esa mezcla de dolor y placer. No es desagradable; extraño, sí. Se adentra en mi cuerpo con sus dedos, es como si estuviera preparando la zona, respiro aún de manera entrecortada; y en cuanto me descuido, la polla de Leo está dentro de mí, no me da tregua, no puedo sentir más. Mi ser no se ha recuperado del orgasmo y ya estoy dispuesta a otro. Bombea muy dentro de mí, sabe llegar a ese punto, y vaya si lo hace. Sus acometidas profundas y su ancho miembro me horadan como si fuera una mina. No puedo más, vuelvo a tensarme, él vuelve a estimular ese punto interno en mí

hasta que levito de nuevo y me corro como hace unos minutos. Él, conmigo, a la vez, bombea, tensa sus músculos, aprieta su mandíbula, puedo notar que su mentón se mueve como si estuviera mascando algo muy duro. Se derrama en mí gruñendo, y me vuelve loca cuando lo hace. Simplemente maravilloso.

Me cuesta recuperar el aliento, no sé ni qué hacer ni qué decir. Comienzo una conversación, no. No lo sé. Lo que tengo claro es que no voy a dormir en lo que queda de noche, estoy demasiado alterada. Decido irme al baño, para ganar tiempo u ocuparlo en algo, lo ignoro. Abro el grifo de la ducha, a tope, agua caliente. Un vaho inunda el baño, y eso que es extremadamente grande. Es como si una niebla se apoderada de la estancia, algo parecido me está ocurriendo a mí. Estoy nublada, cegada por las circunstancias. Entro en la ducha, el agua quema mi piel. No me gusta que esté tan caliente, decido regular la temperatura, agradezco el líquido elemento sobre mi cuerpo a una temperatura más moderada. Tal vez consiga relajarme y estar menos acelerada. Me enjabono con el primer bote que cojo. Es un gel masculino, no me importa, es agradable como huele. Me recordará a Leo cuando todo esto haya acabado. Me giro para aclararme cuando veo que Leo está en la ducha conmigo. No me he dado cuenta de su presencia. La mampara es fija y no ha hecho ningún ruido. Es muy sigiloso. Podría haberme atacado por detrás si hubiera querido. No me pregunta, no habla, nada más me mira. Avanza, me acorrala. No tengo escapatoria y no temo, inexplicablemente no he sentido pánico por verme sin salida. Leo hace que me apoye en la pared. Está fría, y mi piel demasiado caliente. Me besa de forma ruda, esta vez sí con urgencia, podría decirse. Y me dejo avasallar, invadir mi espacio vital, robar mi oxígeno, no tengo voluntad. Me agarra los pechos, los estruja como si fueran dos naranjas, es doloroso pero igualmente placentero. Me está llevando a otra dimensión con su rudeza. Su erección ya está lista, sería imposible no sentirla. La agarro. Al igual que él, intento aplastarla, estrujarla; sin embargo, creo que no lo consigo. Eso lo excita porque jadea más fuerte cuando aprieto. Leo abandona mis pechos, va a mis glúteos, hace lo mismo, los exprime, me impulsa contra la pared con sus caderas; sé lo que quiere: meterse en mí, y que yo lo haga hasta que me destroce por dentro y por fuera. Me restriego contra él. Hace que me suba a sus caderas y se inserta en mí sin darme

tiempo a pensar cómo lo ha hecho. Es tan sumamente grande que sería imposible otro acoplamiento. La unión de los azulejos araña la piel de mi espalda con cada empellón que me da. Es doloroso pero placentero al mismo tiempo; sé que cada vez que mi piel es arañada por la pared, voy a sentir una oleada de placer dentro de mí. Ese placer compensa todo el dolor que me infrinja. Me está desencajando, me penetra con una rudeza y rapidez increíble; me amarro fuerte a él para no caer, lo araño cuando me corro, incluso tiro de su pelo, haciendo que su cabeza se mueva hacia atrás. Veo deslizarse su nuez al tragar y creo morir abrasada de morbo. Este hombre me traslada a otro lugar. Se corre dentro de mí como si no hubiera eyaculado durante las últimas horas. Lo noto, sus espasmos, su alivio. Quiero esto siempre. Sé que es imposible, que no va a volver a ocurrir nunca más, solo esta noche, pero... soñar es gratis.

El agua de la ducha ha estado saliendo todo este tiempo. El vaho nos tiene invadidos, me sigue costando respirar, la densidad del aire es alta; entre el vapor de agua y el orgasmo que acabo de soportar, no logro que mis pulmones reaccionen. Sin dudarlo, cambio la manilla del grifo, frío total. Me meto debajo. Me estremezco. Me vuelvo minúscula y, sin embargo, lo agradezco. Algo de realidad. Cruda y fría realidad, pero es lo que necesito. Leo se mete conmigo debajo de la lluvia finísima que proporciona su ducha. Aprieta la mandíbula, debe estar fría hasta para él, no se queja. Aguanta estoico a que el agua arrastre todo el aroma a sexo y desenfreno que llevamos encima. Cierro el grifo y salimos. Los albornoces están tirados en alguna parte de la habitación; pero él, raudo y veloz, sale del baño haciendo que el aire limpio y menos denso de la estancia principal perfore el sólido muro de vapor que había hecho irrespirable el ambiente. Lo agradezco. El frío me despierta. Me pongo la bata. Siento la humedad en él, aunque no me importa lo más mínimo. Llego hasta la habitación. No hay rastro de Leo. Habrá salido. Sigo mirando por la ventana. No sé que tendrá esta ciudad, pero me tiene hechizada. Podría pasar horas viendo el ir y venir de la gente, las luces, las sombras, la lluvia que no cesa... todo tendrá un significado que desconozco. Mi mente interpretará esos estímulos externos de alguna manera, no lo sé; de lo único que tengo certeza es de que me gusta lo que veo a través de los cristales de la habitación del apartamento de

Leo.

Paso demasiado tiempo parada, incluso creo que el charco que se había formado a mis pies ha desaparecido, se ha evaporado. Decido meterme, de nuevo, desnuda en la cama. Se apodera de mí un sueño lento. Cierro los ojos y descanso. Estoy tumbada boca abajo, es la postura que adopto para dormir: mis brazos, cruzados a modo de almohada y, sobre ellos, mi cabeza. Las piernas, abiertas; una de ellas, estirada, y la otra, un poco flexionada. Duermo así desde que era niña. Creo que he dormido horas, o esa es la sensación que me da. El sueño ha sido reparador. Noto que algo me invade por detrás, húmedo y duro. Me remuevo inquieta, pero algo o alguien no me dejan mover. De nuevo humedad en mis pliegues. Parece una lengua; sin embargo, no lo tengo claro. Estoy adormilada aún, mi conciencia no procesa todavía todo lo que recibe del exterior; mi cuerpo es diferente, se está activando. Noto cómo el calor me invade de nuevo. No puedo moverme, estoy tan a gusto en esta posición que nada de lo que me haga Leo hará que la cambie. Noto presión en mi culo y en parte de mi espalda. Sin duda es el peso de su cuerpo. Se introduce con lentitud en mí, en esta misma posición, parecería premeditado, pero no es así. Duermo adoptando igual postura casi siempre. Su invasión me está encantando. Sus manos se apoyan a los lados de mi cuerpo. Parece como si estuviera haciendo flexiones, con la ligera diferencia de que me está penetrando cada vez que su cuerpo baja. Llega muy dentro de mí como siempre. Toca ese punto infinitamente pequeño y se aparta, son milésimas de segundo, pero siento un placer tan intenso que sé que como siga a este ritmo, me correré sin moverme. Leo resopla, lo oigo gruñir, no me ha besado, no me ha estimulado nada más que con su lengua y creo que va a ser igual de placentero. Está mucho tiempo bombeando en mí, cambia el ritmo, rota, gira, hace movimientos más o menos lentos, casi sale de mí para insertarse de golpe. Muero de placer. Se está formando en mi interior el estallido final, lo sé, lo siento, lo presiento. Como si fuera una muñeca de trapo, Leo tira de mis caderas haciendo que mi posición cambie levemente, ha levantado un poco más mis caderas, mi culo queda más expuesto, y para él debe de ser más cómodo; yo me he arrastrado como él ha querido, me dejo hacer. Se inserta en mí sin perder la cadencia, cada vez más rápido, más profundo, hasta que me corro cuando toca ese punto interior y no

se retira, permanece ahí el tiempo necesario hasta que termino de convulsionar. Duele, es tan extremadamente placentero que duele y gusta a la vez. Grito desmadejada, él no sale de mí. Comienza de nuevo a bombear, buscando su éxtasis. Yo no puedo hacer otra cosa que respirar. Mete una mano debajo de mi vientre y comienza a estimularme el clítoris y mis labios, sin descanso, sin tregua, a la vez que se inserta de nuevo en mí. No puede ser que lo consiga otra vez, me voy a volver a correr. Estoy extenuada y no sé si lo lograré, mi cuerpo parece revelarse, lo quiere y lo desea como yo. Nunca pensé que pudiera sentir tanto placer y tan seguido. Este hombre va a acabar conmigo, con mi resistencia y con mi cuerpo. Me arqueo más pronto que nunca, convulsiono y él me atraviesa cual estaca para deshacerse también en un orgasmo al que precede un gruñido animal; sus testículos podrían meterse en mi interior, o al menos esa es la sensación que a mí me da. Los tengo pegados a mi culo, y creo que han estado acariciando mi sexo de forma continua con los empellones que me propinaba Leo. Simplemente maravilloso. Los dos jadeamos, sudamos, nos falta el aire. Puedo morirme en este momento. Ya he tenido todos los orgasmos que una persona puede experimentar en su vida sin morir antes.

Tal cual estoy, me quedo; él se tumba a mi lado. Creo que está igual de exhausto que yo. Cierro los ojos y me duermo otra vez.

No sé qué hora es cuando me levanto para ir al baño. Llevo toda la noche en un duermevela continuo. Estados de relax total intercalados con estados de éxtasis asolador y completo. No lograré dormir más. Miro mi reloj, las seis de la mañana. Me acerco al ventanal, está amaneciendo en la ciudad que nunca duerme. Parece que la lluvia ha cesado; sin embargo, el cielo sigue plomizo, nada más un pequeño resplandor anaranjado indica que el sol de diciembre quiere ocupar su espacio en lo alto del cielo. Tonos rosas, naranjas que hacen que la luz gane terreno a la noche. El espectáculo es maravilloso. Giro y veo a Leo tirado en la cama. Boca abajo, como yo hace no tanto tiempo. Su ancha espalda, su culo; es realmente un cuerpo espectacular. ¿Quién podría pensar que este hombre, con semejante cuerpo, es un presunto asesino? Y otra cuestión es ¿por qué tiene esa necesidad de hacerlo? Reconozco que no he sentido miedo en ningún momento de nuestra cita; nunca te puedes fiar, y he visto

demasiadas cosas que impresionarían a cualquiera. Mi instinto me dice que este no es el hombre que busca el agente Preston y que en pocas horas terminará mi misión. Yo haré mi declaración con lo que sé y asunto concluido. Mañana a estas horas, ya ni siquiera estaré en la ciudad.

Leo se remueve, su mano se alarga para tocar la parte de la cama que debería ocupar yo. Palpa, pero no encuentra lo que está buscando. Observo, y la escena me hace gracia. No mira hacia donde yo estoy; cuando creo que abre los ojos y se percata de mi ausencia, se gira sobre sí mismo. Apoya su espalda en la cama y me regala una sonrisa maravillosa. Yo se la devuelvo. Verlo en su esplendor es asombroso; su torso, su pene erecto, hasta amaneciendo está perfecto. Se levanta, me pregunta que qué hago, y, sin hablar, le indico con el mentón el espectáculo que nos está regalando el sol al salir. Él se pone detrás de mí y observa sereno lo que le indico. Sus ojos, entrecerrados, con ese brillo tan característico; la mandíbula, apretada. No me lo pienso, me pongo de rodillas y me dedico a esa parte de su cuerpo que, para ser sinceros, ni siquiera me ha rozado y que quiero que me dedique sus atenciones. Me perderé el espectáculo del amanecer, pero eso puedo volver a verlo en cualquier momento de mi vida, cuando regrese a la gran ciudad; a Leo, nunca más. Me la meto en la boca, casi me da una arcada, con rapidez la saco presionando levemente con mis labios, me adapto a su tamaño y emprendo mi juego. No bajo el ritmo, y eso que es difícil respirar. El vientre de Leo empieza a moverse de forma acelerada. Saco la polla de mi boca y me dedico a jugar con su glande, lo succiono mientras mi lengua juguetona se entretiene entre sus pliegues y su orificio. Mi mano lo masturba a la vez que la chupo. Alzo la vista, Leo observa el amanecer en Nueva York; y aunque parece que no siente nada, sé que lo hace, su mandíbula tiene ese pequeño movimiento que hace que se tense todo su cuerpo. Los brazos los tiene caídos alrededor de su cuerpo y sé que no tardará en posármelos en la cabeza buscando más y más profundidad. Me empieza a doler los músculos de la boca, pero aun así seguiré, quiero que se corra en mi boca. Con la mano que tengo libre, le acaricio las pelotas, que están duras y rugosas. Continúo. Un movimiento por parte de la cadera de Leo empieza a surgir, quiere más acción, más fricción; yo dejo que él bombee en mi interior. Como suponía, sus

manos están en la parte alta de mi cabeza. Alzo la vista otra vez. Ya no mira el cielo de la ciudad. Está inmerso en su propio placer, y eso me da una satisfacción tremenda. Acelera, al igual que cuando me la mete, toca esa parte del interior, esta vez de mi boca; temo vomitar, pero es tan corto el tiempo que parece que mi cuerpo no reacciona de forma inmediata. El desenlace es inminente. Lo ansío. Leo se retira de mí, se masturba delante de mi cara; yo saco la lengua para chuparle la punta de su glande, parece que le gusta. Descarga de forma atropellada en mi boca, y yo me lo trago, abundante, caliente y espeso. Con mi lengua recorro mis labios para recoger los restos de su semen. Observo a través de mis ojos llorosos, y él me mira. Su gesto parece serio, nunca lo hubiera pensado. Se ha desahogado, ¿por qué está enfadado? No lo entiendo. A mí me ha gustado enormemente la experiencia. Leo me tiende la mano, me ayuda a levantar y me abraza. Este gesto me descoloca. Yo lo abrazo a él también. No quiero alargar demasiado en el tiempo esta confianza que ha surgido entre nosotros. Me muevo inquieta. Él lo percibe también. Se separa de mí. Dice que va a preparar el desayuno. Podría prestarme a ayudar, pero no me apetece. Me daré una ducha rápida y me vestiré. Mi día con él está a punto de terminar. Creo que tengo suficiente información.

Me meto en la ducha, y no puedo evitar recordar el tórrido encuentro que tuve no hace demasiadas horas con Leo en este mismo lugar. Lo cierto es que todos y cada uno de nuestros encuentros sexuales han sido muy calientes y morbosos. Sabía de su fama, de su currículum como extraordinario amante, y todo lo que he leído acerca de él se queda corto. No me extraña que tenga en su haber un número tan elevado de conquistas, es fácil. En cuanto te mira, te tiene ganada. A mí me ha parecido así desde el primer momento. Tengo que decir a su favor que, las semanas que he estado hablando con él sin ningún tipo de contacto físico, me ha parecido un hombre muy íntegro, educado y atento. No puedo decir que no lo sea. No parece ser el perfil de un asesino. Al menos conmigo no se ha comportado de forma extraña. Se podría decir que lo tiene todo. Me consta que muchas han querido algo más con él, pero ninguna de ellas se ha salido con la suya. Creo que si alguna lo consigue será por méritos propios o porque él ha bajado la guardia y se deja engatusar. Ese ya no será mi problema. Hoy termino con esto.

Salgo de la ducha, me seco y me visto con la misma ropa que elegí para esta cita. Pantalones vaqueros y camisa de seda. En cuanto Leo llega a la habitación, estoy prácticamente lista para desayunar e irme. Él lo sabe; y yo, también. No es nada sorprendente para ninguno de los dos. En la bandeja tiene dos tazas con café solo y unas tostadas. Yo tomo el café sin leche, así que ha sido un acierto; quizá se lo haya comentado en alguna de las conversaciones que hemos tenido, no lo sé. Deja la bandeja sobre la cama. Me acerco. Me siento. Me tiende la taza y bebo un sorbo del café. La estancia se ha visto invadida por ese olor tan característico y que me encanta. Es el pistoletazo de salida para iniciar un día lleno de emoción. Cojo una de las tostadas y le hinco el diente, es lo primero que meto en mi cuerpo desde hace horas. Miento, no es lo primero. Hablo de comida o bebida. Desde la cena no hemos probado bocado. Intercalo el café con pequeños mordiscos de tostada. No he untando ni mantequilla ni mermelada, así, tal cual. Un desayuno frugal. Leo come, observa a través de la ventana o me mira. Parece pensativo. No quiero indagar demasiado en su estado anímico. No quiero ser descortés tampoco; sin embargo, empiezo a tener la necesidad de irme de aquí cuanto antes. Apuro mi café y me levanto. Leo me imita. Retira la bandeja de la cama y la deja en el suelo. Me abraza más fuerte que en otras ocasiones; sé lo que todo esto significa porque, si no, podría pensar que me va a echar de menos. Nada de eso. En pocos días será otra mujer la que esté retozando en su cama y sintiendo todo lo que me ha hecho sentir a mí. Solo de pensarlo y de tenerlo tan cerca me estoy excitando. Leo me mira fijamente y empieza besarme. Esto es un *déjà vu*, ya lo he vivido antes. En este mismo lugar, vestida de la misma manera. No lo sé. Nuestras lenguas juguetean ansiosas de fricción. Jadeo. Me enciendo, estoy dispuesta a despedirme de Leo como debe ser. Él está más que preparado. Está desnudo, es fácil de ver. Le acaricio la polla y quiero que se meta en mí. Él me desabrocha la camisa y yo lo masturbo cada vez más rápido. Quiero mi desahogo, y lo quiero de forma inmediata. No esperaba esta reacción en mí así; sin embargo, mi cuerpo manda. Tal vez sea la urgencia de irme, no lo sé. Quiero que se inserte en mí tantas veces como pueda. Me desnudo. Y sin dejar de mirar a Leo, me tumbo en la cama, quiero que me haga suya por última vez. Sabe lo que tiene que hacer. Pone mis piernas sobre sus hombros y se mete en

mí. Así, la penetración es máxima. Creo morir. Me va a partir en dos. No me importaría que lo hiciera si con eso sé que me voy a desmoronar en un orgasmo abrasador. Me masturba a la vez que me penetra, y no voy a poder alargar esta caída libre durante mucho tiempo. Me gustaría, sí. Pero no me veo con fuerzas. Convulsiono. Parezco poseída, mi cuerpo se mueve sin ritmo aparente. Mis ojos se han dado vuelta. Jadeo y no puedo pensar. Se ha detenido la sangre en mis venas. Mi mundo. Nada existe. «Leo, eres maravilloso». Noto que mi cuerpo se agita y no soy yo la que lo mueve. Es él, que está buscando también su fin como un poseso. Y lo hace, gruñe más alto que nunca, el esfuerzo lo hace sudar. Una fina película brillante recubre su cuerpo. Simplemente morboso. Sus músculos marcados, su mandíbula tensa, el brillo de sus ojos. No hay visión más sexy y sensual para una mujer en estos momentos. Leo me baja las piernas y se desploma sobre mí en cuanto termina. Tiene cuidado de no aplastarme, ha puesto sus codos en la cama de forma que se apoya sobre mí, pero no deja todo el peso de su cuerpo encima del mío. Me gusta esta sensación, pero debe terminar. Se entretiene en mi cuello, me da pequeños besitos que me hacen cosquillas. No puedo evitar reír. Tras unos momentos de risas, Leo se levanta. Se va a la ducha. Yo debería, pero no quiero alargar esto más en el tiempo. Cuando él sale, yo ya estoy lista. Nos miramos y nos sonreímos. Sabemos que es la despedida. Me agarra por las dos manos y me da un beso en los labios. Algo sencillo. Se ofrece a llevarme a mi hotel. Me niego, no voy allí precisamente, pero eso él no lo sabe. Se ofrece también a esperar a un taxi conmigo en la calle, tampoco quiero. Aquí termina todo. Con un beso más efusivo por mi parte, me despido de Leo Lloyd. Hasta siempre. Un placer haber compartido esta noche contigo.

Capítulo 3

He estado observando al agente Preston todo el tiempo que ha durado la lectura de mi diario. Me miraba, a veces, con cara de incredulidad, y otras, con cara lasciva, para volver de inmediato a su lectura. Ha mantenido la boca abierta casi todo el tiempo, parece que se ha quedado sin habla, ha sacado su lengua para humedecerse los labios en varias ocasiones. Me ha producido un asco tremendo ese gesto. Mi relato lo ha dejado reseco y sin palabras. Por momentos lo he notado azorado, como si sudara, se removía incómodo en la silla. Yo he permanecido impertérrita, esto era lo que quería, pues ahí lo tiene. Con todo lujo de detalles, mi vida sexual e íntima leída por un agente del FBI. Creo que con esto será suficiente para exculpar a Lloyd del último crimen que se le atribuye y que por la posible relación con los anteriores también forma parte de la investigación.

En cuanto el agente Preston termina de leer se incorpora, me parece que está excitado. Me devuelve mi diario, me mira con una sonrisa de satisfacción y me acompaña a la salida.

—Muchas gracias por su declaración, señorita Croninger —dice el agente, creo recordar que estas mismas palabras me las dijo ayer, opto por contestar de igual manera.

—De nada, señor, es mi deber —respondo.

—Y gracias, también, por la aportación de su diario personal —

añade con una sonrisa maliciosa en la cara.

Asiento, no digo nada. Este hombre ha pasado un buen rato leyendo mis intimidades; no me hace gracia, pero mi trabajo es este, he de aceptarlo.

—Podemos confirmar que Leo Lloyd no es el asesino de la última mujer que ha aparecido muerta en la calle 82 —afirmo.

—Efectivamente, señorita Croninger, confieso que era mi primer sospechoso, pero tenemos varios casos más pendientes de resolver y eso no quiere decir que el señor Lloyd no esté implicado en ellos —dice en tono serio. Pensativo. Creo que no está convencido del todo, supongo que lo que ha leído en mi diario nada más sirve para exculpar a Leo del último asesinato, no de los anteriores. Omito decir mi opinión. Él es el que lleva el grueso de la investigación. Yo nada más he colaborado en parte de ella.

Al igual que el día anterior, el agente Preston me acompaña a la salida de la comisaría y detiene un taxi para mí. Me ahorra el tener que decirle que no quiero que alguno de sus subordinados me acerque a mi hotel. Por el momento, he terminado con esta investigación. Espero que no vuelva a llamarme, o si lo hace, que sea para otro caso. En este en particular, el agente Preston ha estado en todo momento convencido de que Leo Lloyd es el culpable, y el que las cosas no hayan salido como él quería parece que lo ha enfadado. Creo que está decepcionado conmigo. Yo no tengo culpa de nada. Nada más lo he seguido y no he encontrado pruebas que lo incriminaran más allá de las evidentes. En cuanto para el taxi, el policía rechoncho que me encomendó la última misión se despide de mí con un apretón de manos y unas palabras para alabar mi trabajo. No siente en absoluto lo que dice, lo sé. Yo sonrío, doy las gracias y me voy. Él espera a que entre, me saluda con la mano y me sonríe satisfecho. Le devuelvo el gesto y cierro la puerta. El taxista es muy eficiente, apenas me pregunta la dirección de mi hotel y emprende la marcha. Se lo agradezco, reconozco que últimamente no estoy muy sociable.

Llego al hotel casi al tiempo que empieza a llover de nuevo. Ya he cumplido con mi deber. A partir de ahora, estaré liberada hasta que un nuevo caso esté en mis manos. Es hora de hacer la maleta. Mañana cogeré el vuelo que me devuelva a casa. Recobraré la normalidad y trataré de ser feliz.

En la recepción del hotel, la recepcionista, en cuanto me ve, me dice que tiene un mensaje para mí. Todo esto me extraña. Soy una de los millones de turistas o visitantes que pernoctan a diario en la ciudad que nunca duerme. Nadie me conoce, a excepción del agente Preston, y acabo de estar con él. Lo que me tuviera que decir lo ha hecho. O puede que sea de la agencia, con un nuevo caso, aunque creo que eso es imposible. Cojo el sobre que me da la señorita y subo a mi habitación. Tengo impaciencia por saber, pero hasta que no esté a solas no lo leeré. Entro al cuarto. Dejo mi bolso y el abrigo, me siento sobre la cama e inspecciono el sobre. Aparentemente es un sobre normal, quizá de una calidad superior, más grueso y de color *beige*. Lo abro. Una carta manuscrita aparece en él. Leo.

> Yo no lo hice, yo también tengo mis informadores y reconozco que no me he percatado hasta hoy de tu interés para conmigo. No me esperaba esto de ti. Pensé que podría ser diferente. Nunca dejaré de ser como soy, porque al final me he dado cuenta de que todas os movéis por unos u otros intereses. Será descabellado juzgaros a todas por igual, pero mi opinión no la puedo cambiar, no en estos momentos.
>
> Espero que al menos esta noche la recuerdes con cariño.
>
> Leo

Vuelvo a leer lo que tengo delante. Tengo que analizar detenidamente el documento que tengo en mis manos. Es obvio que está enfadado, el tono empleado y las formas así lo indican. Ni siquiera es una carta correcta, nada de eso. Eso queda patente.

Está claro que sabe que lo he seguido, o que la noche que he pasado con él ha sido parte de una investigación, todo esto me molesta. Lo había hecho tan bien... y al final todo se ha descubierto. Me asegura que él no es el asesino, esa idea la tengo clara, por lo que he vivido y por el seguimiento que le he hecho durante todo este tiempo. Otra cosa es lo que opine Preston, y eso a mí ya no me concierne. Lo noto decepcionado y dolido también, parece que las mujeres no lo tratan como merece, o al menos eso es lo que él cree. ¿Qué ha querido decir con que no se esperaba esto de mí y con su afirmación de que todas nos movemos por unos intereses u otros? Confirmo que Leo Lloyd es un tipo listo, seguramente no sea ajeno a que muchas de las mujeres con las que se ha acostado lo quieren por

su dinero, no ha sido mi caso, pero también he estado con él por el interés de una investigación… No temo por mi integridad; sin embargo, no me he dado cuenta de que me estaban siguiendo, y eso en mi profesión es imperdonable. Igual me he confiado demasiado y he bajado la guardia. Es evidente que el señor Lloyd es más inteligente de lo que parece y que tiene gente alrededor que vela por su persona. No me extraña. Está forrado, y cualquier marido cornudo podría mandar a matarlo por venganza, o incluso alguna mujer celosa o despechada por su rechazo o indiferencia… entiendo que la mente humana puede llegar a esos extremos. En definitiva, me creo lo que dice, que él no es el asesino. Podría presentar esta carta a Preston, pero no creo que aporte nada nuevo al caso. La vuelvo a meter en su sobre y la incluyo dentro de mi diario. Podría romperla y hacer como que nunca existió; sin embargo, no lo hago.

Pido comida al servicio de habitaciones. No voy a salir de aquí hasta que se haga la hora de ir al aeropuerto, y mucho menos ahora que sé que Lloyd me sigue; no él directamente, pero parte de su entorno, sí. No soy tan importante ni tan peligrosa como él se cree, pero ahí no me meto. Pensé que si todo se desarrollaba como hasta ahora, dedicaría mi tiempo libre a pasear por alguna de las tiendas y comprar regalos de Navidad para la familia, pero debido a las circunstancias, aborto ese plan. Mi vida es mucho más importante. No creo que me ataquen, nada más sería un seguimiento como los miles que he hecho en mi vida. Como sé lo que supone, haré un favor a la persona que me tiene que vigilar y no le daré trabajo extra.

La comida llega. Abro la puerta. En vez de ser el camarero del servicio de habitaciones el que me sirve la comida, veo al mismísimo Leo Lloyd en la puerta de mi suite. De forma instintiva cierro o, al menos, intento cerrar la puerta. No me deja. Forcejeo, pero no hay manera. Como era de esperar, él tiene más fuerza que yo. Ha empujado la puerta con la camarera donde está mi comida justo antes de que esta llegara a cerrarse del todo. Intento alejarlo con todas mis fuerzas para que se vaya, pero me doy por vencida, es imposible. Desisto en mi maniobra y dejo de hacerlo. La puerta se abre de nuevo. Ahí está él, guapísimo. Traje oscuro, abrigo negro. Cara seria, aunque he percibido un atisbo de sonrisa en su cara cuando ha visto la mía, que es de desconcierto total. Mi primer impulso ha sido impedirle la

entrada de inmediato; sin embargo, no ha servido para nada. No sé qué es lo que quiere Leo, ya me ha quedado claro en su carta que él no lo hizo. Yo he cumplido con mi trabajo y no quiero saber más de él. Esto no es cierto del todo, pero he de hacerlo.

Era absurdo impedir que entrara, lo habría conseguido por las buenas o por las malas. Se ve que quiere hablar conmigo o, en el peor de los casos, asesinarme; si lo va a hacer, que lo ejecute como a esas otras mujeres, mientras estoy siendo invadida por parte de su cuerpo y llego al orgasmo. ¿Habría una manera más dulce de morir? Su semblante ha cambiado. Ahora está realmente enfadado. No debe de haberle gustado mi gesto. No temo por mi integridad física, pero una ráfaga de pensamientos que prefiero no tener en cuenta ha atravesado mi cerebro. He visto al asesino en la cara de Leo, no quiero reconocerlo, pero así ha sido. Nos encontramos en la habitación de un hotel, al lado de la cama, y la situación es totalmente diferente a la vivida hace tan solo unas horas. Respiro hondo y me inyecto el valor suficiente para poder continuar. Leo y yo tenemos una conversación pendiente. Espero poder solventarla de forma amigable, comer lo que sea que esté bajo la campana metálica que veo en el carrito al lado de Leo y volver a mi casa sana y salva.

—Yo no lo hice —suelta a bocajarro.

—Estuviste toda la noche conmigo, evidentemente no eres el asesino de la última mujer —contesto en tono serio.

—Ni el asesinato de la mujer de la calle 82 ni de ninguna otra —confirma con gesto rudo.

—Solo puedo confirmar que no eres el asesino de la mujer de la calle 82, del resto no tengo pruebas concluyentes —digo cruzándome de brazos.

Va a ser una conversación cruda y sin ninguna concesión. Por su actitud y por la mía. La complicidad de la noche pasada y la afabilidad mostrada por los dos se ha borrado de un plumazo. Me siento un poco intimidada, lo reconozco. El verme descubierta no me ha gustado en absoluto. En toda mi carrera es la primera vez, y me siento decepcionada conmigo misma por no haber tomado más precauciones o por haberme confiado en exceso. Esto podría haberme costado la vida. Debo reflexionar sobre ello. Él quiere demostrarme que no es un asesino, yo empiezo a tener mis dudas por cómo se está

comportando en este momento. Si tanto interés tiene por demostrarlo, que vaya a una comisaría y lo explique. Mi trabajo aquí ha terminado.

—Te repito que no soy un asesino —expone enfadado.

—Muy bien, ¿has terminado? —pregunto. Quiero que se vaya, esta conversación no tiene visos de llegar a ninguna parte.

—No. No he terminado. Quiero que me entiendas y me creas...

—Lo primero —empiezo a enumerar cansada de todo esto—, yo no tengo por qué creerte ni entenderte. Lo segundo, es obvio que sabes que te he investigado, y nada más puedo confirmar que tú no mataste a la mujer de la calle 82 porque pasamos toda la noche juntos, el resto ya no puedo asegurarlo. Aunque he ido tras de ti todos estos meses, no puedo asegurar que no estés implicado en los otros asesinatos —sentencio siguiendo la línea de investigación del agente Preston, que en estos momentos no me parece tan absurda como tan solo hace unas horas.

—Estoy al tanto, has estado a punto de llevar al traste mi trabajo en un montón de ocasiones —confirma, y no entiendo lo que quiere decir. Su cara se ha pintado con una expresión maquiavélica que no me gusta nada. Empiezo a entrar en pánico. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Que he interferido en su propósito de matar a otras mujeres y que no lo ha conseguido debido a mi presencia? No entiendo nada absolutamente. De forma instintiva me muevo, localizo mi bolso, disimulo, pero en un gesto rápido saco mi arma reglamentaria y lo apunto. Estoy poniéndome nerviosa, y esto no es bueno. Quiero que deje de decir esto, intimidarlo y que se vaya. No la utilizaré, no hay motivos para ello. Al menos de momento. Empiezo a temer. No por mi vida, no creo que lo hiciera... pero...

Empuño mi Glock 19; me encanta esta pistola, es ligera, fácil de usar y descarga toda la munición en pocos segundos. No la he usado en muchas ocasiones, pero las veces que estando de servicio lo he hecho me han dejado satisfecha. Apunto a Leo Lloyd y me percato de que él está haciendo lo mismo conmigo. Ha sido una milésima de segundo la que he tardado en hacer la maniobra y él ha reaccionado mucho antes que yo. Increíble.

—¿Qué significa esto? —me atrevo a preguntar.

—¿Qué crees que significa, Susannah? ¿Por qué me apuntas con tu arma? ¿Crees que soy el asesino de todas esas mujeres y que ahora

vengo a por ti? —inquiere sin cesar. No me ha dejado contestar a la primera pregunta, y de su boca ya salía la segunda e incluso una tercera.

—Dímelo tú —contesto en forma chulesca. Me crezco ante la adversidad, aunque he tragado saliva con dificultad. Acabemos de una vez con todo esto.

—Te lo he dicho. No soy un asesino —empieza a explicar.

—Llevas un arma y me estás apuntando —señalo para echar por tierra su afirmación.

—Tú también —confirma, y reconozco que mi argumento ha sido infantil.

—Exactamente, pero soy detective, no una asesina —digo orgullosa de mi profesión y de cómo la desempeño.

—Yo no, pero podría decirse que también. —Mis ojos se salen de las órbitas, incluso mis brazos han perdido parte de la horizontalidad, bien porque la tensión estaba siendo muy fuerte o por su aseveración.

—¿Cómo? —pregunto confundida.

—Llevo meses como tú, siguiendo la pista del asesino en serie. Son muchos los años que mantengo una colaboración con varias organizaciones como el FBI, Interpol… me integro muy bien en según qué ambientes y es fácil obtener información —concluye.

—Acostándote con mujeres —confirmo algo dolida.

—No necesariamente. Contigo me he acostado y no he obtenido ni una palabra ni una confesión. Es más, todo lo que me has contados son mentiras… —dice arqueando la ceja. Sé que tiene razón. Debo mantener la compostura.

—¿Entonces? —pregunto.

—Entonces, al igual que tú, estoy investigando a ese tipo. Todos los indicios me apuntan a mí, soy consciente de ello. Pero yo no he sido —reitera—. Este tipo ha actuado en Europa, y parece que ahora lo está haciendo aquí. Espero localizarlo en poco tiempo.

—¿Por qué lo hace? —indago para saber qué información maneja.

—Lo desconozco. Lo único que sé es que asesina a mujeres cuando están en pleno acto sexual, las asfixia; y ellas, pensando que es parte de un juego, mueren sin oponer resistencia…

—Eso lo sé —contesto bajando mi arma. Es ridículo que estemos apuntándonos el uno al otro. Él hace lo mismo conmigo—. ¿Qué

tienes tú que ver con él?

—Nada en absoluto, nada más estoy frecuentando los círculos por los que se mueve. Es escurridizo, y poca gente parece conocerlo. Me está costando más de lo que en principio podía suponer. Es muy cuidadoso.

—Eso también lo sé. No deja restos orgánicos, es prácticamente imposible y lo está consiguiendo —aseguro pensativa.

—Exacto.

—Una duda —digo a modo de pregunta—, todo este tiempo tú y yo hemos estado llevando una investigación paralela y no nos hemos percatado de ello —afirmo.

—Más o menos, llevas menos tiempo en el caso que yo. Y sí, podría decirse que hemos hecho un trabajo paralelo con la diferencia de que el sospechoso y el investigado, para ti, era yo; y para mí, otra persona a la que aún no le pongo cara.

—Entiendo.

—Deberías tener más cuidado —señala sacándome de mi ensimismamiento.

—¿A qué te refieres? —pregunto incómoda. Soy consciente de que he cometido fallos; el primero, no darme cuenta de que Leo se había percatado de mi presencia. Tengo que mejorar y pensar detenidamente en ello.

—Anoche bajaste tus defensas —confirma. No lo voy a reconocer, pero sé que tiene razón—. Si yo hubiera sido el asesino, podría haberte matado sin problema —sentencia.

—No lo eres —contesto a la defensiva.

—Ayer no lo sabías, y aun así pasaste conmigo muchísimas horas, ¿tenías refuerzos? ¿Alguien que supiera que estabas conmigo? —me interroga, y yo niego con la cabeza. Me estoy dando cuenta de adónde quiere llegar y de toda la cadena de imprudencias cometidas por mi parte. He sido una inconsciente. Por primera vez en mi vida he hecho algo que no estaba planeado, ni medido; y lo peor, nadie lo sabía. En el caso de que todas las sospechas hubieran sido ciertas, sería yo la que en estos momentos engrosaría la lista de mujeres asesinadas por el mismo tipo.

Leo frunce el ceño, no está contento con lo que oye. Yo tampoco con mi forma de actuar, pero ya no tiene solución. Me ha hecho hasta

gracia que se preocupe por mí, esto confirma que su aspecto o la imagen que da no es la real. No me gusta que me abronquen, y mucho menos un tipo como él; sin embargo, creo que entre nosotros se ha establecido un vínculo. Trabajamos en el mismo caso, tenemos una profesión similar, y el ser colegas hace que de alguna manera la empatía nazca entre iguales.

Nos pasamos el resto de la tarde confirmando e intentando sacar alguna información veraz de todo esto. Se podría decir que de repente trabajamos codo con codo, a veces dos cabezas piensan más que una sola.

Capítulo 4

Hemos quedado en un hotel en Varsovia. Mi nueva investigación me ha traído a este lugar, aunque siempre hay momentos de hacer otras cosas. Hace un frío horroroso, y la nieve en las calles no facilita nada. Ni el tráfico ni que la gente salga de sus casas. Espero terminar pronto con esto y tomarme mis merecidas vacaciones. En un lugar cálido, donde no tenga que llevar capas de ropa que parecen no abrigarme.

Entro en la recepción del Hotel Bristol de la capital polaca, es un elegante alojamiento de estilo *art déco*, emplazado en un gran edificio de dimensiones colosales. De hecho, el hotel está situado en tres calles distintas y tiene entrada por cada una de estas. Llego andando, ya que me alojo no muy lejos de aquí. Observo lo que hay a mi alrededor. Es como si me hubiera trasladado a otra época, el suelo es de mármol al igual que las paredes, con la diferencia de que, en el piso, los diferentes colores crean un mosaico parecido a un sol. Las paredes están recubiertas por mármol de tonos grises, y justo en el centro de la estancia hay un sofá redondo, tapizado en terciopelo gris oscuro con cojines blancos. Ese mueble sofá —o, no sé cómo definirlo— tiene, en la parte superior, un soporte en el que están apoyados varios jarrones de cristal con lirios naturales de color blanco. El techo tiene molduras de escayola blanca y está pintado con unas filigranas de flores, al igual que varios círculos concéntricos que enmarcan la gran lámpara de

cristal. Definitivamente me he trasladado a finales del siglo XIX.

Doy un nombre falso; y el recepcionista, con cara de saber o de creer que soy una prostituta, me sonríe y me da indicaciones de dónde está la suite. Ni me molesto en responder a sus insinuaciones. Doy las gracias y me dirijo a la zona de ascensores. Son unos elevadores antiquísimos, dos gemelos, dispuestos uno al lado del otro con puertas de color dorado que brillan como si fueran de oro. Espero a que se abran las puertas y entro. Pulso el botón que me lleva a la última planta. Dirijo mis pasos por el pasillo enmoquetado. Nunca me ha gustado la moqueta, la única ventaja que le veo es que amortigua muy bien el sonido de mis pasos al avanzar. Mis zapatos de tacón retumbarían por ese solitario pasillo si no fuera así. Paro, ya he encontrado mi destino. Me estoy poniendo nerviosa. Llevo tanto tiempo deseando este momento que de repente noto toda la adrenalina correr por mis venas. Estoy alterada. Inspiro y espiro profundamente para infundirme ánimos. Llamo a la puerta. Con un gesto que me da seguridad, agarro la pistola que tengo anclada en mi espalda, en la parte trasera de mi pantalón. He aprendido de mis errores y soy más cauta desde hace un tiempo, el arma es primordial en mi trabajo. Soy más desconfiada que antes y tomo muchísimas más precauciones para todo. Observo a uno y otro lado del pasillo, nadie más que yo. Ubico las salidas, escaleras, ascensores, salidas de emergencia... como algo rutinario. Mi corazón bombea nervioso, noto sus palpitaciones como si fuera un zumbido en mi cabeza; sin embargo, he de mantener la calma. He elegido para la ocasión un pantalón de pata ancha color negro, y en la parte superior, un *body* de brocado y pedrería muy sexy. Todo esto se esconde bajo mi abrigo grueso. Quiero causar asombro y que la persona que está al otro lado de la puerta se lleve una grata sorpresa. Me veo poderosa, y a la vez es cómodo para actuar en el caso de ser necesario. Los zapatos no lo son tanto, pero podré correr sin ellos si la ocasión se presenta. Leo me espera. Un último suspiro, humedezco mis labios para darles mayor brillo y sensualidad y vuelvo a tocar con los nudillos en la puerta.

Esta se abre, y tras ella aparece el hombre con el que tengo una cita y que me recibe con una sonrisa encantadora.

—Virginia, ¡estás espectacular! ¡Qué gusto verte! —dice abriendo sus brazos en señal de bienvenida.

Me contoneo con coquetería, me acerco a él y le poso un beso en sus labios. Los míos están humedecidos, así que la sensación creo que ha sido doblemente efectiva.

—El gusto es mío, tenía tantas ganas de verte… que… —expreso en tono mimoso.

—Ya estás aquí, eso es lo importante —confirma.

—Exacto, ¿me sirves una copa, por favor? —pido mirando de forma distraída por la ventana. Parece que estoy viendo una película de hace años.

—Por supuesto —dice. Oigo los hielos y el sonido del líquido que está vertiendo. Todo un señor.

Observo por la ventana, pero también la suite en la que nos encontramos. Tonos blancos y grises, una gran cama escoltada por un cabecero realizado en tejido acolchado de color gris, y en el centro, un espejo redondo con marco dorado. Parece algo así como las ventanas de un camarote de barco. Todo el conjunto enmarcado con una moldura de madera pintada de blanco. La estancia tiene una armonía extraordinaria, y me ha sorprendido gratamente. La habitación tiene un toque moderno, más que lo que he visto hasta llegar aquí. Supongo que otras habitaciones conservarán la misma decoración que al principio y mantendrán la esencia de lo que es este lugar.

Me acerco hasta él, extiendo el brazo para tomar el vaso y brindar.

—Por una noche inolvidable —propongo sonriendo con mi mejor cara de lascivia y morbo.

—Puedes estar segura de ello, Virginia —contesta respondiendo a mi gesto. Bebe de su vaso y, sin dar casi tiempo a que yo haga lo mismo, me besa con desesperación. Yo me dejo.

Tengo que tener cuidado con la pistola, no quiero que se vea ni que se percate de que voy armada, así que tomo la iniciativa. Lo empujo sobre la cama, él está encantado. Le pido que se desnude, y lo hace de forma atropellada, sin perder ojo. Me despojo de mis pantalones, escondiendo la pistola entre la tela. Nada más tengo puesto el *body*. Reconozco que me hace una figura envidiable. Me contoneo, me aproximo a la cama y me pongo a horcajadas sobre él. Soy yo la que lleva la voz cantante, quiero tener control de la situación en todo momento. Nos besamos; él, de forma desesperada.

Yo lo sigo, y aunque estoy empezando a excitarme, no es como otras veces. Con toda su fuerza me coge y cambia de posición. Ahora soy yo la que está tendida en la cama, él se ha puesto a horcajadas sobre mí. Me sigue besando y tocando por encima del *body*. Se lo estoy poniendo difícil, pero si quiere llegar a algún sitio se lo tendrá que trabajar. Su pene me roza, pero como si fuera consciente de eso, rápidamente toma la precaución de ponerse un condón. No me opongo a ello. Siempre es preferible tomar medidas por lo que pueda pasar. Aparta parte de la tela que oculta mi sexo y empieza a insertarse en mí de forma lenta. Mi cuerpo ha reaccionado casi sin estímulos previos. Tras unos segundos, y una vez que está por completo incrustado en mí, comienza a bombear. Exagero mi excitación; si no lo hiciera, sospecharía. Sus manos están al lado de mi cuerpo. Noto que su mano derecha se aproxima y la posa en mi cuello. De momento me encuentro bien. No tengo miedo. Acelera, cada vez está más excitado; y de forma prácticamente inconsciente, a la vez que imprime mayor velocidad en sus movimientos, ejerce más presión en mi tráquea, creo que estoy empezando a quedarme sin oxígeno. No es algo incómodo, siento placer, pero soy consciente de que esto puede ser peligroso. Demasiado. Pataleo. Intento zafarme de él, pero es mucho más fuerte que yo, y su peso sobre mi cuerpo es imposible de levantar. Me fundo a negro. No tengo fuerzas para nada. Mi cuerpo se queda laxo. Sin duda he perdido el conocimiento.

A los pocos segundos —o puede que hayan pasado horas, no tengo constancia del tiempo que llevo así—, oigo voces y gritos. Forcejeos. Abro los ojos, los párpados me pesan horrores y me cuesta hacerlo. Estoy adormilada. Veo a Leo, respiro. Está liándose a mamporros con otro hombre. No sé si es un sueño o está ocurriendo de verdad. Llevo de forma instintiva mi mano al cuello, me duele, incluso tragar saliva es molesto para mí. El sonido del disparo de un arma retumba en mis oídos y me hace espabilar por un segundo, pero de repente vuelvo a cerrar los ojos. No sé si me han dado. El bullicio y las voces desaparecen. De forma cansina, levanto los párpados otra vez, tardo en enfocar; cuando lo consigo, veo a Leo Lloyd con una pistola en la mano; en su cara, una sonrisa de victoria y triunfo. Muevo la cabeza hacia el otro lado, advierto a un hombre tirado en el suelo. Un charco de sangre bajo su pecho me da idea del alcance del desastre. Leo me

tiende la mano, me levanto de la cama con dificultad. Me abraza y me dejo. No entiendo nada. Estoy confundida. Permanecemos mucho tiempo así, no sé si la persona que me está abrazando es un asesino, o si lo es el hombre que está tirado en el suelo. Lo único de lo que sí estoy segura es que este abrazo me reconforta. El frío que he sentido se va mitigando poco a poco. Quiero cerrar los ojos y olvidarme de esta historia.

Las autoridades se personan de inmediato. Es Leo el que da todo tipo de explicaciones, yo no puedo. He creído morir a manos de un hombre. Estoy impactada. Sabía que esto podía pasar, lo que nunca imaginé fue la sensación tan extraña que he sentido. No puedo describirlo. Un sanitario me examina. Todo parece estar bien, nada más un moratón alrededor de mi cuello. Sobreviviré a esto.

Policías, sanitarios, un montón de gente atesta la suite del Hotel Bristol de Varsovia. Me he sentado en un sofá y he encogido mis piernas contra mi pecho. Siento frío. Nadie parece hacerme caso, todos están a lo suyo. Me siento pequeña. Ignorada. Fuera de lugar. No sé cuál es la sensación que me invade, me siento cansada, hastiada, necesito descansar. Observo a Leo, cómo habla con unos y con otros, cómo explica la situación, gesticula y revive la circunstancia que ha vivido con este hombre. Para mí es todo nuevo, ya que en esos momentos estaba sin respiración. De vez en cuando vuelve su cara hacia mí, me mira y sonríe. Yo no le devuelvo la sonrisa, no puedo. Su atención en mí dura pocos segundos, ya que retoma sus explicaciones. Me he tapado con mi abrigo, lo tengo puesto por encima de mis hombros. Reflexiono acerca de todo lo que ha pasado, y aunque soy consciente del peligro que corro en mi trabajo, nunca antes había estado tan cerca de la muerte. Podría decirse que Leo me ha salvado la vida. Es mi ángel de la guarda. Es cierto que me he prestado a esto, que me he tomado la justicia por mi mano y que entre los dos hemos logrado que este hombre deje de hacer lo que lleva meses haciendo. Estoy orgullosa; sin embargo, siento una profunda pena en mi interior y no sé por qué. Una lágrima brota de mi ojo. Noto cómo el líquido recorre mi rostro. No está fría, pero me estremezco. Puede que todo sea debido a la tensión soportada por mí, de repente me he venido abajo y por algún sitio tiene que salir esa presión. Me retiro la lágrima, me acurruco más, si es posible, y cierro los ojos. Necesito

unas vacaciones. Creo que a partir de este momento no volveré a ser la misma. Tal vez mi profesión no me produzca tantas satisfacciones, o puede que la idea romántica que tenía haya desaparecido. No es la primera vez que sufro una decepción, pero de este calibre, nunca. Me ha pillado baja de autoestima o algo parecido. No lo sé.

Capítulo 5

Por fin en el paraíso. República Dominicana. Esto es lo que necesitaba. Días de relax, de descanso y de desconexión. Qué puedo decir, estoy en el edén. Un hotel enorme con varias piscinas y playa privada de arena blanca y fina con un mar espectacular. Llevo cuatro días aquí y no he hecho nada más que lo que me ha pedido el cuerpo. Es decir, dormir más horas de las que estoy acostumbrada, comer lo que quiero, beber, bañarme… en definitiva, unas vacaciones de todo. Me he saltado mi protocolo de entrenamiento, no hago nada de lo que practico a diario y eso me gusta. Creo que también necesito encontrarme a mí misma y volver a ser yo. Cargar pilas y volver a ser la que era.

Mi habitación es amplia y luminosa, tonos azules y blancos. No paso demasiado tiempo aquí, pero cuando regreso me gusta estar a gusto. Es bastante funcional, lo que necesito lo tengo a mano. No me esperaba para nada el cambio que han dado mis vacaciones. Lo que en principio iba a ser unos días dedicados a mí misma se ha convertido en algo morboso y muy placentero. Desde la segunda jornada, tengo compañía. No me lo esperaba, pero reconozco que ha sido una grata sorpresa. Y si puedo aprovecharlo, lo aprovecharé. En su día ya me concienció de que jamás volvería a estar con un hombre como Leo, pero se ve que el destino tiene reservado otro plan para mí. Salgo de

la ducha. Leo me espera en la cama. Las aspas del ventilador giran moviendo el aire que está impregnado de un aroma a vegetación, a selva y a mar. Me encanta esta sensación. Estoy desnuda. No lo dudo, me aproximo hasta la cama. Mi hombre está preparado para mí, no voy a desaprovechar la ocasión. Nunca se sabe cuándo volveremos a vernos. He de ocupar el tiempo que tengo disponible para disfrutar juntos.

Me coloco a horcajadas encima de él, me penetra sin más dilación. Como es habitual, noto que me quedo sin respiración. Es una sensación que me ha acompañado siempre que he compartido cama con él. Es tan grande y tan ancho que es imposible verse más llena. Empiezo a cabalgarlo, segura de mí misma. Leo me amasa los pechos a la vez que yo me remuevo y adquiero ritmo. Estar tan llena como con él nunca antes lo había experimentado. Continúo hasta que obtengo mi primer orgasmo. Sé que con Leo nunca es suficiente, hará que me corra otras cuantas veces más antes de que él obtenga su desahogo. Simplemente maravilloso. Una vez que he convulsionado de puro placer, él me mueve como si fuera una simple pluma, hace que su erección salga de mí y eso me molesta; sin embargo, sé que todavía queda encuentro para rato. Leo me hace levantar, me ubica mirando a la pared, hace que estire mis brazos y apoye las manos como si fuera a ser cacheada. Abre mis piernas con las suyas hasta que obtiene la posición que quiere. Empieza a recorrer mi espalda con sus besos. Estoy sudada, pero no parece importarle. Recorre mi columna vertebral con su lengua. Me estremezco, me excita cómo me trata. Sus manos me acarician los pechos y posteriormente mi sexo. Estoy entregada, se arrodilla, mete su lengua entre mis piernas y empieza a succionarme. Me derrito con sus atenciones, sus dedos juguetean con mi clítoris y mis labios a la vez que su lengua me lubrica. Estoy convencida de que en estos momentos podría correrme con su lengua al igual que con su polla. Las atenciones cesan, y en cuanto lo hacen, se inserta en mí por detrás. Magnífico, creo que he dado un pequeño salto cuando toda su polla se ha metido en mi interior, es tan grande, tan gruesa que es increíble. Me empala una y otra vez. Mi cara roza la pared, mis manos intentan anclarse a algún lugar, pero no hay punto de apoyo posible, continúa mientras gruñe en mi oído. Me excita muchísimo cuando lo hace. Cuando se da por satisfecho, y estando ya

a punto de un nuevo orgasmo, cambia la posición. Me pone a cuatro patas sobre la cama y se inserta de nuevo en mí. Esa sensación de plenitud invade mi cuerpo como él lo invade con su polla. Se mueve, entra y sale de mí a su antojo. Empellones fuertes, rudos, otros más suaves, e incluso cariñosos. Se tumba en mi espalda para, con su mano derecha, estimularme un clítoris más que excitado, sigue hasta que me corro de nuevo, y él, conmigo. Mis piernas tiemblan, mis brazos no soportan su cuerpo, me desplomo en la cama en cuanto sale de mí. Necesito dormir, esto no ha hecho más que comenzar. Tengo diez días muy intensos por delante.

Me desvelo a media noche. He notado que últimamente no duermo en condiciones y eso que estando aquí he dormido del tirón casi todos los días. Miro a la cama que está por completo desmantelada, Leo duerme con placidez, sonrío al verlo así. Decido salir de la habitación hasta la playa privada que tenemos al lado. Una leve brisa corre, y eso hace que me estremezca; mi pelo se enreda en mi cara, pero con habilidad lo retiro. Estoy toda desnuda, es posible que algún huésped más me pueda observar así, pero no me importa en absoluto. Mis pasos me guían hacia el mar. Está en calma, y la luna se refleja en él como si fuera todo de color plateado. ¿Hay un sitio mejor para estar? Creo que en este momento soy feliz. Me sumerjo con lentitud hasta el cuello. Me dejo mecer por unas olas prácticamente inexistentes. No sé el tiempo que permaneceré aquí, lo suficiente para serenarme. No sé por qué razón, pero el agua siempre me ha producido una paz inmensa, me sosiega, consigue que mis constantes vitales se estabilicen. El agua es un bálsamo en cualquiera de sus formas: la lluvia, el mar, la nieve, incluso hasta un baño relajante producen en mí una calma maravillosa. Y a la vez me recuerda que estoy viva, que aún sigo en este mundo tan difícil que he escogido para mí. Nunca tendré una familia, una pareja estable, nunca tendré un hogar, siempre vagando por el mundo hace que no sea posible nada de eso.

—No deberías estar aquí sola —dice una voz tras de mí.

—No estoy sola, tú estás conmigo —confirmo sin moverme de donde estoy.

—Te confías demasiado —me replica de modo reprobatorio.

—Estoy de vacaciones, nada va a pasarme —agrego girándome y

recibiendo a Leo con una sonrisa.

Lo veo a la orilla del mar, desnudo al igual que yo. La luna me sirve como foco improvisado. Es espectacular, tiene un cuerpo magnífico. No me cansaría nunca de observarlo. Me deleito en él. Pero todo es efímero en mi vida. Él ahora está aquí conmigo; sin embargo, sé que en pocos días volveremos a separarnos, a distanciarnos, a recuperar nuestras vidas y nuestra rutina. Quizá no vuelva a verlo nunca más, quizá el destino nos vuelva a unir. Nunca se sabe, de momento disfrutaré de lo que tengo. Leo se aproxima hasta donde yo estoy. Se ha sumergido por completo, en vez de llegar a mí andando, ha dado dos brazadas y me ha alcanzado. No me lo pienso, de un salto me engancho en sus caderas y comienzo a besarlo. Quiero que me haga suya en el mar. En la habitación, en la arena, donde sea. Que me haga sentir todo lo que siempre me susurra al oído, que me vuelva loca una y otra vez entre sus brazos. Quiero aprovechar mi tiempo con él, este instante efímero dentro de una vida. Me conformo con esto. Son pequeñas píldoras de placer que se intercalan en mi rutina diaria. Noto cómo Leo ya está activo de nuevo, es una suerte que sea así. Que siempre esté disponible. Es una suerte encontrarnos. Me remuevo, me apoyo en sus hombros para dejar que él dirija su polla a la posición adecuada, me siento sobre ella y me quedo sin respiración. Siempre me pasa igual, llega tan dentro de mí que me cuesta volver a ser la que soy durante unos segundos. Me muevo, la marea me ayuda, subo y bajo sobre su erección. Me encanta esta sensación. Rodeados de agua, la luna como espectadora de excepción. Me revuelvo. Quiero correrme, quiero que se inserte más en mí, si fuera posible. Leo jadea en mi boca; yo, en la suya. Estoy poseída por él; y él, por mí. Me corro cuando un punto situado en lo más hondo de mi ser es tocado por la punta de su polla. Creo que he gritado y que todo el hotel me ha oído. No me importa. Él sigue moviéndome las caderas para insertarse más en mí, entierra sus dedos en mis glúteos para obtener la fricción que necesita. Yo me dejo manejar como si fuera una muñeca de trapo. Leo descarga de forma furiosa en mí, gruñendo como si se tratara de un animal salvaje. En cuanto todo termina entre nosotros, me abraza con fuerza. No quiere que me separe de él, o al menos esa es la sensación que a mí me da. Yo no hago nada más que apoyar mi cabeza en su cuello. Me dejo mecer por el agua y por los brazos de Leo. Noto cómo

su erección poco a poco va saliendo de mi cuerpo, lentamente, me cercioro de la grandiosidad de la naturaleza. Hace tan solo unos instantes, él estaba dentro de mí en todo su esplendor, entraba y salía de forma enérgica; y ahora, en cambio, se va desinflando y abandona mi cuerpo con suavidad. Me bajo de sus caderas. Creo que podría dormirme en sus brazos. Él me da la mano, y juntos salimos del agua. No decimos ni una palabra, cada vez los silencios entre nosotros son más grandes. No sé él, pero a mí me gusta estar así. Creo que esto empieza a tener otras connotaciones que no estoy dispuesta a asumir. No lo hemos hablado, y creo que no lo haremos. Nunca hay tiempo, siempre lo posponemos. Tal vez más adelante; de momento sé que pasaré el resto de mis vacaciones con Leo. Disfrutando de él, de su cuerpo, de sus caricias y de su intensidad amatoria. Con eso me quedo.

Llegamos hasta la habitación, Leo se adelanta, va al baño, coge un albornoz y me lo ofrece. Yo accedo agradecida. Desaparece y hace lo mismo. He decidido quedarme en la terraza que hay justo delante de la habitación y que tiene conexión directa con la playa. Él me ofrece una copa, que acepto con agrado. Le doy un sorbo largo. Lo necesitaba. Observo cómo el mar se mueve con mansedumbre y hace que el reflejo de la luna se desplace en líneas horizontales sobre él.

—¿Qué piensas? —me pregunta.

—Nada —contesto sin dejar de mirar a mi punto fijo.

—En algo pensarás —insiste.

—Tienes razón, en lo efímera que es la vida —confirmo.

—Tú lo sabes bien, al igual que yo —admite.

—Por eso mismo. Creo que lo importante es disfrutar el aquí y ahora, disfrutar del momento —explico.

—*Carpe diem* —dice él. Yo asiento y no digo más.

Sobran las palabras. Está todo claro. De momento, así seguirá siendo. Estas noches quizás no vuelvan a repetirse jamás.

Diario de una noche

(Versión Leo Lloyd)

Capítulo 1

Llevo meses hablando con Susannah por teléfono, mediante mensaje o a través de la *web cam* del ordenador, y reconozco que siento cierta incertidumbre. Estoy expectante, me parece una mujer muy interesante en todos los aspectos y eso que no tengo problema para encontrar a ninguna otra. Está mal que yo lo reconozca, pero estoy bastante solicitado, podría decirse que cuando acudo a alguna fiesta o evento singular, las mujeres, desde el primer momento, son bastante claras en sus intenciones. Suelen ser féminas de cierto estatus, con dinero, influyentes, que, de repente, se comportan como auténticas lobas entre ellas para obtener su presa; en este caso, yo. Últimamente me muevo por círculos bastante elitistas, soy requerido en varios actos y presentaciones a lo largo del mundo y podría decirse que me dejo querer. He comprendido que la vida es para vivirla, y más yo. Mi presente lo he forjado a base de esfuerzo y trabajo, por tanto sé de lo que hablo. Lo que estoy viviendo ahora es algo que no me hubiera imaginado años atrás. Me siento orgulloso de lo que he conseguido y hasta donde he llegado.

Reconozco que la cita con Susannah me tiene intrigado, ha surgido sin premeditación. Me ha confirmado que tiene unas horas para verme, viene a mi ciudad por temas laborales, y que aunque es algo precipitado, podrá hacerse un hueco en su agenda para

encontrarnos. No he podido negarme; es un detalle, por su parte, que quiera verme y que podamos pasar una velada agradable. Sé que su trabajo es demasiado absorbente y que siempre está muy ocupada. Le he ofrecido uno de mis hoteles para alojarse, pero ha declinado la oferta. Me ha dicho que todo lo había gestionado su secretaria, ya tenía todo cerrado. Por supuesto, no iba a pagar ni un dólar. Ella hubiera sido mi mejor clienta, una huésped especial, y así hubiera sido tratada; sin embargo, en ese aspecto no he podido negociar. La negativa no ha dejado lugar a dudas.

Hemos quedado en vernos en mi apartamento. Vivo en el Upper East Side de Nueva York, en una de las zonas más lujosas del distrito de Manhattan, al mismísimo lado de Central Park. El *loft* en el que habito está en la calle 58. Me encuentro en la planta 28 de un edificio relativamente nuevo. La peculiaridad de mi casa es que está casi por completo rodeada de ventanales. Nada más tengo las paredes interiores y la que separa mi casa de la del vecino. El resto son cristaleras que dejan ver el entorno en el que resido. Se podría decir que tengo la ciudad a mis pies. Me enamoré de este sitio en cuanto lo vi, y ese día me mudé. Solicité los servicios de decoradores profesionales que captaron a la primera la idea que yo tenía. He trabajado con ellos en mis hoteles y nos entendemos. Evidentemente no es lo mismo decorar un hotel que una casa en la que vivir; sin embargo, captaron a la perfección mi idea. Espacios diáfanos, líneas rectas, sobriedad y sensación de cálida amplitud. Estoy contento con el resultado final. Durante la semana no vuelvo a casa hasta media tarde, no disfruto demasiado de mi hogar, pero cuando estoy en él me encanta encontrarme a gusto. Tengo servicio de limpieza; y en cuanto a las comidas, soy yo mismo el que las elabora. Suelo comer en alguno de mis hoteles; y si estoy en casa, disfruto haciendo cualquier plato. De hecho empecé como cocinero. Una cosa llevó a la otra, y ahora poseo más de diez hoteles repartidos por toda la ciudad. Seguramente muchos achacarán mi éxito a un golpe de suerte, pero los pocos que me conocen saben que no es así. He trabajado mucho, y sí, puede que estuviera en el momento justo y en el lugar adecuado, pero todo ha sido a base de esfuerzo, sacrificio, iniciativa y un poco de riesgo. ¡Qué sería de nuestra existencia sin riesgo!

Me he esmerado en la cena. Llevaba toda la semana cavilando en

cuál sería la mejor opción para agasajar a Susannah, hemos hablado durante horas y más o menos conozco sus gustos, espero haber acertado de lleno.

En cuanto tengo todo listo, me voy a duchar. Quiero arreglarme y lucir bien. Me cuido, llevo una dieta equilibrada y hago deporte a diario. Estoy ansioso por verla y que, por supuesto, se lleve una buena impresión cuando lo haga. He tenido ocasión de ver a Susannah y puedo decir que es una mujer espectacular. Facciones algo duras en ciertos momentos, alta, delgada, atlética y con unos labios bastante carnosos.

Nuestra cita es a las ocho de la tarde. Una hora prudencial para cenar, está todo preparado. Doy un último vistazo a la mesa, que está lista, rectifico la posición de un cubierto y espero caminando de lado a lado del gran salón. Opto por tomarme un martini como aperitivo en lo que ella llega mientras miro por los ventanales de mi *loft*. No ha parado de llover en estos últimos días, las gotas de lluvia resbalan por la cristalera de mi casa, haciendo que las luces de la calle se vean distorsionadas. El portero está avisado de que hoy tendré visita, no suelo traer a muchas mujeres a mi casa, mis encuentros suelen ser o en alguna habitación de hotel o en sus casas, pero casi siempre en hoteles después de las fiestas a las que acudo. Se podría decir que a mi hogar solo vienen personas importantes para mí. Quiero preservar mi intimidad todo lo posible.

Recibo un aviso del portero, mi visita está subiendo en el ascensor, el tener este tipo de servicios es muy apreciado por mí. Pago una verdadera fortuna por vivir aquí, las ventajas son muchas. Decido esperar a Susannah en el pasillo, es difícil encontrar el lugar al que se va ya que no hay distintivo ninguno. Solo hay dos apartamentos por planta, y los vecinos son discretos, al igual que lo soy yo. En cuanto las puertas del ascensor se abren, una desubicada Susannah aparece en escena, escudriña su alrededor hasta que se topa con mi mirada. No he podido evitar sonreír al verla. Viene vestida con unos pantalones vaqueros bastante ceñidos, un abrigo largo de color negro y zapatos de tacón. Me encanta cómo estilizan las piernas de una mujer. En cuanto me localiza, acelera el paso, muy segura de sí misma, para llegar hasta donde yo estoy. Saludo amablemente, ella me ha tendido la mano, acto al que he respondido; sin embargo, no he podido evitar

darle un beso en la mejilla derecha a la vez que he inhalado fuerte su perfume. Simplemente delicioso.

Hago entrar a Susannah a mi apartamento. Tengo todo listo, la luz adecuada, música suave, me gusta ser un buen anfitrión. Sé que vivo en un lugar privilegiado y que las vistas que tengo desde mi casa son en verdad maravillosas. Poso mis manos sobre sus hombros para ayudar a que se quite el abrigo y por fin veo su cuerpo. De veras es magnífico, pantalones vaqueros muy ajustados —podrían ser parte de su piel— y una camisa de seda blanca de un corte finísimo. Sabe lo que se hace, sabe sacarse partido y gustar. Ese don lo poseen todas las mujeres, aunque si he de ser sincero, no todas saben aprovecharlo. Sin duda, Susannah no es una de ellas, conoce su cuerpo y sabe qué prenda se ajusta de forma perfecta a él. Ella me da también el bolso, lo coloco en una percha y lo guardo en el armario que está disimulado en la pared y que sirve como ropero para las visitas. Una vez que se encuentra cómoda, dirijo sus pasos hasta la zona donde tengo todo dispuesto para cenar, sirvo una copa de champán, y ella, sin dudarlo, se encamina hasta el centro de mi *loft*. Es pronto para cenar, disfrutamos mientras charlamos. Susannah está alucinada con lo que ve; no lo dice, pero su cara no miente. Voy indicándole lo que se observa desde donde estamos situados: el río Hudson, el puente George Washington… le explico un poco de lo que ocurre en mi barrio y cuáles son las calles más concurridas, dónde están los mejores restaurantes y las tiendas que no se puede perder. Ella escucha atenta mis explicaciones mientras bebe de la copa que sostienen entre las manos. No puedo evitar acercarme más a ella. Veo su cuello terso y sedoso, quiero morderlo. Me parece una zona tremendamente erógena y bella a la vez. Además, su perfume es sutil, no me molestará en absoluto lamerle y morderle esa parte de su anatomía. Con otras mujeres me retraigo, sus perfumes son demasiado impactantes y espesos y no es agradable para mí hacerlo, es como si mi nariz se colapsara con ese aroma tan denso y no me dejara disfrutar. Me aproximo más a su cuello, retiro con suavidad su melena y voy depositando pequeños besos en su cuello, me encanta. Susurro palabras que salen de mi boca fruto de mi deseo por poseerla y mi excitación. Ha reaccionado satisfactoriamente, y eso me provoca gran placer. Que una mujer se excite, sienta deseo y reaccione a las caricias

de un hombre es de verdad maravilloso. Susannah permanece en la misma posición, parece que no le afecta lo que le hago; sin embargo, ha posado apenas su cabeza contra la mía, está relajada, se deja hacer y su respiración se acelera. Está disfrutando, eso es lo que quiero. Es muy posible que esta noche sea la única en la que estemos juntos. Soy consciente de su situación y de la mía, por eso quiero exprimirla al máximo. Cambio de posición, dejo mi copa sobre una de las mesas que tengo cerca; me molesta este inconveniente, así que vuelvo rápidamente hasta donde está Susannah, me pongo frente a ella, coloco mis manos en sus caderas y la beso. He aproximado mi cuerpo al suyo, quiero que sienta que también me provoca, que me excita. Me gusta cómo sabe. Su boca está fría por efecto del champán: acidez, amargura y, a la vez, calidez y dulzura. Un contraste magnífico. Yo, que he tenido oportunidad de maridar diferentes sabores, sin duda el equilibrio es sublime. No quiero continuar con esto, si siguiera no cenaríamos y no sé por qué extraña razón no quiero que Susannah piense que no soy un caballero. En otras ocasiones podría prescindir de la cena; en este caso en particular, no. He visto algo de desconcierto en la cara de Susannah, es posible que tanto ella como yo quisiéramos proseguir.

Me voy de allí, la cena está lista, nada más es ponerla en la camarera de servicio y ya estará todo preparado para cenar. He pasado media tarde cocinando con verdadera dedicación, quiero que todo esté perfecto. Podría haber elegido otro menú, pero eso me llevaría más tiempo y no quiero hacer esperar a Susannah por nada del mundo, por egoísmo, tampoco quiero estar alejado de ella demasiado tiempo. Su presencia es muy agradable para mí. Cuando todo está colocado, empujo la camarera hasta la zona de comedor. Todo en mi casa sigue la misma línea decorativa, pocos elementos, sencillez, minimalismo. He colocado dos servicios enfrentados, cenaremos el uno delante del otro. Hago sentar a Susannah, le explico que he sido yo el que ha cocinado y pone una cara rarísima. Ese gesto me ha hecho reír de forma sonora. Le explico, de manera somera, la elaboración de los platos y los ingredientes. No quiero dármelas de nada, esto no es una clase de la escuela de cocina. Prefiero tratar otros temas con ella. Siento curiosidad por su persona. Es amable, tiene tema de conversación, y es de agradecer. A menudo no entablo

conversaciones profundas con ninguna mujer. Suelen ir al grano, y eso me hace ser reticente. A veces me siento un objeto sexual entre sus manos. Tengo más que aportar que un cuerpo esculpido a base de entrenamiento, pero se ve que ellas no lo valoran. Quieren lo que quieren sin importarles nada más. Es cierto que, en muchos de los casos, sería absurdo conocer en profundidad a la mujer que tengo en frente, pero el caso de Susannah es distinto; me escucha, refuta mis palabras, hablamos de todo tipo de temas sin tabúes y eso es en verdad maravilloso. Básicamente conversamos de mi trabajo, de los restaurantes que nos gustan, de mis hoteles. Se ve que conoce bastante bien mi trayectoria, en alguna ocasión hemos hablado de este tema, pero no creo que de forma tan extensa. Cambiamos de asunto sin importar mucho el orden y es que da gusto tener a una buena conversadora delante. La frivolidad que a veces me rodea me repugna. Todo es apariencia, millones de dólares, posesiones... nada interesante que aportar en la vida, y qué triste es estar podrido de millones si no tienes con quién compartirlo. Solo los necesitas para alardear. En mi caso ocurre un poco igual. Tengo dinero de sobra, y a veces echo de menos a alguien con quien compartirlo y disfrutar, pero a día de hoy no es factible, al menos de momento. Tengo otras responsabilidades que hacen que el tema «amor» esté aparcado por el momento.

Creo que con Susannah me estoy comportando tal cual soy, quiero decir, estoy a gusto, desinhibido, no interpreto un papel para agradar. Esta faceta no suelo mostrarla muy a menudo, en realidad soy bastante tímido para según qué cosas. Me gusta ser detallista, mantener una conversación agradable, agasajar a mis invitadas; sin embargo, raramente consigo llevar a cabo todos mis planes. Son ellas las que no quieren romanticismo ni situaciones agradables, quieren el morbo del encuentro, sexo por el placer del sexo, y no las culpo. En más de una ocasión he oído confesiones de algunas mujeres. Están hartas de que sus maridos las exhiban como si fueran un florero, les den todo lo que demanden sin problema, ellas quieren otras cosas. Y en cuanto al sexo, la mayoría de ellas tienen sus *affaires*, quieren adrenalina en sus vidas; y con sus maridos, o bien se aburren, o esos hombres no están para demasiados trotes. Suelen ser mayores que ellas en unos cuantos años y el ritmo es por completo diferente. No es que sea el mejor amante del mundo, pero sé lo que hay que hacer para

que una mujer disfrute en la cama.

Terminamos de cenar, me levanto, tiendo la mano para que Susannah me acompañe hasta uno de los sofás que tengo en mi salón. Me ausento durante unos minutos, he ido a la cocina a por hielos. Es hora de tomar una copa. La sirvo y le ofrezco el licor mezclado con refresco en un vaso pesado y ancho y me siento a su lado. No me contengo, estoy muy cerca de ella, tanto que no puedo evitar inhalar su aroma, su cuello me vuelve loco. Tal como ha ocurrido antes de cenar, ella sigue mirando a través de los ventanales de mi casa mientras continúo con mis caricias, se estremece, lo noto. Su piel se ha erizado, y me encanta saber que soy yo el que le provoca esta respuesta. Le susurro al oído, confieso todo lo que quiero hacerle; deseo hacerla gemir de placer, que se retuerza entre mis brazos y sé que puedo conseguirlo. Lo haré durante toda la noche si es posible. Quiero recordar esta noche como algo mágico, este será el primer y último encuentro con Susannah y así pretendo recordarlo, como algo espectacular. Nos besamos, ella intercala sorbos de su copa con mis besos. Me encanta cómo su lengua se enreda con la mía, me sigue el ritmo, aunque no de forma continua y eso me fascina. Estos cambios de registro son excitantes. Quiero que estemos los dos en esto, quiero que se excite y que disfrute. A veces, las mujeres con las que me acuesto son muy osadas en sus palabras, pero una vez en la cama, están bastante cohibidas. Es contradictorio, eso es cierto, pero me he encontrado de todo. Otras prometen y cumplen... hay variedad

Susannah ha apurado su copa, no hay más que esperar. Me levanto de su lado tras decirle al oído un «te deseo» bastante lujurioso. Le vuelvo a tender la mano para que me siga hasta mi dormitorio. Tenemos un sitio espectacular en el que acostarnos, lo aprovecharemos. Ella se levanta de forma coqueta tras devolverme la mirada que le he regalado, me agarra la mano y me sigue sin hablar. Espero que no piense que voy demasiado rápido y que solo la quiero para follar. Podría parecer eso; sin embargo, durante estos meses he creado algo así como un vínculo con ella. Hemos hablado durante horas de cualquier tema, a veces a horas intempestivas sin importarnos, solo por el mero hecho de hablar, y reconozco que ha sido muy agradable. En cuanto llego a la habitación, me freno, quiero escrutar la cara de Susannah antes de proseguir, la noto expectante,

tal vez sobreexcitada, me encanta que esté así de receptiva. Poso mis manos en su cadera, levanto la vista, recorro su cuerpo con mis ojos, durante escasos segundos me paro a la altura de sus pechos, realmente espectaculares, prosigo hasta que sus ojos y los míos se topan. Nos sonreímos, parece que todo va bien. Muevo levemente mi cabeza para obtener su permiso, es algo que suelo hacer de forma automática con todas las mujeres. Nunca he obligado a ninguna a hacer lo que no ha querido en ese momento, he respetado siempre sus decisiones a pesar de que no me gustaran. El acostarse con alguien tiene que ser algo placentero; desde el momento que es forzado, para mí pierde su interés. Susannah parece azorada, excitada; y me motiva que esté así, eso es que me desea tanto como yo a ella. Me obsequia con una sonrisa y un movimiento de cabeza, entonces no me lo pienso y me lanzo a por sus labios. Son sensuales y carnosos. Abre su boca, y esa es la señal, ahí voy. Quiero beberme cada gemido que salga de su boca. Me empiezo a excitar, me duele la polla. Está encerrada en mis pantalones y es doloroso. Nos besamos, su lengua y la mía chocan en un duelo brutal, de repente el ambiente se ha caldeado. No puedo dejar de acariciar a Susannah; primero, la espalda; sus brazos; agarro su cuello para mover su cabeza y que nuestras bocas se acoplen mejor, si es posible. Ella está muy pegada a mí, puedo sentir su calor —el que emana de su cuerpo—, y ella podrá notar mi erección, es un bulto prominente que amenaza con reventar mi pantalón. Susannah jadea y me enciende a mí. Mis manos van a sus pechos, los toco por encima de la blusa de seda, el tacto es tan suave que hasta hace daño. Sus pezones están erectos, los pinzo levemente, y ella se remueve inquieta y suelta aire por la boca. Quiero que explote de placer. Susannah me acaricia también: la espalda, mi torso, la cintura y, sin miramientos, baja hasta mi polla, la roza por fuera del pantalón, me gustaría que metiera la mano por dentro; sin embargo, agradezco estas caricias. He conseguido desabrochar los botones de su blusa, los hubiera arrancado de buena gana y es que esta mujer me provoca un comportamiento lascivo que hacía tiempo no experimentaba. Contemplo ante mí unos pechos turgentes, encerrados en un sujetador de encaje; no lo veo, pero por su tacto tiene que ser así. Descubro una parte más oscura de su piel a través de la tela, son sus pezones; no puedo dejar de amasar sus pechos, no soy delicado pero tampoco duro. Ella desabrocha mis

jeans, mete la mano por dentro de mi bóxer y me agarra la polla. Suspiro aliviado y excitado. Estoy a tope. Me masturba mientras seguimos besándonos. Sus pechos están fuera del sujetador, ni siquiera me he molestado en desabrochárselo, así me apaño bien. Estoy muy cachondo. Quiero follarme a Susannah, lo necesito. No paramos de besarnos; ella jadea, yo gimo. Su lengua, la mía, luchamos, nos besamos, nos mordemos, es uno de los besos más intensos que he dado en toda mi vida.

Abandono los pechos de Susannah y bajo hasta su pantalón, desabrocho el botón y me adentro en ella sin previo aviso, sin caricias como preámbulo. Ella reacciona de inmediato, se estremece; y aunque no tengo mucho poder de maniobra, el que esté tan entregada me provoca un placer tremendo. Nos movemos solidariamente hasta tumbarnos en la cama. Nos seguimos masturbando mutuamente, creo intuir que Susannah está a punto de correrse. Quiero que lo haga entre mis dedos. Acelero el ritmo, extiendo la humedad por la zona, sigo masturbándola, la acaricio por fuera y por dentro, se corre mordiéndome los labios y agarrándome la polla, la oprime, la estruja y me vuelve loco. Los espasmos de Susannah continúan unos segundos más hasta que termina de correrse, dejo que respire y se recomponga. La presión que ejerce en mi erección ha disminuido durante unos segundos, pero aun así me la sigue agarrando. Me remuevo, aprovecho estos instantes para quitarle los vaqueros y desnudarme yo. Lo dejo todo tirado en el suelo de la habitación. Esto no ha hecho más que comenzar. Tenemos toda la noche por delante y quiero que sea eterna. Observo el cuerpo desmadejado de Susannah sobre mi cama y es simplemente maravilloso. Se desprende de su camisa y de su sujetador, y, como si se reactivara, se pone a cuatro patas, avanzando hacia mí; su mirada es intimidatoria, lasciva... llega hasta el borde de la cama, se coloca en frente de mí, su boca está a la altura de mi polla. Saca la lengua y me lame el capullo. Resoplo de gusto, repite, recorre mi glande como si fuera un helado hasta que decide metérsela por completo en la boca; de forma instintiva, pongo mi mano derecha sobre su cabeza para dirigir los movimientos de su boca, y mi pelvis avanza para que me la coma entera. Comienzan sus movimientos, bajo la vista y veo la cabeza de Susannah moverse; mi erección aparece y desaparece de mi plano, un espectáculo maravilloso, pero no puedo

evitarlo y cierro los ojos, jadeo, me encanta el placer que me da. Su boca es cálida, húmeda; y su lengua se mueve prisionera dentro de su boca, provocándome miles de sensaciones, y todas muy placenteras. Ella sigue durante unos minutos, comiéndome la polla; a veces empujo dentro de su boca, otras veces me dejo mecer por el suave movimiento que ejerce el cuerpo de Susannah sobre mí. Jadeo, ella también; por momentos parece que tiene dificultades para respirar, pero no se queja. Cuando se da por satisfecha, saca mi erección de su boca, ejerciendo en la punta una succión algo fuerte que me deja apenas sin respiración; sigo con los ojos cerrados, mirando al techo. Apoteósico. Noto que mi polla deja de tener atenciones, me yergo, miro a Susannah con ojos de querer más, le agarro la cara, tiro de ella hacia arriba para que se incorpore un poco sin dejar de estar de rodillas y la beso desesperado. Quiero que me haga lo mismo que a mi polla, que juegue con mi lengua. Lo quiero todo con ella. Juntos, unidos por nuestros labios, nos tumbamos en la cama; la coloco de tal manera que tenga espacio suficiente, abro sus piernas con las mías, me acomodo, abandono su boca para ir bajando lentamente con un reguero de besos por su piel sudorosa. Es una maravilla, suave, aterciopelada, a la vez lasciva, emana calor y un olor muy agradable. Su piel se eriza bajo mis besos haciendo más rugosos sus pezones, los cojo con mis dientes y tiro apenas de ellos, haciendo que se arqueé, suelto y vuelven a su posición inicial. Los dejo y sigo con mi ruta, por su vientre, su monte de Venus hasta llegar a su sexo. Miel, calor, sabor salado, humedad. En ese momento no soy yo. Me como a Susannah como si fuera un indigente que lleva días sin probar bocado, estoy hambriento de ella, la devoro, me la bebo, quiero que se retuerza de placer, porque sé que soy capaz de dárselo. Juego con sus pliegues, exploro con mi lengua como si fuera un zahorí buscando agua. Ella gime, se retuerce, incluso se incorpora sobre sus codos y me tira del pelo, es excitante para mí que lo haga. Prosigo hasta que me doy por saciado por el momento; me incorporo, miro a Susannah, veo en sus ojos lujuria y deseo por mí. Me lamo los labios que saben a ella; y como si ella fuera un espejo, me devuelve mi reflejo mordiéndose los suyos. Me incorporo y me inserto en ella. ¡Dios! Es maravillosa su estrechez. Me introduzco hasta lo más profundo de su ser, arrastrando cada centímetro de piel suya y mía al unísono. Voy cogiendo ritmo;

sin embargo no puedo dejar de besar a Susannah, me encanta cómo su lengua recorre mi boca mientras la penetro hasta el fondo. Es como si todo estuviera interconectado. Sigo con mi baile, me restriego contra su cuerpo y por momentos parece que desaparece debajo de mí, no es una mujer de baja estatura, pero me noto hinchado, exuberantemente grande y prosigo. Ella se revuelve debajo de mí, entiendo que quiere adoptar la mejor posición para su placer, abre más las piernas, y me encanta tener el suficiente espacio libre para meterme más en ella; busca fricción, y yo, profundidad. Ya no nos besamos, no puedo dejar de bombear en su interior. Noto cómo todos sus músculos se tensan, se remueve impaciente hasta que se corre, no puedo dejar de moverme, es ver la cara de éxtasis de Susannah y eso hace que me excite más aún. No puedo evitar cerrar los ojos, me centro en mi propio placer, estoy a punto de correrme y quiero hacerlo, ¡oh sí! ¡Me corro! ¡Diosss! En cuanto mi polla baja un poco de su volumen, y tras haber expulsado todo dentro de Susannah, me salgo de ella y me tumbo a su lado. Necesito respirar. De forma sutil, muevo mi brazo con la intención de detectar el calor proveniente de su cuerpo, parece que estuviera muerta. Nuestros dedos meñiques se encuentran y se enlazan. Ya he obtenido la respuesta. Ella está despierta y viva, me incorporo sin dar mayor importancia al hecho de haber entrelazado nuestros dedos y voy al baño. Necesito una ducha; sin embargo, me parece que hoy es una buena opción el *jacuzzi*. No tengo intención de dormir en toda la noche, y un momento de descanso será maravilloso. No sé cuáles serán las intenciones de Susannah, me gustaría que me acompañara, pero tal vez esté demasiado exhausta o simplemente se haya dormido ya. Vierto unas sales y un buen chorro de un gel que compré en una pequeña tienda de París y que huele de maravilla. La espuma es densa, y no temo que se salga de la bañera, me envuelve y deja un leve olor impregnado en la piel. Abro por un instante mis ojos, como si percibiera una presencia cercana, y ahí está. Etérea, como si fuera un ángel desnudo que viene hacia mí. No podría tener mejores vistas. Susannah es perfecta. No puedo evitar sonreír, y es que esta mujer me gusta demasiado. Me incorporo, le tiendo la mano para ayudarla; y ella, de forma coqueta, se mete en el *jacuzzi* conmigo. Se sitúa enfrente de mí, le tiendo una copa de champán y me sirvo otra para mí. Fue un acierto el incorporar un minifrigorífico en el baño,

para estos casos es muy aconsejable. Nada mejor que dejarte acariciar por las burbujas del agua en tu cuerpo, mientras por dentro otras burbujas hacen lo mismo. Observando la ciudad a tus pies, y si es en compañía de una bella mujer, como es el caso, muchísimo mejor. No puedo estar separado de Susannah, es como si fuera un imán para mí, quiero estar cerca de ella, tocarla, sentirla, bebérmela entera, se ha convertido en una obsesión en unas pocas horas. Me pongo a horcajadas sobre ella, no es lo habitual, pero necesito que sienta cómo me ha excitado verla desnuda viniendo hacia mí; la cosa no mejora, cuando ha bebido de la copa, he visto en su cara una expresión de placer infinito, como si estuviera sedienta, y esa cara no ha hecho más que provocar que mi erección aumente. Nos besamos, y es que quiero que sea mía una vez más, no tengo suficiente. Siempre quiero más con ella. Es una necesidad imperiosa para mí poseerla de nuevo, ¿me estaré volviendo loco? Es muy probable, esto no me había pasado más que una vez, y de aquello hace demasiados años. Amaso sus tetas, y me encanta cómo reacciona a tales estímulos; entre su excitación, el agua y mis caricias, sus pezones se ponen duros, erectos, perfectos para que yo los pellizque y juegue con ellos. No nos separamos ni un milímetro, seguimos excitándonos al máximo, y me encanta que Susannah sea tan activa, es algo recíproco y es maravilloso. Noto que se mueve incómoda, sé lo que demanda, dejo a Susannah con un beso a punto de salir de mis labios y me retiro volviendo a erguirme, pongo mis manos en las caderas de ella, la levanto y la apoyo en el borde del *jacuzzi*, hago que se recline hacia atrás, sin dejar de agarrarla la acomodo, me sitúo mejor y pongo mi polla en su coño. Quiero meterme en ella. Estoy a punto de hacerlo, veo cómo Susannah lleva su mano hasta la zona, abre sus pliegues facilitándome la maniobra, el ver cómo me engulle mi erección es maravilloso. Noto ese alivio momentáneo y ese deseo de meterme más y más en ella. Observo cómo mi polla se desliza en el interior del cuerpo de Susannah. Levanto la vista, nuestros ojos se encuentran, y noto una conexión sexual abrumadora entre ella y yo. Parece que Susannah no soporta esta intensidad de mi mirada y baja la vista para ver el espectáculo. No dejo de bombear dentro de ella y a veces temo desestabilizarla; de hecho, ella se agarra a los bordes de la bañera para no caer, veo cómo su mano se aproxima a su sexo con la copa de champán, pienso que va

a beber, pero me sorprende cuando vierte su contenido en mi polla, es una sensación indescriptible, el frío del líquido con el calor de su interior hacen que me estremezca de gusto. Ha sido algo que jamás había experimentado y me ha gustado. Sigo bombeando dentro de ella, mi erección cada vez está más hinchada y más dura. Voy a reventar de nuevo, estoy poseído. No dejo de menearme dentro de ella; de nuevo Susannah mueve su mano, la posa en su sexo, sus dedos acarician mi polla momentáneamente para después centrarse en su clítoris. Comienza a acariciarse. Me parece tan morboso que lo haga frente a mí que me excita más aún. Noto cómo mi polla es succionada por el cuerpo de Susannah, sus músculos internos se mueven para impedirme salir, se remueve, su mano va a tanta velocidad que es imposible distinguirla con nitidez, y reacciono y no puedo dejar de moverme al verla así. Se corre, y eso hace que yo también termine de explotar.

Salgo de Susannah y vuelvo a mi asiento, al que ocupé cuando me metí en el *jacuzzi*, sigo jadeante, necesito descansar. Ella hace lo mismo que yo. Parece que los dos necesitamos recobrar el aliento. Esto no ha sido romántico, ha sido más bien animal. Lleno las copas de nuevo y dejo que Susannah beba cuando quiera. No hablamos, nos miramos a veces, otras veces estamos con los ojos cerrados. No sé cuáles serán sus pensamientos, los míos ahora mismo están confusos. La miro y estoy absolutamente convencido de que es la mejor amante que he tenido nunca, y lo digo en el plano sexual; sin embargo, comparto con ella conversaciones, algún secreto y momentos de reflexión que me encantan. Es complicado plantearse algo más allá, seguramente este sea nuestro único encuentro, me apena ese hecho, pero no soy un estúpido, así que lo aprovecharé mientras pueda.

Oigo el movimiento del agua más allá del burbujeo del hidromasaje, es Susannah, se mueve. Presto me levanto, salgo, me pongo un albornoz que está colgado de la pared y le pongo otro a ella, que ya me espera de pie, desnuda y sugerente como siempre. Volvemos a la habitación en silencio, y es que parece que los dos queremos digerir este momento. Ella se desprende del albornoz de forma distraída, pero lo cierto es que ver emerger de nuevo su cuerpo tras una mancha blanca en el suelo me parece de lo más sexy que he visto jamás. Se dirige a la cama, la abre, se coloca en el centro. Yo me

quito también el albornoz, lo dejo sobre la silla. No soporto el desorden; sin embargo, no me importa que Susannah lo haya dejado tirado de mala manera, de hecho, parte de su ropa y de la mía está desperdigada por la habitación y no tengo intención de ir recogiéndola. No ahora. Apago la luz de la mesita, pero Nueva York nos obsequia con una claridad tenue que deja la habitación en semipenumbra. Susannah se acomoda a mi cuerpo, parece que duerme entre mis brazos, pero el movimiento de sus dedos sobre mi pecho me dice que no es así. Puede que tenga los ojos cerrados, pero está despierta. Sus caricias son agradables, con la yema de sus dedos al principio, parecería que tuviera algún reparo en tocarme, después se suelta y son sus manos las que me recorren los pectorales, sigue un camino sinuoso hasta mi sexo. No he podido evitarlo y ya estoy otra vez prácticamente empalmado. Ella me acaricia la polla, que reacciona de inmediato poniéndose más rígida e hinchada. Me masturba asiéndomela de arriba abajo. Jadeo. Estoy excitadísimo de nuevo. Mis manos ya recorren su cuerpo también. De repente, noto una brisa que me pega en la cara. Susannah se ha desprendido de las sábanas que nos cubrían y, sin dudarlo, se ha insertado en mí. No he tenido tiempo de reacción. En cuanto ella me monta, gime de placer haciendo que mi polla vibre en su interior. Comienza a moverse, cambia de posición, parece que no está cómoda. Yo he posado mis manos en sus caderas, quiero dejar que goce de mí a su antojo, como si fuera su muñeco. En estos momentos, no me importa nada más que eso. Se tumba sobre mi pecho. Noto su aliento muy cerca de mi cuello y eso me hace excitarme más aún. Me muevo un poco, quiero meterme más en ella, si eso fuera posible. Vuelve a cambiar de posición, se pone de cuclillas y empieza a subir y a bajar sobre mi polla, como si fuera un mástil. Es brutal verla así, con los ojos cerrados, disfrutando de mí como yo de ella. Los dos jadeamos… me reubico arrastrando a Susannah conmigo, semiincorporado contra el cabecero de la cama. No puedo dejar que ella sola siga con esto, también quiero mi festín, y eso que lo estoy disfrutando. Sus pechos se bambolean delante de mí, y no puedo evitar pinzarle los pezones y estrujárselos. Ella jadea más fuerte cuando lo hago. Me encanta que no se cohíba por disfrutar. Se restriega contra mí, busca más fricción hasta que se corre, estirando su cuerpo como si fuera un junco. Las

costillas se le marcan bajo los pechos que siguen con los pezones erectos; su cabeza hacia atrás y sus convulsiones que me dejan casi sin aliento. Se deja caer pesadamente sobre mí, dejando un gemido en el aire que llega hasta mis oídos y los conecta con mi polla, que se remueve dentro de ella. Quiero proseguir con mi desahogo, me muevo un poco inquieto, aunque debo dejar que Susannah se recupere, está exhausta. Parece que lo ha captado. Se retira de mí, y es en ese momento cuando tomo las riendas del asunto que me ocupa. La coloco a cuatro patas, mirando hacia los pies de la cama. Poso mi polla en su culo, pero noto cierta reticencia o incomodidad por parte de ella. Lo respeto todo. Cambio de estrategia, abro sus piernas con las mías, extiendo mi mano por su sexo y creo morir abrasado. La saliva que he extendido por su coño parece que se ha evaporado; sin embargo, queda lo suficiente para que mi polla se meta en ella hasta dentro. No puedo entretenerme con preliminares, quiero correrme. Ella grita cuando lo hago y me da alas. Me agarro a sus glúteos y me muevo enérgicamente, entrando y saliendo de ella. Podría ser más brusco o más cuidadoso, pero no. Voy rápido y quiero mi alivio. Duro bastante, es maravilloso recorrer todo el interior de Susannah, ella me deja y disfruta, lo noto. Grita. Gime, y yo no puedo dejar de bombear dentro de ella. Llego muy adentro, muy profundo. Me voy a correr de un momento a otro, lo estoy consiguiendo cuando Susannah grita, gime y se libera en un orgasmo arrollador que nos abrasa a los dos por dentro. Clavo mis manos en sus caderas, me impulso con ellas hasta que termino de descargar todo lo que tengo dentro. Las últimas embestidas han sido brutales, mi polla no deja de escupir dentro de ella todo lo que tiene. Estoy totalmente dentro de Susannah, mis testículos pegados a su culo, moviéndose para expulsar todo lo que poseen. Aflojo mis manos, que empiezan a tener calambres, y permanezco en ella durante unos segundos. Mi polla parece que no tiene intención de deshincharse, así que me dedico a incorporar más aire en mis pulmones. En cuanto el cuerpo de Susannah deja libre mi polla, me retiro con cuidado y me voy al baño. Me limpio y vuelvo a la habitación. Ella sigue en el mismo lugar, pero acurrucada. Le tiendo una toalla, se limpia y vuelve a meterse en la cama. Dormimos.

Me muevo en la cama y noto que estoy solo. El lugar que ocupa Susannah está vacío. Me pongo en alerta, espero que no se haya ido sin despedirse, me dolería. Hasta este momento, todo ha sido mágico entre nosotros, y deseo que la noche no termine aquí. Giro la cabeza y la veo mirando por el ventanal, lleva puesta mi chaqueta y reconozco que me gusta que se la haya colocado. Parece concentrada en lo que ve. A mí, a veces también me sorprende esta ciudad, siempre está cambiando y nunca me cansaré de vivir aquí. Me levanto con sigilo y me pongo tras ella. La abrazo, y ella parece que se deja mecer por mí, incluso apoya su cabeza en mi pecho. Le pregunto en un susurro muy cerca de su oído si está bien. No me perdonaría por nada del mundo que estuviera dándole vueltas a algo, o que se sintiera incómoda por algo de lo que ha pasado o hemos hablado durante esta noche. En otra ocasión no estaría preocupado, pero en este caso en particular me importa bastante la opinión de Susannah, le tengo gran aprecio. Espero que se esté sintiendo especial durante esta noche. No suelo comportarme así con otras. No hemos hablado de nuestras respectivas vidas amorosas, no me parece de recibo; sin embargo, sé que es conocedora de algunos de mis *affaires*. Nada que ver con lo que me une a ella.

Tras unos minutos abrazados, se gira, me mira y, de repente, como si no pudiera mantenerme la mirada, baja la cabeza, me ha parecido ver un brillo especial en sus ojos. Espero que no esté a punto de llorar. Pongo mis manos alrededor de su cara y la beso. Tranquilamente, sin prisa. Saboreando el interior de su boca, su lengua junto a la mía, jugando de forma pausada. Nuestros labios, unidos; y nuestras manos, volando por nuestros cuerpos. Susannah mueve sus hombros, y noto cómo mi chaqueta se desliza por su figura, mucho mejor, así tengo vía libre para acariciar su piel; ella se acerca más a mí, y, sin pensármelo, la invito a ir de nuevo a la cama. Primero lo hace ella; y a continuación, yo. Seguimos besándonos, y no sé por qué, pero no tengo ninguna prisa por meterme en ella, tal vez sea que esta es una nueva manera de amarnos. Desde que ha llegado a mi casa, hemos tenido urgencia, desenfreno, arrebatos de pasión; sin embargo, esta vez quiero tomármelo con mucha calma. Nos acariciamos, y es muy gratificante que los dedos de ella recorran mi cuerpo. Por un momento dejo de besar los labios de Susannah para

meterme entre su cuello y su clavícula, lo recorro con pequeños besos, después con la lengua, para terminar con suaves mordiscos que hacen que su respiración se acelere. Le acaricio los pechos, sus pezones se ponen erectos; ella gime y me acaricia la espalda de forma pausada. A veces noto cómo se junta más a mí, pero no va más allá. Parece hasta tímida, sé que no lo es para nada, me lo ha demostrado; sin embargo, el estar así me parece muy pero que muy placentero. Paso a sus pechos, me deleito con ellos, los mordisqueo, los succiono, desplazo levemente la lengua por ellos, y Susannah jadea y se remueve presa del placer. Me gustaría que se corriera solo con mi lengua, soy capaz de hacerlo. Abandono sus pechos, prosigo mi camino descendente depositando besos, mordiscos, lametones en sus caderas, muslos; sin duda su zona caliente, pero de alguna manera ella me la sirve en bandeja, levanta su pelvis para que dirija mis besos allí. Lo desea, y yo, también. Me la como con avidez, la devoro, quiero saborear cada milímetro de su piel, sus pliegues… su deseo aumenta, y con él, el mío. Descubro su clítoris ayudado por la yema de mis dedos, me dedico a él, parece que se remueve, lo dejo estar. Tanta intensidad puede que sea dolorosa. Prosigo, tengo festín para rato; ella presiona con sus manos mi cabeza, parece como si quisiera asfixiarme entre sus piernas. ¿Habría una muerte más deliciosa? Sigo comiéndome a Susannah, mis dedos ayudan a que ella se excite más aún, noto cómo se tensa; su cuerpo se eleva sobre su pelvis y se corre gimiendo presa del placer. Quiero que vuelva a repetirlo, meto mis dedos en ella, sé dónde tengo que tocar; y cuando creo que he alcanzado ese punto, los extraigo e inserto mi polla. Bombeo sin tregua, no puedo parar ahora, necesito aliviarme, estoy demasiado caliente y excitado. No puedo pensar en otra cosa que no sea meterme en ella, miro a Susannah, tiene la cara desencajada, voy a correrme, sigo, no puedo parar; y en cuanto ella vuelve a correrse dentro de mí, yo me derramo gruñendo como si fuera un animal. Ha sido brutal. Respiro exhausto sobre la cama, no puedo pensar… Susannah también respira con dificultad, pero en cuanto recobra un poco el aliento, se levanta y va al baño. De buena gana cerraría los ojos y me quedaría dormido, pero hay algo que me impulsa a no alejarme demasiado de ella. Es como si, de repente, sintiera una dependencia absoluta por ella, y eso que nada más hemos coincidido hoy. Es extraño para mí. Camino hacia el baño

y me meto en la ducha, el agua sale con mucha presión, el cuarto está cubierto por una niebla espesa de vaho. Veo a Susannah de cara a la pared, no se ha percatado de mi presencia, se gira lentamente, y en cuanto nuestros ojos se cruzan, voy desesperado a por su boca. La beso con furia, con deseo e incluso con violencia, en estos casos no me reconozco a mí mismo, y esto hace demasiado que no me pasa. Amaso sus pechos con rudeza, ella jadea y hace que yo haga lo mismo. Me sujeta la polla con fuerza y me encanta que la estrangule cortando la circulación de la sangre; su culo me vuelve loco y repito la operación. Se acerca a mí, ambos queremos lo mismo, hago que se suba sobre mis caderas, necesito meterme en ella. Lo hago y empiezo a bombear, mi punto de apoyo es el suelo y la pared sobre la que Susannah se apoya, estamos locos de pasión, no estoy siendo cuidadoso; sin embargo, pienso que los jadeos y gritos que salen de su boca serían distintos si no le gustara lo que hago. Se corre arañándome la espalda y tirándome del pelo, no puedo parar, sigo y sigo hasta que lo consigo. Mi polla escupe a borbotones dentro de su cavidad, y siento que voy a desfallecer.

Desencajo a Susannah de mis caderas, creo que los dos temblamos y no de frío, sino de cansancio, tensión y relajo después del orgasmo. Ella, sin dudarlo, cambia de posición el mando de la ducha. El agua fría disipa en pocos segundos el vaho caliente que nos envolvía. El contraste es brutal, pero lo agradezco. Por un momento he creído perder la cordura. Sé que esta es la única noche que pasaré con ella; sin embargo, he sentido cosas extrañas, más bien, ciertos sentimientos que tenía escondidos dentro de mi corazón. Todo está resultando demasiado intenso. Nos duchamos y salimos del baño. Me apresuro a facilitar el albornoz a Susannah para que se seque. Yo también lo hago.

Cuando vuelvo a la habitación, ha pasado tiempo, tenía un asunto pendiente. Una llamada y un correo que no podían aguardar. Espero que Susannah no se haya impacientado. Entro y veo entre las sombras un cuerpo que descansa desnudo sobre mi cama, ha adquirido una postura extraña, tiene una pierna flexionada y la otra estirada. Me aproximo a ella, suscita en mí un deseo irrefrenable. Exploro con mi lengua sus pliegues, es deliciosa, me encanta su sabor. Parece que aún no reacciona a mis estímulos, pero lo hará. Cuando la zona está

lubricada me pongo sobre ella y, con lentitud, me introduzco en su coño, es extremadamente placentero para mí; poco a poco voy horadando su cuerpo, y la sensación es maravillosa. Me inserto en ella con delicadeza, sin prisa pero sin pausa. Susannah reacciona y se despierta; sin embargo, no puede moverse. Soy yo el que la tiene prisionera entre mi cuerpo y la cama. Sigo durante bastante tiempo, metiéndome en ella muy profundo; modifico el ritmo, la cadencia y la profundidad. Me estoy tomando las cosas con calma y es que estoy disfrutando como nunca. Me siento poderosamente viril así. Continúo, me voy a correr, no tardaré mucho, y es que estoy muy excitado. Agarro las caderas de Susannah y las atraigo hacia mí y me inserto de nuevo en ella, hasta lo más hondo, hasta lo más profundo; y se desmadeja en un orgasmo abrasador que hace que mi polla se sienta aprisionada por espasmos de sus músculos, haciendo mucho más intenso mi placer. No salgo de ella, le dejo su espacio, quiero que termine de experimentar ese desahogo tan necesario para volver a iniciar mi marcha. Me inserto en ella de nuevo, salgo y entro, me sumerjo en ella, me inclino y meto mi mano bajo su vientre, quiero encontrar su clítoris y volver a estimularlo para que se vuelva a correr. Es algo así como un reto personal, y no sé por qué actúo de esta manera, quiero que se corra tantas veces como sea posible, se lo debo de alguna manera y eso que no tenemos ningún tipo de pacto entre nosotros. Acaricio su sexo mientras no dejo de meterme en ella, quiero que se corra conmigo, podemos lograrlo. Y vaya si lo hacemos, el cuerpo de Susannah se arquea, tesitura que aprovecho para encajarme más adentro, con todas mis fuerzas, mis pelotas son las que me impiden ir más allá, si no de buena gana seguiría. Gruño como un animal cuando me corro. No puedo más. En cuanto la erección me deja, salgo de ella y me pongo a su lado. Estoy agotado. Todo está siendo tan intenso que creo que no he estado así con una mujer en mi vida. Nos sumimos en un sueño profundo.

Me remuevo en la cama y no encuentro lo que busco. Llevo toda la noche topándome con Susannah en mi cama y reconozco que me gusta esta sensación; sin embargo, por más que estiro el brazo, ella no

está. Abro los ojos, miro el lugar que debería ocupar ella y no está, me giro sobre mí mismo, hago un barrido de la habitación y allí está; me mira y me sonríe. Tras de sí se ven los colores del amanecer en Nueva York, creo que no llueve, pero el día parece que está pesado. En cambio, ella está radiante. Si pensármelo, me levanto de la cama y acudo hacia donde está Susannah, en un susurro le pregunto qué hace, y ella, moviendo el mentón, me indica que está viendo amanecer. El espectáculo es realmente bello, pero yo, sin pensármelo, me quedo con ella. Susannah se gira, me mira con una mezcla de malicia y lujuria y se arrodilla sin más. Se mete mi erección por completo en la boca y parece que se retira, pero al hacerlo me presiona con sus labios a lo largo de toda ella. Comienza a metérsela y a sacarla a un ritmo bastante rápido, me está encantando. Estoy excitado, juega con mi glande, lo succiona, incluso presiona de forma considerable en algunos momentos, haciéndome reaccionar más si es posible. Me masturba con la mano sin dejar de tocarme. Estoy impertérrito, me dejo hacer, pero eso es de cara a la galería, porque lo cierto es que me está llevando al séptimo cielo. Me chupa, succiona, me masturba con la mano y con la boca a la vez que con la otra mano me aprieta las pelotas, y no puedo evitar moverme, mi cadera busca más fricción y movimiento. Poso mis manos sobre su cabeza y me follo su boca, es delicioso hacerlo. Tengo los ojos cerrados, y es que no se puede sentir más. Cuando estoy a punto de correrme, aparto a Susannah, me masturbo para terminar; ella saca su lengua y me roza el glande, haciendo que mi eyaculación sea inminente y lo hago, delante de su cara. Ella abre su boca, se aprovisiona de toda mi leche, se relame y se la traga. No esperaba que sucediera así, y confieso que ha sido liberador y morboso; sin embargo, tras el desahogo no me siento bien. La agarro de la mano y hago que se levante, de forma un poco fuerte la atraigo hacia mí y la abrazo. Ha sido instintivo. Permanecemos unidos durante unos segundos, Susannah se remueve algo incómoda, y yo, también. Nos deshacemos del abrazo, y alego que voy a hacer el desayuno. Ella no hace amago de acompañarme, creo que los dos necesitamos nuestro espacio.

Vuelvo a la habitación con una bandeja, podría haberme esmerado más, pero no quiero perder ni un minuto. Soy consciente de que Susannah se va a ir en pocas horas. Está vestida y me mira con

una cara que no sé lo que denota, no creo que sea pena, aunque noto cierta tristeza en sus ojos, tal vez sea por la falta de sueño. Dejo la bandeja sobre la cama, ella se aproxima y recoge la taza que le tiendo, bebe y cierra los ojos, mostrando un placer infinito en su cara. También mordisquea una de las tostadas, sin apenas mirarme. Yo tampoco la miro, estoy inmerso en mis pensamientos. En cuanto se levanta, yo lo hago con ella. Es el momento, es la despedida. Abrazo a Susannah casi con desesperación y no entiendo el porqué, comenzamos a besarnos. Mezcla de saliva, café y pan tostado. Me enciendo de nuevo, ella parece que también, agarra mi erección y quiero meterme en su interior. Es algo necesario para mí el fundirme en ella, nuestra despedida. Nuestro último encuentro. Susannah se desnuda, se tumba en la cama y voy hacia ella. Coloco sus piernas sobre mis hombros y me adentro hasta el fondo. La masturbo mientras me inserto, no estoy siendo solidario ni cuidadoso; necesito, más que mi desahogo, dejar marcada en su piel mi presencia para siempre, como si de un tatuaje se tratara. Imprimo mayor velocidad, comienzo a sudar, y es que el ritmo es infernal, es como si no pudiera correrme o no quisiera. Pero al final es inevitable, ella ya lo ha hecho segundos antes y yo gruño y emito sonidos que salen entre mis dientes mientras me corro por última vez en su interior. Le bajo las piernas y caigo exhausto sobre ella. Me gustaría que se quedara más, pero sé que ha de irse; antes de levantarme, le dejo un reguero de besitos en su cuello, me he puesto demasiado cariñoso, tal vez la palabra sea «sentimental». Susannah ríe como una niña, me quedo con este momento para sellar una noche mágica. Me levanto y me voy al baño.

Cuando salgo, ya ha recompuesto su aspecto, me aproximo y la beso, un beso sencillo, un punto final a esta noche. Me ofrezco para llevarla a su hotel, se niega; la opción del taxi es la correcta, pero declina que espere con ella. Nos aproximamos a la salida, le pongo el abrigo, le doy su bolso y se despide de mí con un beso carnoso y lascivo que no esperaba, pero que me ha encantado.

Capítulo 2

En cuanto Susannah se va de mi casa, siento un gran vacío y no entiendo el porqué. La noche ha sido de las más intensas que he vivido en los últimos tiempos; sin embargo, no como para que me deje en este estado. Tal vez sea que desde hace demasiado tiempo no me he sentido tan a gusto con una mujer; es cierto que nos hemos dedicado a follar básicamente, pero los momentos de conversación han sido muy agradables y amenos. No puedo entretenerme demasiado en esto. No me viene bien. Ya está. Se acabó. Ha sido una noche nada más. Como tantas otras. ¡No! Como tantas otras, no. ¡Maldita sea! No sé qué me pasa. He pasado miles de noches con otras mujeres y ninguna otra ha dejado este poso en mí, ¿por qué? ¿Qué es lo que tiene Susannah que la hace diferente al resto? Tal vez sea porque su intención nunca ha sido aprovecharse de mi dinero, de mi posición social. Lo desconozco, el caso es que me ha hecho reflexionar y pensar en ella como en algo más. ¡No, joder! No puede ser.

Voy al baño sin mirar tan siquiera la habitación, las sábanas revueltas... pero inevitablemente el aroma de Susannah aún persiste en el ambiente y es imposible no respirarlo. Me desvisto de forma atropellada y voy al baño. Mi mirada va hasta el *jacuzzi,* donde aún están las dos copas que hemos usado. Me pongo bajo la ducha, esperando que el agua arrastre su recuerdo, pero es cerrar los ojos y

venir a mi memoria todos los encuentros que hemos mantenido durante toda la noche. Todos enérgicos, potentes, lascivos, y es pensarlo y mi polla reacciona. Es prácticamente imposible que pueda eyacular de nuevo, pero ahí está bien dura rememorando los momentos vividos con Susannah. Bajo la ducha me masturbo pensando en ella, y no me siento mejor. Salgo cabreado del baño, me pongo un pijama limpio y me voy hacia mi despacho. Espero correos y una llamada importantísima.

El resto de la mañana la paso entretenido, más bien trabajando o intentando trabajar, para no pensar en ella, aunque lo cierto es que me sorprendo en más de una ocasión haciéndolo.

Cuando cae la noche, decido que es mejor estar en uno de mis hoteles, no sé por qué razón no puedo dormir en la misma cama que compartí con Susannah, he cambiado las sábanas, pero ni aun así consigo quitármela de la cabeza. Espero que sea cuestión de días para que todo esto pase.

No descanso demasiado, un insomnio intermitente me asola durante la noche, y el motivo siempre es el mismo. Parece que estoy peor de lo que pensaba, solo deseo que este recuerdo no me martirice demasiado tiempo, pero por otro lado, tampoco sé si es lo que quiero, que ella desaparezca de mi mente. Es una contradicción, algo absurdo. Quiero pero no quiero. O tal vez sea que no debo. En cualquier caso, estoy convencido de que el tiempo hará de las suyas y me ayudará. Cuando me despierto, me ducho y me voy.

Llego a casa temprano. Ni siquiera he estado operativo. Apagué mi móvil, el ordenador lo había dejado aquí. He estado prácticamente medio día incomunicado y sé que no debería; sin embargo, lo necesitaba. En cuanto entro voy derecho a mi despacho. Tendré asuntos pendientes que solucionar. Abro la bandeja de mi correo y tengo varios importantes y llamadas perdidas. Es mi deber ponerme al día, parece que en estas horas de desconexión han sucedido cosas significativas. Ha aparecido una mujer muerta en la calle 82. Otra más. En los últimos meses esto se ha convertido en algo habitual, diferentes partes del mundo y siempre el mismo *modus operandi*.

Tengo un correo urgente, lo leo con detenimiento y llamo al número de teléfono que me facilitan. Hay una información de suma importancia que no puede ser enviada por correo. En cuanto escucho

todo lo que tiene que decir mi contacto, corto la llamada, indignado. No puedo dar crédito a lo que acabo de escuchar. El caso es que todo estaba contrastado y la información es fidedigna, no hay duda de ello. Releo lo que he ido anotando en un papel mientras escuchaba al otro lado del teléfono. Escribo en otra hoja aparte algo y me levanto. Me cambio de ropa y salgo de nuevo. Tengo un asunto que resolver. Es algo personal. Nada que ver con mi trabajo, o tal vez, todo.

Llego al hotel que mi contacto me ha dicho, hablo con la recepcionista, me confirma lo que quiero saber, le entrego el sobre con la nota dentro y me quedo por allí. Sé moverme por estos lugares, me camuflo, observo y me cercioro de cuál ha de ser la mejor manera de dar con Susannah. Obviamente no me van a dejar acercarme a ella por el método tradicional, podría abordarla por sorpresa cuando hiciera acto de presencia, ya que me han corroborado que ha salido; sin embargo, creo que no es la mejor opción. Así que tengo que idear otro plan.

Tengo mis contactos en el mundo de las hostelería, son muchos años, y hasta hace no demasiado yo trabajaba en las cocinas de un hotel como este, hasta que mi suerte y mi empeño hicieron que cambiara mi fortuna. Compré un hotel ruinoso para darle un nuevo aire, todo empezó a subir y así fue como empecé a forjarme un nombre y una fama. Nada es fruto de la casualidad, he trabajado lo indecible para que saliera adelante y ahora tengo una decena de hoteles a mi nombre, además de otros negocios asociados. Consigo dar con un cocinero que trabaja aquí, a la media hora me confirma que han hecho un pedido de comida para la habitación que ocupa Susannah, no me lo pienso. Voy a utilizar todos mis recursos para dar con ella, merezco una explicación. No tendría por qué pedírselas, a fin de cuentas, lo nuestro ha sido un encuentro furtivo y ya; sin embargo, me ha dolido sentirme utilizado. Pienso que ya debería de estar acostumbrado, pero se ve que no. Con otras mujeres soy consciente desde el primer momento, con Susannah ha sido diferente y eso es lo que me ha dolido más. Quiero saber por qué lo ha hecho, por qué ha actuado así, y lo peor de todo, por qué me ha mentido durante todo este tiempo y ha dudado de mí.

Tras una muy generosa propina al camarero que debía llevar la comida a Susannah, soy yo el que empuja el carrito hasta su

habitación. No he tenido que insistir demasiado, he dicho que era su novio, he puesto mi mejor sonrisa y he dejado unos billetes en su mano. Él espera paciente hasta que yo le diga, para disimular el tiempo de entrega. El resto es cosa mía. Llamo con los nudillos en la puerta de la suite en la que se aloja Susannah. En cuanto nuestros ojos se enfrentan, ella intenta cerrar la puerta sin éxito, he sido más rápido que ella y de un empujón logro entrar a la habitación sin mayor problema. No me gusta que me rechacen así, esto me molesta más de lo que debería, realmente este asunto tengo que aclararlo. Estoy dolido y tal vez decepcionado.

En cuanto estoy en la habitación y con la puerta cerrada, no puedo evitarlo y hablo.

—Yo no lo hice —suelto a bocajarro.

—Estuviste toda la noche conmigo, evidentemente no eres el asesino de la última mujer —contesta en tono serio.

—Ni el asesinato de la mujer de la calle 82 ni de ninguna otra —confirmo con gesto rudo.

—Solo puedo confirmar que no eres el asesino de la mujer de la calle 82, del resto no tengo pruebas concluyentes —dice cruzándose de brazos.

La actitud de ambos es bastante belicosa. Parece que no vamos a dar nuestro brazo a torcer y que vamos a sacar la parte menos bonita de nosotros mismos. Nada más quiero saber el porqué de todo esto. No soy un asesino, debería tenerlo claro; sin embargo, parece que duda, que cavila y reflexiona acerca de algo, y eso es precisamente lo que me gustaría saber, qué es lo que pasa por su mente.

—Te repito que no soy un asesino —indico enfadado.

—Muy bien, ¿has terminado? —pregunta. Es obvio que quiere que me vaya, y es que esta conversación no tiene visos de llegar a ninguna parte, pero no voy a dejar de insistir por ello.

—No. No he terminado. Quiero que me entiendas y me creas...

—Lo primero —empieza a enumerar, su cara denota cansancio—, yo no tengo por qué creerte ni entenderte; lo segundo, es obvio que sabes que te he investigado y nada más puedo confirmar que tú no mataste a la mujer de la calle 82 porque pasamos toda la noche juntos, el resto ya no puedo asegurarlo. Aunque he ido tras de ti todos estos meses, no puedo asegurar que no estés implicado en los otros

asesinatos —sentencia siguiendo una línea de investigación basada en argumentos sólidos.

—Estoy al tanto —intervengo molesto—, has estado a punto de llevar al traste mi trabajo en un montón de ocasiones —confirmo tal y como ha quedado claro tras mi conversación telefónica de esta misma mañana.

La cara de Susannah cambia de color y de expresión. Denota indecisión, suspicacias... se mueve incómoda por la habitación, es como si quisiera poner en claro sus pensamientos, pero no logra ni la postura ni la paz suficiente para hacerlo. Hace un movimiento extraño, rápido y preciso; sin embargo, he sido más veloz que ella. Me apunta con su arma; y yo, a ella. Estamos los dos, uno enfrente del otro escrutándonos con la mirada mientras tenemos nuestros revólveres listos para disparar en el caso de ser necesario. La cara de Susannah es de pánico por un instante, pero después logra recomponerse empuñando con firmeza el arma delante de mí, pero en cuanto se percata de que también la estoy apuntando, la sorpresa aparece reflejada en su cara. Sin duda, debería controlar mucho más esos gestos, la delatan, y en su trabajo no es lo mejor.

—¿Qué significa esto? —pregunta y parece hasta tímida.

—¿Qué crees que significa, Susannah? ¿Por qué me apuntas con tu arma? ¿Crees que soy el asesino de todas esas mujeres y que ahora vengo a por ti? —La avasallo a preguntas sin cesar. Estoy impaciente por saber. Ya que estamos en esta tesitura, lo espero.

—Dímelo tú —contesta de forma chulesca, es como si se hubiera venido arriba. Parece que ella también quiere acabar de una vez por todas con este asunto. Las cartas están sobre la mesa, nos hemos quitado las caretas, ahora es solo confirmar los motivos.

—Te lo he dicho. No soy un asesino —confirmo serio sin dejar de apuntar con mi pistola al centro de su pecho.

—Llevas un arma y me estás apuntando —refuta para echar por tierra mi afirmación.

—Tú también —confirmo haciendo referencia a lo evidente.

—Exactamente, pero soy detective, no una asesina —espeta orgullosa, incluso parece que se ha erguido cuando lo ha dicho.

—Yo no, pero podría decirse que también —confirmo, y sus ojos se salen de las órbitas, incluso sus brazos han perdido parte de la

horizontalidad, bien porque la tensión estaba siendo muy fuerte o por mi aseveración.

—¿Cómo? —pregunta confundida.

—Llevo meses, como tú, siguiendo la pista del asesino en serie. Son muchos los años que mantengo una colaboración con varias organizaciones como el FBI, Interpol… me integro muy bien en según qué ambientes y es fácil obtener información —concluyo.

—Acostándote con mujeres —confirma algo dolida.

—No necesariamente. Contigo me he acostado y no he obtenido ni una palabra, ni una confesión. Es más, todo lo que me has contado son mentiras… —digo arqueando la ceja. Que no vaya por ahí, sabe que no tiene argumentos para hacerme sentir mal. Es ella la que no ha sido sincera conmigo.

—¿Entonces? —pregunta.

—Entonces, al igual que tú estoy investigando a ese tipo. Todos los indicios me apuntan a mí, soy consciente de ello. Pero yo no he sido —reitero sabedor de que cada vez que ha aparecido una mujer muerta ha sido después de un encuentro conmigo, o después de fotografiarnos juntos en alguna fiesta… tengo todas las papeletas; sin embargo, yo no soy el hombre que buscan—. Ese tipo ha actuado en Europa, y parece que ahora está actuando aquí. Espero localizarlo en poco tiempo —confirmo seguro de poder llegar a su paradero.

—¿Por qué lo hace? —pregunta para saber qué información manejo.

—No lo sé. Lo único que sé es que asesina a mujeres cuando están en pleno acto sexual, las asfixia; y ellas, pensando que es parte de un juego, mueren sin oponer resistencia…

—Eso lo sé —confirma bajando su arma. Lo cierto es que es ridículo que estemos apuntándonos el uno al otro; de repente nuestra conversación se ha transformado, ha pasado de ser hostil, por las circunstancias, a cordial y llena de confianza, como ha sido hasta ahora—. ¿Qué tienes tú que ver con él? —pregunta. Parece que ella tiene tanto o más interés que yo en saber qué ocurre con este tipo.

—Nada en absoluto, nada más estoy frecuentando los círculos por los que se mueve. Es escurridizo, y poca gente parece conocerlo. Me está costando más de lo que en principio podía suponer. Es muy cuidadoso —confirmo. La información que manejo es poco más de lo

que he expuesto. Sin embargo, dadas las circunstancias, no me fio de nadie.

—Eso también lo sé. No deja restos orgánicos, es prácticamente imposible y lo está consiguiendo —asegura pensativa.

—Exacto.

—Una duda —espeta a modo de pregunta—, todo este tiempo, tú y yo hemos estado llevando una investigación paralela y no nos hemos percatado de ello —argumenta queriendo confirmar.

—Más o menos —aseguro—. Llevas menos tiempo en el caso que yo. Y, sí, podría decirse que hemos hecho un trabajo paralelo, con la diferencia de que el sospechoso y el investigado, para ti, era yo; y para mí, otra persona a la que aún no pongo cara.

—Entiendo.

—Deberías tener más cuidado —afirmo sacándola de su ensimismamiento. Parece que está intentando atar cabos con la información que le he facilitado y la que ella maneja. Evidentemente, tanto ella como yo guardamos nuestro as en la manga.

—¿A qué te refieres? —pregunta incómoda. Es obvio que sabe que ha cometido errores y que su proceder es el de una principiante.

—Anoche bajaste tus defensas —confirmo. En mi cara ha aparecido una expresión de lascivia, ha sido algo involuntario, y es que acordarme de todo lo vivido con Susannah provoca estas cosas—. Si yo hubiera sido el asesino podría haberte matado sin problema —sentencio.

—No lo eres —contesta a la defensiva.

—Ayer no lo sabías, y aun así pasaste conmigo muchísimas horas, ¿tenías refuerzos? ¿Alguien que supiera que estabas conmigo? —pregunto, y ella niega con la cabeza. Lo que confirma Susannah hace que me dé cuenta de que ha actuado por su cuenta y riesgo. Ha sido un acto suicida. Se ha fiado de mí, y podría haberse convertido en la siguiente víctima del asesino que estamos buscando. Ha sido una inconsciente.

Me molesta una enormidad que se haya jugado el tipo de esta manera, pero ¿por qué me inquieta tanto? No es porque ella se ponga las medallas en el caso de haber sido la que lo hubiera descubierto, nada de eso. Quizás sea porque me resulta una mujer tremendamente osada a la vez que kamikaze, interesante, inteligente, aparte de ser

una de las mejores amantes con las que he estado.

El resto de la tarde la pasamos confirmando e intentando sacar alguna información veraz de todo esto. Se podría decir que de repente trabajamos codo con codo, a veces dos cabezas piensan más que una sola.

Capítulo 3

Llevo meses detrás de un tipo que asesina a mujeres con las que se acuesta. Su *modus operandi* es el siguiente: las convence para mantener relaciones sexuales; y en cuanto llegan al clímax, las asesina sin dejar restos orgánicos de ningún tipo, o si los hay, no son concluyentes. Sabemos que es un hombre blanco y poco más. No deja rastro, y prácticamente es imposible dar con una pista fiable. Lo tienen todo bien atado. Son ellas las que se registran en los hoteles, y él se cuida muy mucho de no ser descubierto. Sabe donde están las cámaras de seguridad y no se deja ver más de lo necesario. Sabemos que no fuerza a las mujeres, en cuyo caso las autopsias nos hubieran revelado ese detalle. Las estrangula, a veces, con las manos; otras veces, utilizando medias, lazos o algún tipo de atadura. Sus víctimas suelen ser mujeres de alto poder adquisitivo, que se mueven en círculos exclusivos y con las que, por alguna extraña razón, he tenido mis más y mis menos. No sé si es coincidencia o simplemente casualidad, pero mujer con la que me acuesto, mujer que aparece asesinada. Esto hace que todos los indicios apunten a que soy el culpable, el asesino que están buscando; sin embargo, no es así. Esto se ha convertido en algo personal, algo que me está haciendo pensar de qué manera o cómo dar con este tipo. He ideado un plan, algo que es extralimitarme en mis funciones. Solo confío en que todo salga bien y que podamos dar con él.

Estoy en Varsovia, acabo de llegar y confieso que no me esperaba tanto frío. Es como si la ciudad no estuviera acostumbrada a esto y se mostrara apática, como si nadie quisiera salir, y eso que deberían estar acostumbrados a eso. Tengo preparado todo el dispositivo. Tiene que ser hoy, hoy es el día para cazar a ese cabrón. Cuento con la ayuda de Susannah; sin embargo, estoy inquieto. Me ha demostrado que es buena profesional, pero también que puede llegar a ser una auténtica descerebrada cuando la pasión la puede. Tanto a ella como a mí, este caso nos está suponiendo un gran esfuerzo y se ha convertido en un reto personal. No he vuelto a verla desde nuestro único encuentro en Nueva York. Hemos mantenido contacto telefónico y poco más. Reconozco que me gustaría que las cosas fueran distintas y que el estar centrados en este tema me ha hecho poner distancia en mis sentimientos, porque admito que aparecieron, sobre todo tras su marcha. Sin embargo, ahora es de vital importancia resolver este asunto.

El encuentro tendrá lugar en el Hotel Bristol de Varsovia, un hotel de rancia tradición que se mantiene tal cual se diseñó en el siglo XIX. El encuentro entre Susannah y el asesino será allí. No sé cómo lo ha logrado, pero al final ese tipo ha sucumbido a sus encantos y ha aceptado un encuentro con ella. Desconozco qué táctica habrá usado, pero el caso es que lo ha conseguido.

Me sitúo en la cafetería del hotel, un aire bohemio y sofisticado que te lleva a otra época me envuelve. Veo a Susannah ir hacia la recepción. Mi corazón ha dado un vuelco al distinguirla, nos hemos mirado y nada más. Mi pecho se mueve inquieto. Son demasiados días sin tenerla cerca, y pensé que ese sentimiento se había diluido un poco, pero de repente he sentido calor y mi entrepierna ha reaccionado al verla llegar con un abrigo negro; bajo él distingo unos pantalones también negros y de pata ancha. Zapatos negros de tacón y aire sofisticado. Su maquillaje es algo exagerado, eso me hace pensar que se ha hecho pasar por una prostituta o algo parecido. Ya conoceré más detalles cuando hable con ella.

En cuanto Susannah desaparece de mi campo de visión, voy a la recepción, me registro y subo hasta la planta en la que se encontrarán. Tenemos todo planificado, las medidas de seguridad adoptadas son todas las que hemos podido disponer, es un trabajo extraoficial. Nadie

conoce nada de esta misión, y estamos excediéndonos en nuestras funciones, pero es tal el ansia por reducir a este asesino que Susannah y yo nos hemos empeñado en conseguirlo.

Ella se aproxima a la puerta, llama con los nudillos y entra. Lo oigo todo a través del transmisor que llevo en mi oído, al igual que el que lleva Susannah. Si noto que la cosa se pone fea, intervendré. Escucho atento la conversación y es oír a ese cabrón y morir de celos, lo primero; y de impotencia por no darle su merecido de inmediato, lo segundo.

—Virginia, ¡estás espectacular! ¡Qué gusto verte! —dice con un acento que no sé distinguir muy bien a qué zona del mundo pertenece.

Silencio, oigo los zapatos de Susannah en el suelo, señal inequívoca de que accede a la habitación.

—El gusto es mío, tenía tantas ganas de verte… que… —contesta ella en tono mimoso.

—Ya estás aquí, eso es lo importante —confirma, y por el ruido que ha hecho después me da la sensación de que le gusta lo que ve, y creo morir de celos. El solo hecho de imaginarlo mirando con deseo a Susannah me enerva.

—Exacto, ¿me sirves una copa, por favor? —pide con tono sensual. Lo está haciendo muy bien. Solo oír su voz con esa cadencia podría hacer que me excitara.

—Por supuesto —dice. Escucho los hielos y el sonido del líquido que está vertiendo.

Aguardo impaciente, y es que se me está haciendo eterna la espera. Puedo permanecer durante horas en el mismo lugar, esperando acontecimientos; sin embargo, el hecho de saber que Susannah se enfrenta sola a este tipo me está sacando de mis casillas. Lo tenemos a tiro, es cuestión de tiempo. Hoy, sí o sí, caerá.

Oigo el tintineo de los hielos y los vasos al chocar. Están brindando.

—Por una noche inolvidable —interviene Susannah con voz sensual.

—Puedes estar segura de ello, Virginia —contesta él con una voz tomada por el deseo irrefrenable de poseerla. Lo sé, a mí me pasó igual con ella; y aunque no hemos hablado del tema, sé que conmigo no actuó, no interpretó un papel. Al principio, sí, pero después se dejó

llevar, como lo hice yo.

Vuelve el silencio. Algo está ocurriendo. Me lo puedo imaginar claramente, y mi estómago se da la vuelta solo de pensarlo. Tengo un ataque de celos, me gustaría tirar la puerta abajo e ir a por él, partirle hasta el alma a ese hijo de perra. Oigo un golpe, como de algo que cae sobre una superficie mullida, podría ser que se hayan tumbado en la cama. Escucho a Susannah cómo le pide que se desnude, vuelve el silencio. Creo captar un ronroneo o algo parecido a través del micrófono que tiene ella en su oído. Se están besando, y el sabor amargo que invade mi boca me dice que todo lo que ocurre en esa habitación me importa más de lo que estoy dispuesto a admitir. Queremos atrapar a ese cabrón, pero me arrepiento enormemente de que sea Susannah, ella y solo ella, la que se haya prestado a ser la víctima potencial.

La oigo gemir y no puedo evitar excitarme, la he tenido entre mis brazos, sé cómo reacciona ante las caricias y estímulos. Me molesta una enormidad que sea otro tipo el que le esté proporcionando placer. Definitivamente no ha sido una buena idea. Por un lado, estoy excitado, y por otro, molesto. No sé gestionar esto. No me suele costar adaptarme a las situaciones; sin embargo, con esta me está pasando. Hay intereses personales, y no hablo del hecho de atrapar al asesino de mujeres. Oigo cómo ese tipo jadea, y siento asco. Estoy a punto de vomitar, siento nauseas. Lo pienso, lo imagino y me siento impotente. Nunca debí aventurarme a hacer esto.

El ritmo va acelerando, lo escucho a él sobre todo. Susannah parece que ha dejado de gemir, me inquieto, oigo algo parecido a un pataleo. Intento agudizar el oído. Solo advierto los jadeos cada vez más rápidos de ese tipo. Sin rastro de Susannah, es el momento. No me lo pienso. No puedo llegar tarde. No me lo perdonaría en la vida. Es ahora o nunca. Lo tenemos.

De una patada, abro la puerta de la suite que ocupan. El espectáculo es dantesco. Un hombre desnudo encima de una mujer prácticamente muerta, lo veo apretar su cuello mientras su cara es de placer absoluto. Se sorprende al verme entrar, pero reacciona de forma rápida. Se pone en pie, el primer puñetazo es el mío. Quiero reducir a este tipo. Podría haberle pegado un tiro en cuanto he entrado por la puerta y me hubiera sentido aliviado por todo. Me

distraigo mirando la cama, ahí está Susannah con un *body* de encaje negro, quiero saber si está bien. Veo que mueve su mano y la lleva hasta su cuello; eso me deja, por el momento, más tranquilo. Este hecho es aprovechado por el tipo para asestarme un puñetazo. Volvemos a enredarnos en una pelea. Caemos al suelo. Me placa y me pone contra el suelo; sin embargo he tenido el tiempo suficiente para sacar mi arma y, sin dudarlo, aprieto el gatillo. Alegaré defensa propia. En cuanto el disparo suena en la habitación, empiezan a aparecer personas en la estancia. Me he asegurado de que las fuerzas del orden de la ciudad vinieran al hotel. Ha sido hacer una llamada y el resto es lo que está ocurriendo en estos momentos. El personal del hotel también ha debido de alarmarse; forcejeos, disparos, no es lo lógico… En cuanto sé que ese tipo está muerto, me acerco a la cama. Necesito saber que Susannah está bien. Hago que se incorpore y la abrazo fuerte. Quiero que sepa que estoy bien, que estoy aquí. Que nada malo va a pasarle; si lo de hoy no hubiera terminado bien, no me lo hubiera perdonado en la vida. Ahora me percato de que hemos vuelto a ser unos insensatos.

La habitación está llena de personal del hotel, policía, sanitarios, curiosos y demás… intento que el trámite sea lo más rápido posible. Quiero llevarme a Susannah de aquí, quiero protegerla, quiero que esté tranquila y que se olvide de toda esta pesadilla. Hablo con la policía, mirando de reojo a Susannah en todo momento. Ahora no me importa saber quién es este tipo, cómo se llama o porqué lo hacía. Ansío saber que ella está bien. Un sanitario la está revisando, con una linterna mira sus ojos; sin embargo, ella parece ida, en estado de shock, como si no estuviera aquí, sino a miles de kilómetros. Hace que levante la cabeza, y puedo observar que el cuello lo tiene amoratado. «¡Maldito bastardo!», me digo. Si llegaba a asfixiarla no podría haber cargado con esa culpa el resto de mi vida. Me siento impotente en estos momentos. Susannah está acurrucada en un sillón, parece pequeña, frágil y menuda. Mira por el ventanal, ajena a todo el ruido que hay en la suite. Observa, de refilón, cómo una camilla lleva al hombre que casi le arrebata la vida, y noto que hace una mueca de asco. Quiero abrazarla, pero el agente de policía no me deja en paz. Parece que una lágrima brilla en su cara. No quiero que llore, necesito estar a su lado.

Me cierro en banda cuando le piden a Susannah que testifique. No está bien. No quiero que se venga abajo de nuevo, necesita descansar. Ha sufrido una gran presión y una carga emocional brutal. No está en las mejores condiciones. Me comprometo a que mañana vaya a testificar, estaremos dando las explicaciones pertinentes todo el tiempo que sea necesario, pero hoy no. Cuando todos abandonan la habitación, voy hasta el lugar que ha ocupado Susannah todo este tiempo, hago que se levante y la abrazo fuerte. Ella parece un cadáver. Está fría, y creo que llora. Que lo haga si es lo que necesita. Que se desahogue y saque de sí toda la rabia y frustración que la invade. Se deshace de mi abrazo. Me mira con ojos vidriosos y musita un escueto «gracias». No puedo evitarlo. Beso a Susannah en uno de los besos más llenos de significado que he dado en mi vida. Y es que estoy enamorado de ella. Hago que se vista y salimos del hotel. No quiero volver aquí nunca jamás.

Susannah se aloja a pocos metros, en otro hotel. El mismo en el que yo tengo la reserva. No quiero forzar las cosas. Ella me pide que la acompañe a su habitación y lo hago encantado. No quiero hablar del tema. No quiero nada. Solo que se relaje y que se olvide de todo lo ocurrido. Han sido demasiados meses de pesquisas, investigación y presión y por fin todo está solucionado.

Susannah quiere ducharse, de buena gana la acompañaría; sin embargo, no debo. El deseo por poseerla es fuerte, pero no lo voy a hacer. Oigo la ducha mientras me entretengo mirando por la ventana. A los pocos minutos, el sonido cesa, me giro y la veo con una toalla en la cabeza y un albornoz ciñendo su cuerpo. Me mira y me regala una tímida sonrisa. Voy a su encuentro. Quiero abrazarla. Parece que es la única manera de demostrarle que estoy aquí para lo que necesite. Acepta con agrado mi abrazo, y yo, encantado. Al poco se deshace de este. Me mira.

—Hazme el amor Leo —me pide, y no doy crédito.

He esperado este momento meses, y ahora que llega me siento un principiante, alguien que no sabe enfrentarse a la situación. Me sonríe de forma sincera y lasciva al mismo tiempo, y sé qué es lo que necesita.

Tumbo a Susannah en la cama tras quitarle el albornoz. Me tomaré mi tiempo. Lo deseo tanto que no habrá horas suficientes para

tenerla en mis brazos. La beso, me besa. Nuestras lenguas son antiguas amigas y se conocen bien. Juguetean y se tientan. Los dos jadeamos. Acaricio su cuerpo esbelto, y ella reacciona a tales caricias; sus pechos, sus pezones, que se ponen erectos y duros. Bajo la mano por su vientre y voy a su sexo. Cálido, húmedo y apetecible. Me encanta, me introduzco en él, y se mueve mimosa. Me expone su cuello para que lo lama, pero no quiero, esa zona está bastante amoratada aún, beso su clavícula y el lóbulo de su oreja. Me permito decirle en un susurro que la deseo con toda mi alma, y ella emite un sonido lastimero que me indica que ella también lo siente. La masturbo; y ella, a mí. Acaricio su clítoris hinchado, en poco tiempo se corre para mí y es el mejor regalo que puede hacerme. Seguimos con nuestros besos, ni la mitad de enérgicos y fuertes que la última vez, tal vez estos sean más meditados, más conscientes. Ella cambia de posición y se inserta en mí haciéndome gemir. Me gusta que tome las riendas, que haga conmigo lo que quiera. Ahora mismo es lo que necesito. Que tome de mí todo lo que se le antoje. Y me folla como una amazona, y me dejo, y me gustaría meterme más aún en ella. Y se corre, y hace que yo acelere para hacerlo también. Simplemente delicioso, Susannah se acomoda entre mi pecho y mi cuello y se queda dormida casi al instante. Yo, no; y no me importa. Acaricio su espalda, y podría quedarme aquí el resto de mi vida.

Capítulo 4

Me estoy volviendo loco. Susannah ha desaparecido de mi vida, y pensé que podría sobrellevarlo; sin embargo, no puedo. He intentado localizarla por activa y por pasiva y no ha habido manera. Espero que alguno de los contactos que tengo me dé alguna pista de dónde se encuentra. Son favores que me deben. Después de la declaración en Varsovia, volvimos a separarnos. Nos prometimos que mantendríamos la comunicación y así ha sido; sin embargo, desde hace unos días está ausente y me preocupa. Espero que no se haya aventurado en algún asunto peligroso.

Recibo una llamada, ya han localizado a Susannah, está en República Dominicana. No me lo pienso. Cojo el primer vuelo disponible y voy para allá. No puedo estar sin ella.

La llamo por teléfono, no lo coge, pero en el hotel me dan cuenta de dónde está su habitación. No me lo pienso, llamo; y en cuanto me abre, no puedo verla mejor y más guapa. Está morena y sonríe. Cierro la puerta tras de mí y me abalanzo sobre ella. Necesito besarla, comérmela, lo que sea. La aprisiono contra la pared y la beso de forma lasciva. Quiero follármela allí mismo. Es algo carnal, porque lo es, pero también algo espiritual. No tiene explicación coherente. Pero lo haré. Follamos como dos animales sobre la cama blanca y mullida. No doy tregua a Susannah, quiero que se corra tantas veces como sea

posible, y lo hace. Me bebo sus orgasmos ávido de más; y cuando por fin eyaculo, me siento liberado. Es una liberación sexual, pero también emocional. Estoy a su lado. Ese era mi mayor deseo en estos momentos. Susannah me abandona y va al baño. Me quedo unos minutos ensimismado, mirando al mar que se ve tras el ventanal, las aspas del ventilador, girando; y yo, tirado sobre la cama que ha sido testigo de nuestro encuentro. Veo a Susannah, vuelve, y mi cuerpo reacciona de forma natural. Con ella no tengo freno. Se coloca a horcajadas sobre mí, y yo me impulso para penetrarla. Me monta y me cabalga, y es una sensación indescriptible. Tomo sus pechos, los amaso. Aumenta el ritmo, y yo estimulo sus pechos más y más hasta que se corre. Me encanta ver su cara. Es alucinante. En cuanto se recupera de su primer orgasmo, cambio de posición, coloco a Susannah contra la pared. Está de rodillas en la cama, hago que se acerque todo lo que pueda a la pared, con mis piernas hago que abra las suyas y comienzo a recorrer su espalda con mis besos, a la vez que amaso sus pechos y acaricio su sexo. Está lubricada y preparada para mí, y eso me encanta; me aproximo más a ella, meto mi cabeza bajo su sexo y lo lamo y masturbo con mi lengua y mis dedos, es maravilloso. Sé que podría correrse así, pero no quiero. Me incorporo e, inclinándola un poco, me inserto en ella por detrás. Bombeo fuerte, rudo y cuando creo que está a punto de correrse otra vez, cambio de nuevo de posición. Quiero que lo desee tanto como yo. La pongo a cuatro patas y me inserto en ella. Modifico el ritmo, más lento, más profundo, más suave, me tumbo prácticamente en su espalda y con mi mano estimulo su clítoris hasta que explota; y yo, con ella. He deseado tanto este momento como ella, y es maravilloso estar así de conectados y llegar al clímax casi al tiempo.

En cuanto todo termina, los dos caemos en un sueño profundo. Me giro sobre mí mismo. Busco a Susannah con mis manos, y su lado de la cama está vacío. Me sobresalto. No quiero que le pase nada. Sé que me preocupo en exceso y que ella sola sabe arreglárselas; sin embargo, tengo la necesidad de tener todo controlado, todo lo que tiene que ver con ella. Busco en el baño y no está. Debe haber salido a la terraza o a la playa. Oteo el horizonte y me parece ver una figura dentro del agua. No me lo pienso. Me adentro en el mar. Voy en su busca.

—No deberías estar aquí sola —digo cuando estoy muy próximo a

ella.

—No estoy sola, tú estás conmigo —confirma sin moverse de donde está.

—Te confías demasiado —insisto amonestándola.

—Estoy de vacaciones, nada va a pasarme —refuta girándose y recibiéndome con una sonrisa amplia.

Estoy en la orilla del mar, desnudo al igual que ella. No me lo pienso más y voy a su encuentro. Me sumerjo por completo, y en dos brazadas la he alcanzado. Estamos muy cerca el uno del otro. Susannah de un salto, se engancha a mis caderas y comienza a besarme. Mi cuerpo reacciona y rápidamente está dispuesto para un nuevo encuentro. Ella se eleva apoyándose en mis hombros, tesitura que aprovecho para dirigir mi erección hasta el lugar adecuado. Cuando Susannah está por completo empalada en mí, parece que respira con dificultad. Me he dado cuenta de ese detalle cuando me inserto en ella. Comienza a moverse mecida por la marea, y me encanta que recorra mi polla de arriba abajo como si fuera un mástil. Se mueve buscando su éxtasis, y yo jadeo en su boca. Me gusta que me utilice como si fuera un juguete. El lugar no podía ser más mágico. Se corre con un grito que retumba en la noche, y eso hace que mi deseo crezca más y más, me amarro a sus glúteos para ayudarla a subir y bajar de mi polla hasta que yo también obtengo mi recompensa. Ha sido bestial. Abrazo a Susannah después de nuestro orgasmo, y desearía que estos momentos no desaparecieran de mi vida. Sé que es poco probable. Nuestras existencias son las que son, cambiantes; hoy, aquí; mañana, allí. En su caso más que en el mío; sin embargo, pienso que quiero una vida con Susannah. Me complementa, nos llevamos bien; y en el plano sexual es la mejor mujer con la que he estado nunca. En cuanto mi erección baja, Susannah se descuelga de mis caderas. Tomados de la mano, salimos del agua. El silencio que nos rodea lo dice todo y no dice nada.

Llegamos hasta la habitación, me adelanto, voy al baño, cojo un albornoz y se lo ofrezco. Voy a por uno para mí. Susannah ha decidido quedarse en la terraza que hay justo delante de la habitación y que tiene conexión directa con la playa. Vuelvo con una copa que acabo de servir, se la ofrezco y ella acepta; bebe, pero no dice nada. Solamente observa el mar.

—¿Qué piensas? —pregunto.

—Nada —contesta sin dejar de mirar a un punto fijo.

—En algo pensarás —insisto.

—Tienes razón, en lo efímera que es la vida —confirma.

—Tú lo sabes bien, al igual que yo —admito recordando, sobre todo, el episodio de Varsovia; cuando esa imagen vuelve a mi mente me siento fatal.

—Por eso mismo. Creo que lo importante es disfrutar del aquí y el ahora, disfrutar del momento —explica con poca convicción. Conozco a Susannah, y aunque en nuestro primer encuentro me engañó totalmente, ahora sé cuando no dice toda la verdad.

—*Carpe diem* —digo para incitarla a que siga hablando; sin embargo, ella asiente y no añade más.

Sobran las palabras. Está todo claro. De momento, así seguirá siendo. En cuanto acaben estos días de vacaciones, pienso decirle a Susannah todo lo que siento por ella. No se va a librar tan fácilmente de mí. Sé que tenemos sentimientos muy fuertes el uno por el otro, al igual que sé que lo que la frena es su trabajo. Ya me encargaré yo de convencerla de que lo nuestro vale la pena. Si tengo fama de seductor, será en este momento cuando tenga que ponerla en práctica.

Epílogo

Llevo cerca de hora y media acurrucada en el sofá de la suite en la que me hallo. Me he despertado y ya no he conseguido dormirme. Sigilosamente y sin hacer ruido, he ido hasta mi bolso y he sacado mi libreta. Una de las tantas que poseo y en las que voy anotando parte de mi vida. Por trabajo, a veces, y otras porque se ha convertido en un hábito para mí. Me he abstraído tanto en relatar mi vida del último día que no me he percatado de que Leo se ha levantado de la cama.

—Susannah, ¿qué haces? —me pregunta con voz somnolienta.

—No podía dormir —susurro.

—Ven aquí, cielo —me apremia—. ¿Estás escribiendo? —me inquiere a la vez que me abraza por detrás.

—Sí —confirmo algo avergonzada.

—Ven a la cama conmigo y me lees lo que has escrito —me pide susurrándome al oído. Es oír a Leo hablar de esa manera tan cerca de mi oreja y no puedo evitar estremecerme.

Bajo los pies de la butaca, me levanto y lo sigo con nuestros dedos enlazados. Tomamos posición en la cama. Aclaro mi voz y comienzo a leer:

> Nueva York, 18 de diciembre de 2019
>
> Hoy hace justamente un año que tuve mi primer encuentro con

Leo. Viendo cómo me ha cambiado la vida, nunca pensé que una simple cena y una noche de sexo me depararía tanta felicidad.

Llevábamos meses hablando por teléfono, por mensajes o por correo electrónico, y es que todavía no sé cómo me las arreglé para conseguirlo. Leo Lloyd era el soltero de oro, el hombre enigmático que acudía a fiestas alrededor de todo el mundo y con el que todas las mujeres querían acostarse. Mi interés en él era meramente profesional, al principio. Reconozco que nuestras charlas me agradaban y en seguida supe ver que no era el hombre que nos mostraban en las revistas o en los programas de televisión. Su apariencia era la de un hombre frívolo, que aprovechaba su físico para poder acostarse con cualquier mujer, y no lo culpo; sin embargo, encontré un tipo íntegro, educado, con conversación amena, además de ser muy divertido.

Tenía entre manos un asunto complicado, encontrar a un asesino en serie; y ahora, desde la perspectiva que me da el tiempo, confirmo que actué por instintos, y eso en mi profesión es un riesgo muy grande. Me aventuré a quedar con él sin un refuerzo, sin nadie más que pudiera ayudarme en caso de necesidad. No sé por qué extraña razón confié en él desde el principio y supe que no iba a ser una más en la larga lista de mujeres asesinadas que se le atribuían.

Lo que fue una noche apoteósica, en cuanto al sexo se refiere, prosiguió con el descubrimiento, por parte de ambos, de nuestras verdaderas intenciones. El sexo, el pasar una noche juntos estaba muy bien; sin embargo, todo se reveló. Nos sinceramos y mostramos nuestras cartas. Nos contamos nuestras respectivas informaciones y de alguna manera creamos un pacto de colaboración. Desde ese momento, la relación con Leo se limitó a mensajes esporádicos y alguna llamada más. Hablábamos básicamente del asunto que nos concernía, nos mostramos profesionales en todo momento, ya que aclaramos los términos de nuestro vínculo. Con toda la información sobre la mesa, decidimos tomarnos la justicia por nuestra cuenta y encontrar al asesino en serie que seguía matando mujeres en pleno acto sexual.

Nuestras pesquisas nos llevaron a Varsovia. Allí desenmascaramos al tipo que llevaba meses asesinando a mujeres y que nadie sabía quién era. En ese momento me sentí tan frágil, tan desvalida, que los sentimientos que intentaba ocultar tras capas de suficiencia e indiferencia afloraron con más fuerza aún. Esa noche la pasé con Leo; y aunque estaba convencida de que sería la última, la disfrute. Fue sexo, porque lo fue, pero entre nosotros se creó una atmósfera tal que decidí guardarla en lo más hondo de mi corazón para siempre. Sería un bonito recuerdo.

Tras la muerte del asesino me sentía agotada física y mentalmente, necesitaba un descanso en todos los aspectos; así que

cuando tuve la oportunidad, y tras dejar zanjado el asunto del asesino, me marché.

República Dominicana era un buen destino. Me iba a dedicar a mí, a no hacer nada, a saltarme los entrenamientos, a disfrutar de la comida, del sol, del mar y a olvidarme por unos días de la actividad frenética que había tenido. Mis propósitos duraron poco. El segundo día, Leo apareció, y con él, las largas noches de sexo. Su compañía me agradaba enormemente, y si él estaba conmigo sería por algo. Aprovecharía esa circunstancia, aunque en el fondo sabía que me estaba enamorando de él.

Mi trabajo no es fácil, ni yo misma lo soy. Siempre he alegado esas dos excusas para no adentrarme demasiado en relaciones. Tal vez lo haya usado a modo de escudo, para no sufrir, para no implicarme, para no hacerme ilusiones que al final quedarían en nada. Con Leo no tuve opción. Los dos sabíamos a qué nos dedicábamos, y de repente, nada de eso nos pareció tan problemático. Éramos conscientes de lo que sucedía a nuestro alrededor; y es posible que, porque los dos entendiéramos bien la profesión del otro, nos lanzáramos.

Reconozco que no se lo puse fácil. El último día de mi estancia en República Dominicana, tras un paseo por la playa, se plantó en frente de mí, me tomó las dos manos y, mirándome a los ojos, me confesó que estaba absolutamente enamorado de mí. Que no había dejado de pensar en mí ni un solo minuto desde nuestro encuentro en su apartamento de Nueva York, y que se atrevía a decir que estaba enamorado desde antes, aunque jamás me hubiera visto en persona. Aquella declaración de amor me pilló a contrapié. Me negué a creerlo, no le mostré mis sentimientos, que coincidían con los suyos, y me despedí de forma apresurada. No quería iniciar ninguna relación con Leo Lloyd.

De vuelta a casa me sentí vacía, me faltaba alguien a mi lado. Lo achaqué a mis vacaciones, a que todavía no me había centrado en mi rutina diaria; sin embargo, me estaba engañando a mí misma. Sabía lo que me ocurría. Yo también quería a Leo en mi vida, pero lo había apartado. Sufrí lo indecible y todo por mi obstinación. No quería admitir que estaba enamorada de él. No quería sufrir y ya lo estaba haciendo. Sufría por cosas que aún no habían sucedido. Siempre me ha pasado. Para mi profesión puede ser algo muy bueno el adelantarse a los acontecimientos, pero en mi vida privada, no. Daba por hecho que esa relación no me depararía nada bueno, que iba a terminar antes de lo previsto y mil excusas más para no admitir lo evidente. Yo, Susannah Croninger, estaba y estoy totalmente enamorada de Leo Lloyd.

Sus mensajes, sus llamadas y alguna visita inesperada hicieron que me replanteara la situación. Iba en serio. No era una más de sus

conquistas; él me quería, y yo, a él. Me lancé, sobre todo por salud mental. Tenía claros mis sentimientos, y el mantener a Leo alejado de mi vida me estaba suponiendo una auténtica tortura. Me empeñaba en apartarlo cuando, en realidad, lo que quería era que estuviera muy cerca de mí.

Durante todos estos meses he aprendido de Leo muchísimas cosas, de su profesión y de la mía. Es un ser excepcional en todos los términos, y no puedo estar más orgullosa de la decisión que tomé.

Hoy, día 18 de diciembre, nos hemos dado el «sí, quiero». En una ceremonia intimísima. Unos cuantos amigos que hemos reunido en la azotea de uno de los hoteles que posee Leo en Nueva York. Hemos decidido que la ceremonia fuera sencilla y emotiva. No queremos nada de estridencias ni *paparazzi,* algo para nosotros.

Lo hemos pasado genial entre todos. Era más una reunión con amigos que una boda como tal, y lo hemos disfrutado. La apariencia de Leo siempre ha sido la de un tipo afable que se desenvuelve fenomenal en situaciones mundanas; sin embargo, me he dado cuenta de que valora los momentos de soledad. Que es un apasionado de la poesía y de la música clásica, y que si acude a ciertos eventos es por trabajo básicamente, no porque le gusten en especial los actos sociales. Me he sentido tan arropada en todo momento que no me ha importado para nada estar sin familia en un día tan importante. Tras el convite y una pequeña fiesta, hemos venido hasta la suite que teníamos reservada en el mismo hotel. Simplemente maravillosa. Lo mejor de todo no ha sido la excelencia de la habitación, ha sido la presencia de Leo en esta. No sé si estoy sugestionada por el día que es, pero he notado cómo Leo, en esta ocasión, me ha hecho el amor. De forma apasionada y tranquila, como si nunca hubiera estado conmigo antes. Como si fuera la primera vez que nos encontrábamos. Ha sido delicado y tremendamente cariñoso, y me he sentido la mujer más afortunada de este mundo. Leo puede ser un amante brutal, apasionado y visceral en según qué momentos; sin embargo, hoy ha sido dulce y ha mostrado una entrega total. Y yo me he visto arrastrada por él. Soy muy feliz al lado de Leo. Creo que jamás me he enamorado de un hombre de esta manera. Sé que no me va a pasar nada estando a su lado y que aprenderé muchísimas más cosas. Si lugar a dudas, espero que lo que nada más iba a ser una noche en mi vida se convierta en todas las noches del resto de mi vida.

Fin

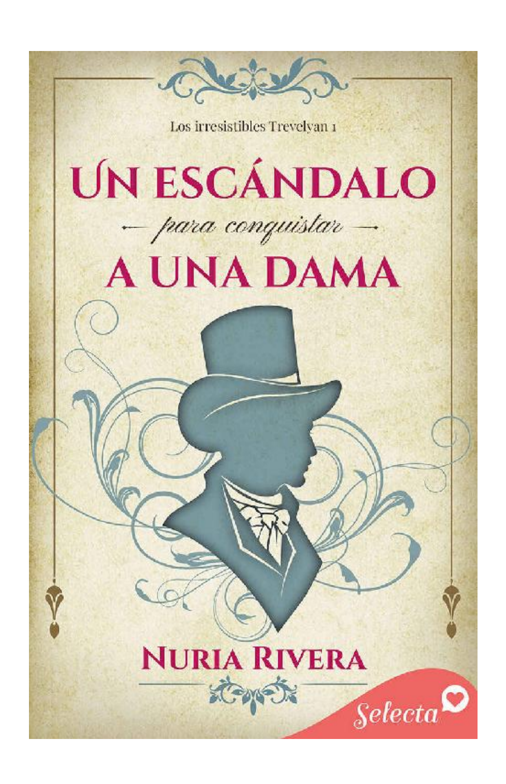
Si te ha gustado

Diario de una noche

te recomendamos comenzar a leer

Un escándalo para conquistar a una dama

de *Nuria Rivera*



Capítulo 1

Derbyshire, abril de 1818

Mientras el carruaje seguía el sendero que la sacaría de Derbyshire, Georgia Hamilton maldecía el instante en que se dejó enredar por su cuñada y su hermano para visitar Londres.

¿Qué se le había perdido a ella en Londres?

Nada, absolutamente nada.

Odiaba Londres.

—Lo pasaremos bien, iremos a fiestas y haremos que tu hermano gaste una buena cantidad de dinero en nuevos vestidos —trataba de animarla Vivian.

Sonrió. Vivian era su mejor amiga, por eso el día que supo que su hermano mayor, el actual marqués de Mansell, había puesto los ojos en ella se sintió feliz porque serían hermanas y nunca le había fallado. Hasta aquel día. Ella más que nadie sabía lo que le había ocurrido en Londres y que la temporada no le sugería ningún aliciente. Además, no veía la urgencia de hacerse con un nuevo vestuario, ni le apetecía acudir a bailes donde el salón estuviera abarrotado de gente y lo peor de todo, tendría que bailar... si alguien se lo pedía.

No tenía ganas de bailar, no desde…

—Deberías estar contenta. Hace mucho que no sales de casa, así jamás cazarás a un marido —dijo su hermano con burla. Él sabía cuánto le molestaban aquellas palabras, las mismas que usaba su madre cada vez que quería provocarla. De sus cuatro hijos, un varón y tres hembras, ella era la única soltera, y era la mayor de las hermanas —. Olvida de una vez al bastardo de Winstrop. No hay mejor desprecio que no hacer aprecio.

—Está olvidado desde hace tiempo. —Respiró para serenarse; hacía mucho tiempo que había cerrado la puerta a los recuerdos de su pasado, pero la emoción que tenía asociados a ellos tuvo que reprimirla, todavía dolía—. ¿Por qué nadie me cree cuando digo que estoy bien como estoy?

—Quizá porque tienes veinticuatro años y porque no has aceptado a ningún caballero.

—Son todos medio tontos.

—Ahí tengo que darle la razón, querido —intercedió por ella Vivian—. Georgia merece a alguien que esté a su altura, un caballero

que le genere palpitaciones cuando la mire, no somnolencia.

—¡Yo no pretendo ninguna de esas cosas! A veces es mejor conformarse con un buen libro —respondió, mirando a su amiga de soslayo. Encontrar un caballero que con solo mirarla le alterara el pulso le pareció improbable, pero solo con imaginarse la situación sintió que se ruborizaba. Por suerte, eso era tan difícil de que ocurriera como ver el ave Fénix.

«¿Por qué no puede pasar? —le susurró una vocecita interior—. No te engañes, vas a Londres en busca de aventura y resarcimiento».

Se tocó la frente con la mano enguantada y así despejó su mente de aquella voz que se le colaba cuando menos lo esperaba.

—Solo quiero que sepas que puede que nos encontremos a lord Winstrop —soltó su hermano como advertencia.

—Te repito que no ocupo mi pensamiento con él, si es lo que crees —se defendió—. Hace tiempo que decidí que Octavius Brown no valía la pena, ni la pequeña corte que lo rodeaba.

—No consiguió hacer la boda que pretendía y se alistó —aseguró su hermano—. Dicen que participó en la derrota de Napoleón; luego apenas se ha sabido de él.

—Querido, di mejor que no consiguió las libras que esperaba obtener con aquel matrimonio y su tío le compró un buen cargo que le permitiera ascender para que pudiera hacer carrera militar —añadió Vivian, después la miró fijamente y le dijo muy seria—. Prométeme, Georgia, que, si lo encontramos en algún baile, no le dirigirás la palabra.

—No creo ni que se me acerque, pero no os preocupéis, si lo hace lo cocearé como si fuese una mula —bromeó, lo que generó unas risas en el carruaje.

«Si se me acerca lamentará haberlo hecho», se prometió.

—Tienes que estar arrebatadora —sonrió Vivian con coquetería, y las amigas compartieron una mirada cómplice—. Nunca se sabe a quién se va a encontrar una en un baile. Además, si te ve, que rabie por lo que perdió.

Sabía muy bien a qué se refería su amiga: al día en que su hermano Thomas la miró con ojos de enamorado. Vivian se había propuesto conquistarlo… y lo había conseguido. Habían formado una bonita familia, con sus dos hijos de dos y cuatro años.

—Me miras con buenos ojos, querida, ese hombre no echará nada de menos al verme.

El incómodo traqueteo del carruaje le provocó malestar mientras se decía, aunque no lo reconocería en voz alta, que le gustaría mucho encontrárselo. En cuatro años había ensayado varias cosas que decirle, aunque no le daría el gusto de verla despechada. Y lo que le generaba gran curiosidad era saber qué demonios había hecho en la guerra. Tras eso había desaparecido del mapa, decía Vivian, aunque también había dicho que no se movían en los mismos círculos.

Con un gesto que parecía disimulado, su hermano rozó la mano de su esposa. Georgia cerró los ojos y simuló que quería dormir un poco; pensó que así les daría algo de intimidad. Quizá debería haber ido en el otro carruaje, con su madre, y dejar a la pareja con sus hijos; pero cuando Vivian organizaba algo no había quien la hiciera cambiar de idea. La abuela iba feliz con los niños y una niñera, y ellos también. De pronto sintió una manta sobre sus rodillas y se arrebujó con ella. La primavera asomaba por las veredas, los caminos y los montes, y a aquella hora el sol todavía no calentaba lo suficiente. Con los ojos entrecerrados percibió que la pareja también se había cubierto y su amiga descansaba la cabeza sobre el hombro de su esposo. ¿Estaría ella alguna vez así con un hombre? Quizá había pasado demasiado tiempo entre libros y desperdiciado sus mejores años. Con el tiempo, algunas decisiones se podían percibir como desacertadas.

«Londres puede ser lo que necesitas. Una escapada, quizá un flirteo, y regresarás al campo con alguna experiencia que recordar en los años venideros».

No sabía desde cuándo esa vocecilla, que escuchaba en más de una ocasión, se había adueñado de su pensamiento, pero lo que la mortificaba era que, más veces de las que confesaría, se había descubierto pensando que sus sugerencias no eran tan descabelladas.

***

Londres no había cambiado demasiado.

Desde que llegaron a la casa de Mayfair, sintió que volvía a ser

aquella joven de veinte años, con amigas, y que retornaba del campo para su segunda temporada.

En aquel tiempo de retiro autoimpuesto supo que algunas de aquellas amistades se habían casado; las más bonitas consiguieron un buen partido en su primera temporada, otras en la segunda y otras, como ella, habían generado expectación, pero no cosecharon el éxito deseado por sus familias. Tenía que reconocer que ella no había puesto demasiado interés en cazar a un marido, pero lord Winstrop había hecho que pensara en ello como algo lógico. Lo que no esperaba era ser el centro de sus burlas. «De campo», se repitió en su mente. Había tenido la desfachatez de decirle que era de campo, como si fuese una pobre campesina y no la hija de un marqués. Como si eso significara que era insulsa y tonta. ¡Si había leído más libros que él!

El conde la había despreciado, pero lo que de verdad la había herido fue comprobar cuánto daño podían causar unas palabras mal intencionadas y cómo podían mancillar una reputación. Eso ya estaba olvidado, por supuesto, aunque aún se recriminaba haberse sentido culpable durante tanto tiempo por no haber sido suficiente para aquel hombre. Por suerte, ahora ella era otra mujer.

Pasear por las calles, varios años después, le trajo recuerdos de otra época. Se sentía muy cómoda con su hermano y con Vivian. Los adoraba y sabía que el sentimiento era correspondido, también sabía que aquella invitación a pasar en Londres unas semanas era para que tuviera la oportunidad, quizás la última, de conquistar a algún caballero.

Recordó la conversación que había tenido con Thomas.

—No quiero que estés sola —le había dicho su hermano una tarde, mientras paseaban por los jardines de Devenhill House, la finca familiar—. Nadie mejor que tú lleva esta casa y las cuentas. Ni siquiera Vivian es tan avispada, pero quizás podrías gobernar tu propia hacienda, cuidar de un esposo con el que tengas una vida tranquila, unos hijos que te llenarán de alegría. Una boda por amor es lo más deseable, te lo aseguro; solo un tonto no se enamoraría de ti. Pero también puede funcionar un matrimonio sin amor, mira el de nuestros padres. Solo hace falta respeto mutuo para que lleguen el aprecio y el cariño.

—¿Qué te hace suponer que deseo un marido? —se burló—.

Alguien que me diga qué debo hacer y pensar.

—No todos los hombres son así.

Thomas se había casado enamorado de su esposa, algo poco habitual en aquellos tiempos; no faltaba quien aún se sorprendía si los veía bailar más de una pieza en las fiestas. Como si fuera un escándalo, se convertían en un chisme durante horas.

—Será en tu caso…—le sonrió—. No te preocupes por mí, estoy bien así. Quizá vosotros encontrasteis eso que es tan difícil de hallar: el amor.

—Tú mereces ser amada.

Paseaba del brazo de su hermano y le dio unos golpecitos cariñosos en la mano, como si con eso le dijera que lo dejara pasar. Unas semanas después la sorprendió con la idea de pasar unas semanas en Londres.

***

Tres días después de llegar, Vivian se había propuesto pasearla por todas las tiendas de Bond Street. Habían comprado sombreros, guantes y zapatos y se habían encargado varios vestidos. Le molestaba que su hermano hiciera aquel dispendio. Los vestidos que había elegido eran demasiado bonitos para lucirlos en Derbyshire. Además, tan solo unas semanas antes de viajar a Londres, su hermana pequeña, Alice, le había traído uno de Gales como regalo de cumpleaños. Lo acababa de estrenar, a pesar de que la lluvia había embarrado las calles y no era el mejor día para ponérselo.

Al salir de la modista, y de visitar algunas tiendas más, decidieron alargar el paseo hasta Piccadilly. Pidieron al cochero que las esperara allí para llevarlas después a Mayfair. Georgia tenía intención de comprar algunos libros en Hatchards.

Bromeaban sobre cómo iban a pasar aquellos días y Vivian relataba las fiestas más interesantes para acudir y a las que no podían faltar, aparte de algunas veladas musicales y otras tantas *soirées*, mientras Georgia no hacía más que quejarse de que eran demasiados eventos sociales y demasiadas compras inútiles. La doncella de Vivian

las seguía con la sonrisa pintada en la cara; con seguridad estaba convencida de que su señora acabaría imponiendo su criterio.

—Ah, y no podemos dejar de hacerle una visita a lady Henrietta Trevelyan. Ya le envié una tarjeta para anunciarle nuestra visita —siguió enumerando su cuñada sin hacer demasiado caso a sus quejas—. Mi madre me insistió mucho en que la visitara; son grandes amigas. Papá y su primer esposo, el conde de Hampton, eran íntimos. Si alguien puede ayudarte en la temporada, esa es Henrietta; es una dama con mucho prestigio, no solo por su poderosa familia, sino que, como hija de una gran mujer, la difunta marquesa de Middletong, sigue la labor de su madre y ha patrocinado a otras jóvenes que pensaron que nunca se casarían. Seguro que nos ayuda.

—Qué empeño tenéis todos en que me case. Pero si ya lo estoy, con el señor Devil.

—¡Georgia Hamilton! Ese es tu caballo —contestó Vivian, alzando la voz. Luego modificó el tono y continuó con afecto—. No te das cuenta de que quiero que seas feliz, tanto como lo soy yo. Deja de refunfuñar tanto y disfruta de estos caprichillos.

—Creo que entre todos os habéis propuesto mimarme demasiado. No sé si os doy pena o queréis matarme de un disgusto.

—Eres una exagerada. A mí no me das ninguna pena, además, me encanta que estemos tan unidas; si te casas, a saber dónde te marcharías —respondió Vivian, pero Georgia se perdió por un segundo en su pensamiento: «si pudiera me iría al fin del mundo con tal de poder saber cómo es». Para escapar de aquella conversación que no la llevaba a ninguna parte, se adelantó, interesada en el escaparate de la librería que ya veía al otro lado de la calle. Sin avisarla, comenzó a cruzar—. Eh… ¿adónde vas?

Georgia rio al escucharla y se giró para hacerle ademán de que aligerara. Vivian era todo lo contrario a ella, tal vez por eso se llevaban tan bien. Era tranquila y relajada, nunca aparentaba prisa y tenía todo el porte de una dama. En cambio, ella necesitaba estar activa y sentía mucha curiosidad por todo; le gustaba vestir bonita, no iba a negarlo, pero su porte no era tan distinguido y le molestaban las normas sociales que le decían qué podía y no podía hacer.

Sin darse cuenta, había atravesado media avenida sin mirar; no percibió el ruido de un carruaje, pero la cara de horror de Vivian le

anunció que estaba en problemas. De pronto unos caballos se le echaron casi encima, y al dar un paso atrás trastabilló y acabó en el suelo, sentada sobre sus posaderas.

Los caballos se encabritaron, pero la pericia del cochero hizo que se detuvieran. Como surgido del infierno, un hombre vestido de negro salió del carruaje a toda prisa. Tras evaluar la situación en un segundo, le gritó.

—¡Imprudente! Las bestias podrían haberla matado.

Perpleja, y con los ojos clavados en aquel dandi oscuro, no era capaz de levantarse del suelo, pero no tanto por la vergüenza que la situación y las miradas de la gente de alrededor le causaban, sino porque aquel hombre vestido de negro absoluto y con la mirada ceñuda y cargada de rabia era el más atractivo que había visto en su vida… y también el más maleducado e intimidante. No le faltaba razón, pero antes de gritarle podría haberse interesado en saber si se encontraba bien.

Ante su falta de respuesta, el hombre se dio la vuelta, supuso que para volver al carruaje, del que había salido otro caballero, pero como si se diera cuenta de algo se giró de nuevo hacia ella, que seguía en el suelo con las manos apoyadas en la húmeda calzada a ambos lados de su cuerpo. Georgia vio pasar por la cara del desconocido algunas emociones que no supo descifrar, estaba tan concentrada en ellas que no se dio cuenta de que Vivian llegaba a su lado y le hablaba a la vez que trataba de levantarla. Entonces vio la mano enguantada que el hombre le tendía, y no supo si tomarla o no.

—No tengo todo el día, señorita. ¿Quiere que la ayude o no?

Casi con rabia aceptó la ayuda, aunque debería haber podido levantarse sola.

«Si no estuvieras tan embobada mirándolo».

Se deshizo de aquel pensamiento. Algún día debía tener una conversación muy seria consigo misma. Ya en pie sintió la humedad del pavimento mojado en su vestido, pero a la vez un extraño calor parecía inundarla por completo.

De pronto la voz de Vivian, llena de preocupación y miedo, se le hizo muy presente y la sacó de sus pensamientos. Con un tirón brusco recuperó la mano que aún seguía entrelazada a la del caballero, como si tuviera que desengancharse del agarre masculino.

Su amiga seguía hablando llena de angustia a su lado.

—Vas a matarme de un susto…

Tras un silencio continuó.

—¡Oh, Georgia! Tu vestido —se lamentó Vivian. Ella miró hacia el lugar que observaba, una enorme mancha de barro en su trasero. Para su consternación, el caballero oscuro y su acompañante también miraron hacia el mismo lugar. Estaba segura de que la mitad de Londres, reunida en aquella calle, también lo hizo.

—¡Deje de mirar! —exigió con enfado—. No es de caballeros. ¿Estará satisfecho con lo que ha conseguido?

—¿Qué pretende decir…? —Su voz era profunda, varonil, ese tipo de voces que se quedan grabadas en el alma—. No trate de culparme a mí o a mi cochero. Usted no miraba por dónde iba, la he visto por la ventana.

Tenía razón, pero no pensaba dársela. Luchaba contra esa vocecilla que la incordiaba al asaltarla cuando menos lo esperaba.

«Es apuesto».

Volvió a mirar hacia su retaguardia; para su bochorno, el hombre también.

Su vestido se había arruinado por completo, casi sintió las lágrimas amontonadas en el borde de sus ojos; además, le dolía el trasero y se sentía abochornada.

—Maldición, y es mi vestido favorito —soltó, tratando de limpiarse las ropas. Lo único que consiguió fue ensuciar, un poco más, los guantes.

—¡Georgia! —exclamó Vivian, con asombro. Su cuñada la reprendió por sus modales, pero qué más le daba la opinión de alguien que estaba siendo tan grosero.

—Si nos disculpa —dijo dando un paso firme que obligó al hombre a moverse del sitio. De reojo vio a su amiga observar el carruaje. Estaba segura de que los caballos, unos caballos preciosos, por cierto, no habían sufrido ningún daño. Solo su trasero y su orgullo salían perjudicados.

—Disculpen a mi primo —murmuró el acompañante, y Georgia se detuvo—, quizá ha perdido los modales. ¿Se encuentra bien? Si les parece podemos llevarlas a algún lugar. Es lo mínimo.

—De ningún modo, señor, su *primo* ya ha hecho suficiente —

contestó con una seguridad que no sentía y con una mirada que atravesó al caballero oscuro.

Sonrió al otro, más amable y, tras una pequeña inclinación de cabeza, echó a caminar con paso enérgico y la cabeza erguida, como si llevara el vestido impoluto; pero dio un traspié y cojeó un poco. Aquel, definitivamente, no era su día. Deseó, al menos, mortificar al hombre, que esperaba que siguiera mirándola. Solo cuando los perdieron de vista, al doblar la esquina de la calle, fue capaz de derrumbarse.

—Creí que ibas a desmayarte, Georgia. ¡Qué susto me has dado! ¿Estás bien? —Ella asintió—. Por Dios, por Dios, por Dios… lo que podía haber pasado. —Vivian era un poco teatrera y hacía aspavientos con las manos—. ¿Pero tú has visto? ¿Tú has visto bien a ese hombre? ¿Lo apuesto que es?

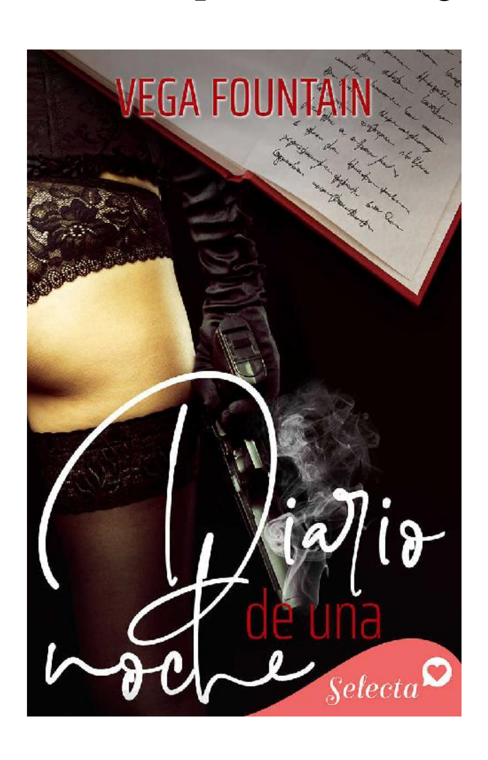
—Mira, creo que era lo único que pensaba… —contestó, sarcástica—. En vez de alegrarme de estar viva, por ejemplo.

—Ay, qué rancia eres.

—Me alegra saber que estás preocupada.

—Lo decía porque, si lo has hecho, olvídate. Creo que ese hombre es el lord *maldito*.

A veces… las apariencias engañan.



Una serie de asesinatos en serie están trayendo de cabeza a las autoridades. El asesino siempre utiliza el mismo modus operandi. Mata a mujeres sin dejar rastro, casi todas mueren por asfixia mientras están manteniendo relaciones sexuales. El nexo común entre ellas es su alto poder adquisitivo. Se desconoce la identidad del asesino que va dejando un reguero de muertes a su paso en diferentes partes del mundo.

Susannah, una detective privado que ha sido contratada para investigar este caso en concreto lleva meses siguiendo al presunto asesino. Ha dado con él y ha conseguido una cita para verse, necesita desenmascarar al hombre que lleva sembrando el pánico entre las mujeres de la alta sociedad mundial. La cita es en la casa de él. Un piso de lujo en Nueva York. Durante toda una noche mantendrá un encuentro del que no se olvidará jamás. Además, para no olvidarse de nada, lleva un diario donde anotará minuciosamente toda la noche con él.

Leo Lloyd es el candidato perfecto para ser el asesino en serie que

mantiene en jaque a todas las autoridades. Él lo sabe, es consciente de que la asistencia a fiestas de lujo alrededor del mundo lo apuntan a él para ser el asesino. Sin embargo, él también sigue la pista del asesino. Es un infiltrado y trabaja para diferentes organizaciones a nivel mundial. Decide quedar con Susannah, una mujer con la que lleva tiempo hablando vía email y telefónica y por la que siente cierta atracción. Una atracción brutal que es latente en la única cita que van a tener.

Sexo y asesinatos se intercalan haciendo que sea una historia dinámica y morbosa para el lector.

Vega Fountain es ingeniero técnico agrícola de formación y su trabajo no está relacionado con el mundo de las letras.
Empezó a escribir como terapia y a partir de ese momento ha ido ideando personajes e historias que le gustaría leer en los libros que lee compulsivamente.
De mente inquieta e imaginativa está continuamente pensando nuevas tramas, ideas y protagonistas para sus próximos libros.



Edición en formato digital: julio de 2021

ISBN: 978-84-18399-62-6

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

Índice